REVISTA "CONDOR"

17(394-9) pb

DOCUMENTACION

VIAJE A TRAVES DE LAS PROVINCIAS AUSTRALES DE LA REPUBLICA DE CHILE DESDE ENERO HASTA JUNIO DE 1847 POR CESAR MAAS, TRADUCIDO POR JORGE SCHWARZENBERG DE LAS "FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA INMIGRACION ALEMANA" PUBLICADA EN 1916

Publicado en la Revista "CONDOR" desde Noviembre 1949 a Marzo 1950

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

REVISTA "CONDOR"

DOCUMENTACION

VIAJE A TRAVES DE LAS PROVINCIAS AUSTRALES DE LA REPUBLICA DE CHILE DESDE ENERO HASTA JUNIO DE 1847 POR CESAR MAAS, TRADUCIDO POR JORGE SCHWARZENBERG DE LAS "FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA INMIGRACION ALEMANA" PUBLICADA EN 1916

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
MAY 24 1950
DEPOSITO LEGAL

Publicado en la Revista "CONDOR" desde Noviembre 1949 a Marzo 1950

DON CESAR MAAS

(DATOS BIOGRAFICOS)

Pertenecía a una antigua familia alemana cuyo árbol genealógico remonta hasta el siglo XV.

Su padre era farmacéutico. Había fundado en 1794 una botica en Hamburgo, botica que gozaba de mucho renombre. Su madre era oriunda de Hanau. El padre de ella provenía probablemente de la Alsacia.

César era el menor de los hermanos. Había nacido el 7 de noviembre de 1815 en Hamburgo. Sus nombres de pila eran Carlos César.

Se dedicó al comercio. Muchos de sus amigos habían emigrado a México, a la Habana, etc., de suerte que el joven Maas también se decidió por abandonar su patria.

Vivía con su madre en el tercer piso de la casa de Bachmann. Allí conoció también al socio de Bachmann, un señor Brandt, quien lo entusiasmó para venirse a la costa occidental de la América del Sur. Se embarcó en el barco "Pilot" cuyo capitán era el danés Smits. Entre los pasajeros iba también un español de nombre Igualt que más tarde se radicó en Copiapó. El 14 de diciembre de 1836 llegó a Valparaíso. Después de haber pasado unas dos semanas en este puerto, se embarcó nuevamente con rumbo al Callao.

En 1840 volvió a Valparaíso. En ese tiempo, en 1842, un gran cometa apareció. Su cola cubría más de la mitad del horizonte.

Los móviles que tuvo para emprender un viaje tan penoso a través de la Araucania, los expresa él mismo en la siguiente forma: "Después de haberse retirado de los negocios de la casa comercial Green, Nelson & Co. el anciano, jefe, me entusiasmé por conocer el Sur de Chile, sobre todo Valdivia, ciudad de la cual me habían contado mucho F. Kindermann y, antes de él, Bernardo Philippi, que habían estado allá, recorriendo y explorando la región. También el Dr. Ried se entusiasmó y determinaron hacer el viaje en 1847..... Habiendo adquirido los caballos necesarios, tres en número, y contratado un mozo, Cisternas, me dirigí primeramente a San Antonio para acompañar hasta allá a un colega John Gibbens. Pasando por Melipilla llegué a Santiago, nuestro punto de reunión.

Habiendo regresado a su patria después de este memorable viaje por tierra hasta Osorno, se entusiasmó nuevamente por emigrar a Chile, cuando supo que don Bernardo Philippi había llegado a Alemania en calidad de Agente de Colonización del gobierno chileno.

Se asoció con el cuñado de su amigo, don Adolfo Droste, con don Constantino Mohr de Bremen, y juntos formaron una sociedad colonizadora: "Contamos", dice, "artesanos, trabajadores y un agrónomo titulado (el señor Hube que ahora está en Osorno), adquirimos toda clase de utensilios agrícolas y herramientas para la construcción de casas, y además el buque noruego Elida, capitán Thesen, fué contratado casi entera y exclusivamente por nosotros".

Durante la navegación hubo desaveniencias entre los socios Maas y Mohr, y acordaron entonces disolver la sociedad que habían formado. Cada uno trabajaría por su cuenta.

Por fin llegaron a Corral el 5 de octubre de 1849. "Muchos de los antiguos conocidos vinieron a saludarnos", dice en otra parte Maas, "y se alegraron de ser yo el campeón de la colonización extranjera".

Hubo necesidad de repartir entre los dos socios las mercaderías y las herramientas que se habían comprado en conjunto. Hubo necesidad también de repartirse la gente traída.

Desde luego acepté el ofrecimiento de don Juan Renous de ir a la hacienda de Bellavista, perteneciente a don Francisco Kindermann. Pero llegado allá, muy pronto me convencí, que la agricultura, por ahora, y con gente tomada a sueldo, y además, descontentadizas, no tenía porvenir en Valdivia. Ya había comprado un terreno adecuado en Osorno y principiado a hacer cortar madera para construir casa. Pero en aquel entonces no frecuentaban todavía vaporcitos en el río Bueno y las vías de comunicación eran tan malas que no ví posibilidad de exportar o de aprovechar mis productos, poniéndose además, más y más exigentes mis trabajadores, motivo por el cual dejé en libertad de acción a mi gente; que cada cual siga su propio camino, regalándoles el pasaje, con lo cual todos estuvieron de acuerdo. Y en verdad, años más tarde se encontraban en buena situación financiera. Así el carpintero Lorenz poseía casa y chacras en Osorno. .....

Hasta abril permanecimos en Bellavista".

A fines de 1850, después de haber pasado algunos meses en Vadlivia, se trasladó a Valparaíso donde vivió todavía como medio siglo, muriendo el 24 de marzo de 1898, fiel a la inscripción que ostenta el escudo de armas de los Maas: Me basta, lo que Dios me depara.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

DOCUMENTACION

Enero 30 de 1847.

Ya Febo enviaba sus rayos desde las lejanas regiones del océano occidental e iluminaba con escasa fuerza, pero siempre sí con el ímpetu de un día estival, los cerros que circundan el puerto de Valparaíso. — Eran las cinco de la tarde y mi caballo de viaje, el "Chascón", conocido por todos los amigos con el nombre de "Trotón", se encontraba ensillado y listo para partir frente a la bien conocida casa de la calle del Arsenal. Esta vez llevaba mucho peso, porque no sólo estaba adornado de enormes pistolas, sino que tenía que llevar también las grandes y bien provistas alforjas de viaje. Justo, mi escudero de viaje, estaba ocupado todavía, despidiéndose de su hermano y de los demás habitantes de la casa, pues un viaje a Valdivia, por tierra, era algo inaudito en el tranquilo valle del paraíso.

Dos de mis colegas, Mr. Cockbain y Leigh, y además el amigo Pini, me acompañaron y en alegre trote, en dirección al Almendral, atravesamos la ciudad, hasta llegar a las alturas por donde pasa el camino que conduce a Santiago. Desde aquí se tiene una hermosa vista sobre la ciudad, sus viviendas construídas en forma de anfiteatro, el barrio nuevo y la iglesia de la Merced con sus torres blancas, que durante años enteros había sido la meta de mis paseos a la hora del crepúsculo, más allá Playa Ancha con su faro, donde muchas veces he estado; buques de tantas naciones, todo se extendía a mis pies, iluminado por el sol en el ocaso, — un último vistazo me separó por algún tiempo de este sitio tan querido en que he pasado 7 años de mi vida, no sospechando, que en el transcurso de este mismo año, desde orto cerro cercano, echaría nuevamente una mirada de despedida sobre este hermoso valle encerrado entre el mar y la cordillera, no para dirigirme, como ahora a las provincias meridionales, sino para cruzar los Andes, atravesando el continente sudamericano, en dirección a la lejana patria en Europa.

Penosamente escalamos el cordón alto y parado que se conoce con el nombre de **"el alto del puerto"**. El viento era fresco y ponía en movimiento todas las alas de los molinos de viento que aquí había. La conocidísima hostería, meta de tantos paseos emprendidos desde Valparaíso, la dejamos a un lado y a un buen trote atravesamos la llanura llamada **"el Llano de Peñuelas"** que tendrá unas dos horas de largo. Pronto el camino serpentea entre cerros y, como conduce a Santiago, estaba bastante bien arreglado y en parte era una obra de arte. La capilla con la imagen de la Virgen que en nuestros paseos pasados nos anunciaba la aproximación a Casablanca, si bien era obscuro, no se escapó a nuestro ojo avizor. Habiendo recorrido el aburrido callejón, una calle larguísima que corre entre praderas, arribamos por fin a la fonda de nuestro amigo anglo-chileno Mr. Fenwick. Eran las 9 de la noche, y las 12 leguas las habíamos recorrido en cuatro horas. No tardaron en servirnos una rica cazuela y fué debidamente recibida. Es este un guiso que se conoce en todas las casas chilenas. Lo hacen con arroz, papas y huevo, y de ave, todo cocido, y hace las veces de caldo y de comida. Hay que hacerles ver sí, que no abusen del ají y que no le pongan grasa, cosas a las cuales son muy aficionados. En este caso no había necesidad de tomar tal precaución, porque la dueña de casa, la señora de F., era una inglesa que respetaba nuestros deseos. El té que nos sirvieron era excelente y con razón se jacta Mr. F. siempre de su buen té.

Pronto nos acostamos. Desgraciadamente mi pieza quedaba muy cerca de la cantina, de suerte que desperté varias veces, siempre que llegaban viajeros de Santiago, que muchos prefieren viajar de noche.

Enero 31.

Era día de domingo y los aldeanos de todos los alrededores concurrían, la mayor parte de ellos de a caballo, a la iglesia. Se encontraba ésta en estado bastante ruinoso y el techo lo habían cubierto, aunque provisoriamente, de ramas. Al lado del templo había una ramada donde quedaban los caballos hasta que sus amos hubieran terminado de oir misa. A veces esa gente recorría horas enteras para cumplir con esa obligación. Habría en la ramada varios cientos de caballos.

Las monturas que usan las mujeres son una especie de silla con respaldo. Están sentadas de costado y sus piernas descansan sobre una protuberancia de la silla.

Atravesamos la villa que no ofrece nada de agradable. Le da vida únicameente el hecho de quedar en el camino que va a Santiago. El pueblo de Casablanca está situado en medio de una vasta llanura rodeada de cerros. Dicen que su clima es imponderable, pero en invierno debe ser bastante frío, pues recuerdo que en pleno invierno, en agosto, emprendí, con algunos amigos una cabalgata a Casablanca. Por la mañana las acequias estaban cubiertas de hielo. En tal oportunidad solía sorprender a algunos de ellos, colocándoles en sus caras sorpresivamente unos trocitos de hielo como cosa extraordinaria. Siempre he pasado buenos ratos en esta casa. El año pasado no mas, estuve reunido aquí con más de 12 de mis compatriotas.

El almuerzo no dejó nada que desear y pasamos la tarde con el señor y la señora de F. en su casa habitación. Muchas horas nos entretuvimos así en amena conversación, a la cual contribuyó, sobretodo, mit vecina, la señora de F. El hospedero es un hombre muy decente que había llegado al país con Lord Cochrane. Propiamente era minero, pero dejó esta industria hace años ya, para explotar su hostería y se encuentra en buena situación económica. Su esposa, muy instruída y de buena familia, se diferenciaba completamente de él. Fué curioso como se casaron. El hermano de la señora de F. vivía con F. y le solía contar de su hermana,

tanto que F. pidió su mano por intermedio de su hermano. Ella aceptó y sin haberse visto jamás, fueron casados el día que ella arribó a Valparaíso en la Iglesia Inglesa. Fué un matrimonio feliz.

En la tarde oíamos los alegres cantos y los bailes con acompañamiento de guitarra en los ranchos y fuimos a presenciar las diversiones de la juventud campesina. En algunas partes tocaban el arpa, en otras jugaban el juego de bochas, una especie de billar que se juega en suelo raso. Llegó por fin, la hora de las onces y luego acudieron también algunos amigos de la vecindad como el Juez de Letras, el señor Garretón, oriundo de Concepción, que nos ponderó grandemente las bellezas de las provincias australes y nos contó bastante de los indígenas. Entre las señoras presentes descollaba la esposa de un capitán instructor de las tropas. Ella había nacido en un pequeño fortín de la región del Bío-Bío, en Santa Bárbara. Describía el Sur de Chile como un verdadero paraíso. Y era tan animada su conversación que todos los demás enmudecieron. Después de haber hablado por espacio de más de una hora, llegó don José Arriala con su esposa y familia, la que había estado en Santiago, y así cambió el tema de la conversación.

Febrero 1.o

A las 4 de la madrugada me abandonaron mis amigos que temprano debían estar en sus oficinas. Fueron portadores de mis últimos saludos a Valparaíso. A las 10 estaba enjaezado mi caballo, y Justo esperaba en el patio. El camino a San Antonio, por haberlo recorrido ya con frecuencia, lo conocía bastante bien. Apenas dejamos atrás las extensas praderas de Orrego, se sentía en lontananza un sordo ruido. Eran las rompientes del mar al chocar las olas contra los acantilados de la costa. Debo haberme encontrado todavía a unas 6 leguas del litoral. Otro jinete que iba a San Antonio también, me acompañó y a las 3 de la tarde llegamos a la casa de nuestro hospitalario representante que, como de costumbre, me recibió amablemente, y luego me llevó a la gran sala, donde encontré un número considerable de damas jóvenes, y también de otras de edad, que en estos momentos hacían una visita. En los meses del estío es frecuentado San Antonio por muchas familias santiaguinas. Aquí gozan de brisas frescas y sanas del mar y toman baños. Queda la capital como a 24 leguas de distancia. Este villorio llamado "el Puerto Nuevo", está en ciernes todavía. Hace 5 años, cuando hice mi primera visita a este paraje, no había sino una gran bodega de cereales y ahora existen ya tres grandes bodegas, en las que cabrán más de 20.000 fanegas (150 libras) de trigo, y hasta algunas casas particulares y hoteles.

Don Ramón vive con su cuñado, don Vicente Vidaurre en una casa bonita y muy bien arreglada. Tienen un precioso piano inglés, alfombras, etc.

San Antonio está situado en una orilla alta y escarpada. Este puerto tiene mucho de parecido con Valparaíso, pero aquí el mar suele embravecerse bastante y con frecuencia los buques pierden sus anclas y tienen que salir a alta mar para no ser arrojados a la playa, llegando así generalmente a Valparaíso.

Todos los granos, a saber trigo, centeno, porotos, etc. de las provincias vecinas de Santiago y Rancagua, se traen para acá, en su mayor parte en mulas. Los dueños de los grandes fundos mandan sus productos a don Ramón, quien, por la fanega, les pide 1 centavo de bodegaje por año. El año pasado se despacharon desde aquí 6.000 fanegas de trigo al Perú, al Río de la Plata y hasta se ha hecho el ensayo de enviarlo a Inglaterra. Don Juan de Dios Correa, el acaudalado dueño de la Hacienda de la Compañía, tuvo en bodega aquí más de 10.000 fanegas de trigo que en su mayor parte fueron vendidas a Lima a razón de $ 3,70.

El barco alemán "Neptunus", capitán Drescher, se encontraba en la actualidad en el puerto destinado a Buenos Aires con un cargamento de trigo de mis amigos G. N. O. C. Aquí encontré también, trabajando en las bodegas, a mi colega de antaño, al joven Mr. Joseph Gibbens.

Es admirable la facilidad con que los estivadores cargan al hombro un saco de trigo, llevándolo una buena distancia por un camino pedregoso. Así trabajan sin cejar todo el día. Son muy frugales. Su almuerzo consiste en pan y frutas, peras o sandías, y sólo de vez en cuando fuman un cigarrillo como para descansar. Impertérritos en su trabajo, ensacan, pesan y embarcan hasta 1.200 sacos por día. Los cereales ensacados son llevados hasta el borde de la barranca que tiene unos 500 pies de altura. Desde allí corre el contenido de los sacos por un tubo hasta la orilla misma del mar donde cae en otros sacos que luego son cosidos por niñas y mujeres, siendo llevados en seguida a las lanchas que los conducen a bordo. Sucede a menudo que el mar es tan tempestuoso que no hay posibilidad de embarcar los cereales y que los sacos se mojan.

A las 6 de la tarde cesan las faenas y nos reunimos en la mesa de nuestro huesped que vivía con su madre y con sus nietecitos. A la hora de la puesta del sol subimos el cerro más alto de los alrededores donde tenía don Ramón tres molinos de viento. Tendidos en una gran era (el cereal después de segado se junta formando un gran montón), contemplamos el soberbio espectáculo del sol poniéndose en el ocaso. Era encantador y hermoso". Aquí fué, dijo don Ramón, donde se sentó también el año pasado S. E. el Presidente de la República, huyendo del bullicio de los negocios del Estado y pasando algunas semanas de vida rural. Un ayudante que imprudentemente fumaba un cigarrillo sentado en medio del cereal, recibió por ese motivo una seria reprimenda".

Durante la noche se sirvió té. Tocaron el piano también. Las bellas huéspedes de la mañana se habían retirado ya a sus pequeñas habitaciones a orillas del mar.

Muy luego nuestra estada se hizo más agradable aún con la llegada de Mr. Mac Andrew. Es

un joven inglés muy alegre y entretenido que también despachaba un buque cargado con trigo para los señores G. B. & C. en el Callao. Una familia recién llegada de Santiago se había hospedado en el estrechísimo hotel de don Joaquín. Tocando la guitarra y bailando — por supuesto que no faltó la samacueca — se nos pasó el tiempo hasta cerca de la media noche. Ya nos habíamos retirado a nuestros aposentos para dormir, cuando sentimos melodiosos cantos acompañados del instrumento que tanto nos gusta. Eran las jóvenes acompañadas por sus hermanos que, instigadas por una deliciosa noche y por una suave brisa de mar, nos ofrecieron un esquinazo que nos divirtió bastante, porque ya nos habíamos recogido.

Febrero 6.

A las 10 de la mañana, abandoné la casa de nuestro hospitalario amigo don Ramón, y me despedí de mis compañeros Mr. J. G. y Mr. M. que habían subido hasta la posada. Taita Muñoz, a todo trance quiso acompañar un trecho más a su "Patrón" y se lamentaba de no poderlo acompañar en un viaje tan largo. Tuve que hacerle ver que para tal expedición era demasiado viejo. ¿Qué dirían, le dije, tu mujer y tus hijos, si te mataran los indios en el camino?

Habiendo alcanzado la altura que domina el puerto, continué solo mi camino acompañado de Justo. El camino era en general plano, pero a veces seguía también por pequeñas colinas. Mientras más nos acercábamos al extenso valle de Melipilla, más interesante y variado se hacía el paisaje. Se atraviesan algunos villorios y haciendas. El valle de Melipilla es muy pintoresco, lo mismo que el pequeño pueblo de ese nombre. Lo que sí que el camino, para entrar por fin al callejón, se me hizo enorme de largo. El sol y la tierra molestaban bastante también. Deseosos de encontrar un hotel atravesamos las desiertas calles pasando por frente a la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes. Serían las cuatro de la tarde y parecía que todo el mundo hacía la siesta todavía. No había fonda. Me indicaron la dirección de una señora anciana que tenía pieza y pensión, pero ya estaba ocupada. Un sastre que ejercía su oficio en plena calle me llevó a otra casa. Pero todos parecían disfrutar aquí del más profundo sueño. Las puertas estaban cerradas. No había ni seña de vida. Hasta la cocina estaba abandonada. El huerto estaba abierto, llenos de suculentas frutas, los duraznos y los parrones, frutas que en la culta Europa habrían encontrado quienes las cosecharan si las dejaban tan abandonadas como aquí. Golpear y llamar, todo fué en vano. Dispuesto a no seguir molestando en su siesta a los moradores de la villa, me retiré. Nos juntamos en el camino con un huaso, que nos quiso llevar a casa de un conocido que tenía pasto. Averiguar, por cierto, es muy importante, sobretodo en las regiones ya más pobladas. Ahora me pesó no haber aceptado una recomendación que me quería dar mi huesped de San Antonio, para un pariente de él y esto me sirvió de experiencia para no desechar en lo sucesivo tales ofertas, que por lo demás, poco sirven a medida que uno sigue adelante. A las 5 de la tarde llegamos a una casa situada a la vera del camino. No prometía gran cosa y menos aún su dueño, cuya cara color de cobre estaba ennegrecida por el carbón. Su aspecto era sospechoso. Era herrero de profesión y se disculpó por no poderme ofrecer comodidades. Me insinuó que fuera a la hacienda de Marco, cuyo dueño don Matías Cousiño, era un rico santiaguino. Preferí empero, conformarme con algunas sandías, que me repartí con mi caballerizo y mis caballos, que todos son aficionados a estas frutas. Pronto llegó, galopando, la mujer del herrero y nos preparó una buena cazuela. Mientras ésta se preparaba, se ponía el sol y el paisaje tomó tintes maravillosos. Mi huésped ennegrecido estaba ancioso de saber algo de política, preguntándome, si era cierto que volverían los godos. En ese tiempo se había esparcido, hasta por los campos, la noticia de la expedición que pretendía emprender desde España el general Flores. Hice arreglar mi cama en el llamado Despacho, una especie de cantina, en medio de cebo, velas, pan, aguardiente, vino, etc. Pero fué inútil querer conciliar el sueño, me lo impidió un ejército de pulgas que me cubría enteramente. Varias veces, durante la noche, me levanté para cerciorarme, si no amanecía todavía. Poco después de las 3 derperté a Justo, que se había instalado muellemente afuera, en una carreta, y que no había sido molestado sino hasta que lo llamé.

Febrero 6.

Contentos de abandonar una región tan poco hospitalaria, nos pusimos en marcha, a la luz de la luna, y tuvimos en seguida el regio espectáculo de Febo saliendo por sobre la Cordillera.

Siendo el principal camino que conduce a Santiago, está en buen estado y atraviesa una llanura cubierta de praderas y de mieses, rodeada de cadenas de montañas.

Pasamos por el pueblo de San Francisco del Monte, con lindos jardines y casas de habitación de la acaudalada doña Javiera Carrera, que pertenece a una de las familias más caracterizadas del país. Los jardines llamaban la atención por lo bien cuidados que estaban y hasta había invernáculos. Dicen que esta hacienda es muy valiosa. El estero que baja de la cordillera no era hondo, aunque en invierno con las lluvias, y en verano, a consecuencia del derretimiento de las nieves, suele convertirse en un río profundo y correntoso. — La aldea manifestaba bastante movimiento por haberse colocado en ella un cuerpo de tropas de línea en previsión de lo que pudiera ocurrir, si se realizaba la temido expedición de Flores.

A lo largo de los caminos reales chilenos no hay grandes hoteles, sino únicamente modestas chozas cubiertas de paja o totora, con una puerta, pero sin ventanas. La cocina queda al aire libre. Una mesita baja, cubierta de un mantel blanco, cuyos colores a veces son muy distintos de lo que fueron, dan a conocer que aquí hay una cocinería. Por cierto que no son muchos los

guisos que hay; el mote preparado de trigo o de maíz con huesillos, es en verano el alimento favorito del aldeano. Por la mañana, antes de salir, toman mate. A mí me solía tocar para el desayuno, generalmente una taza de caldo (de cordero) y pan. Atienden bien, igualmente a las cabalgaduras, no dándoles de comer, porque esto sólo se hace en las mañanas y en las tardes, sino dejándolos a la sombra de una ramada.

Con frecuencia se encuentra sobre la mesa nada más que pan y pequeños quesos, lo que quiere decir que más no se ofrece al viajero.

A medida que nos acercábamos a Santiago, el calor iba en aumento. La ciudad está situada en una vasta llanura que tiene hasta diez millas de largo. Los Andes forman aquí un baluarte elevado que hace que en el valle se concentren los rayos del sol. Las cadenas de cerros que se encuentran hacia la costa no dejan pasar el aire. Por tal motivo, siendo verano, los calores eran sofocantes y por eso, así como a las once, hicimos alto en una fonda, llamada Santa Cruz, para esperar que pasen los grandes calores del medio día. Algunas sandías nos refrescaron bastante. Hasta las dos estuve recogido en una pieza fresca y obscura, que sólo tenía una mesa y una silla, pero por todo eso no se pagaban sino dos reales. A medida que nos aproximábamos a la capital aumentaban los coches y los arrieros con sus mulas. El calor y la tierra eran por lo tanto, muy molestos. El agradable balneario de Peñafiel lo dejé a un lado y me interné en el callejón que por fin, en millas de extensión, conduce a Santiago. Esos callejones son caminos reales encerrados por ambos lados de murallas de adobes. Como no están pavimentados se levanta constantemente una nube de tierra con el enorme tráfico de caballos y mulas. Por fortuna no había viento y aún así llegué a la hermosa Alameda de Santiago con una cara que debe haber semejado la de un negro. Más esto no llamaba la atención aquí, ya que la mayor parte de los que viajaban de a caballo, llegaban en el mismo estado. A las cinco de la tarde me encontré en el ancho patio del Hotel Inglés, el primer establecimiento de este género de la ciudad. Su actual hospedero, don Francisco Garay, el simpático cómico español, es como hecho para dar nueva vida a este establecimiento.

Era esta la estación más desfavorable para estar en Santiago. Era verano y los calores molestaban mucho, y tanto más a mí, acostumbrado a que en los puertos sople una brisa fresca de mar, de suerte que no se sienten los calores del estío. Las paredes blancas de las casas de Santiago contribuyen a aumentar el calor, de manera que sólo en las primeras horas de la mañana abandonaba mi pieza para ir al Mercado a comprar frutas, a saber higos, duraznos y sandías, que se encuentran en gran cantidad y más baratas que en Valparaíso.

No he tenido todavía noticias de mis compañeros de viaje, el Dr. Ried y don Francisco Kindermann, que esperaban encontrarme aquí. De manera que me aburro bastante, porque la mayor parte de mis amigos están ocupados durante el día en sus oficinas. De noche me entretengo con Mr. Grey y Murray y Bahr que vienen al hotel.

A las 7 fuí al Puente de Palo, hecho de madera, donde suele reunirse alguna gente para disfrutar de la fresca brisa de la tarde que sopla de la Cordillera. Me recuerda esto la misma costumbre que tienen en verano los limeños. El hermoso y grande puente de piedra, construído por los españoles, una obra de adorno para Santiago, no queda lejos de ahí y las correntosas pero no profundas aguas del Mapocho, pasan por debajo de sus hermosos arcos.

La Alameda, el lindo paseo de la aristocracia de Santiago, estaba en receso. El Tajamar otro paseo, a orillas del río, lo mismo. El teatro estaba vacío, pues todo el mundo huye de los calores de la ciudad y las familias, entre las cuales había algunas muy pudientes — ya que, como sucede con frecuencia, el que tiene dinero se va a la capital — salen en verano a los balnearios de la costa, a Valparaíso, y la mayor parte van a sus fundos, donde por lo general no pasan sino los meses de febrero y marzo, no visitando por lo demás, sino muy raras veces sus lindas propiedades. Así se explica que la vida en Santiago la haya encontrado aburrida, siendo que en otra época suele ser tan simpática. Celebré, pues, que el 9 de febrero llegara mi compañero de viaje, el doctor Ried. Venía de Quillota. En el camino se había enfermado su sirviente y así se explicaba su demora. En la mañana siguiente, el 10 de febrero, nos fuimos de a caballo a la hacienda de Tango, cuyo dueño, don Francisco Arriagada, era un conocido de Ried y en la casa de él, en Santiago, estaba alojado. Esta hacienda está en el camino a la provincia de Rancagua. Fuimos recibidos con suma cortesía por don Francisco. Es un hombre de recia estatura y de aire marcial. Era abogado. Todo su afán era sacar plata de su valiosa propiedad para disfrutar de ella. Después de almorzar dimos un paseo de a caballo por los lindos campos del fundo. Las mieses recién estaban segadas y todo listo para la trilla. Es esta la fiesta de la cosecha en Chile, con la diferencia que aquí se cosecha con yeguas. Dentro de un recinto redondo corren las yeguas y van separando los granos de sus envolturas. La trilla es en el campo una verdadera fiesta acompañada de los gritos de los huasos. Don Francisco esperaba obtener hasta 9.000 fanegas de trigo, y además, entre 1.500 a 2.000 fanegas de porotos que constituyen uno de los principales alimentos de la población en Chile. Poseía 2.000 vacunos y era fama que tenía la mejor crianza de caballos de los alrededores. Su hacienda está situada a orillas del río Maipo. Tiene una extensión de unas 2.000 cuadras (400 x 400 pies), está sólo a unas 7 leguas de la ciudad, y vale por lo menos $ 300.000.— La entrada a la casa de habitación conduce por una alameda que tendrá media milla de largo y uno se imagina que encontrará en su término una mansión bonita e imponente. Pero, como en la mayoría de los fundos, la casa es chica, pero sus aposentos están bien distribuídos. En comparación con la elegantísima de-

la ciudad, esta casa es pobre. El jardín era como un desierto en que gallinas, gansos, etc., tenían cancha libre. Como no produce nada, poco se preocupaba de cultivar flores. El huerto era extenso y había en él muchas higueras y duraznos. La conversación fué muy interesante. Nuestro anfitrión es un hombre muy ilustrado, que se ha dedicado también al estudio de los idiomas extranjeros y de la filosofía, planteando ideas harto buenas y contundentes. Aquí encontró Ried en la persona de don Vicente Frías, literato, y director que fué del Mercurio, a un gran enemigo de la Frenología y así se desarrolló una animada discusión en la cual participó también, y con gran entusiasmo, don Francisco. Sirvieron mate y té, y a muy avanzada hora de la noche ocupamos nuestras piezas.

A la mañana siguiente, el 11 de febrero, nuestro anfitrión había salido muy de madrugada a recorrer sus campos y sólo a las 11 se nos sirvió el desayuno, tan largamente esperado. Hizo llamar en seguida a su administrador y ordenó que trajesen los caballos "de brazo" que tienen en mucha estima aquí y que tienen la particularidad de elevar bastante sus patas delanteras. Había buenos caballos entre ellos y más de alguno por el cual habría obtenido buen precio. Le pagan por sus yeguas entre 25 y 30 pesos, mientras que las corrientes valen entre 5 y 8. Poseía también una mula que le habían traído como curiosidad de Córdoba. Dos veces había tenido cría. Le había costado mucha plata. Por un caballo, que en su opinión era el más lindo del país, le había ofrecido el general Freire, Presidente entonces, mil pesos, pero no quiso deshacerse de él, a pesar de haberle costado sólo ochenta pesos. Más tarde el pobre animal se ahorcó en el establo, enredándose en un cordel.

En la tarde se juntó con nosotros otro compañero de viaje, don Francisco Kindermann, que recién llegado de Valparaíso en un birlocho. Llegó justamente a la hora de comida. Consistía ésta de unos doce platos y duró desde las 5 hasta las 8 de la tarde. Era obscuro ya, cuando volvimos, Kindermann y yo, en coche a Santiago.

Febrero 12.

A la madrugada me despertaron cañonazos que provenían del cerro Santa Lucía. Era el día de la batalla de Chacabuco, donde fueron vencidos los españoles en 1817, por los patriotas, bajo las órdenes de Las Heras. Era el primer paso hacia la independencia. El doctor Ried había venido a la ciudad con don Francisco. Fuimos a visitarlo en su regia mansión. El interior está arreglado de una manera exquisita. Había como diez grandes aposentos, todos cubiertos de ricas alfombras y con una profusión de hermosísimos muebles. Había también un piano, por el cual se habían pagado mil pesos. La gran biblioteca, compuesta principalmente de obras jurídicas y teológicas, pertenecía a su tío, el sabio obispo de Concepción, don Diego Antonio Elizando cuyo cuadro, de tamaño natural, y con sus paramentos, adorna una de las salas. Don Francisco es el heredero de este prelado rico, pero tacaño, poseedor de más de siete grandes fundos y que recién había hecho una remesa de 40.000 pesos para comprar otro más. La casa está construída en forma de cuadrado. En el centro hay flores, césped y una pila de agua. Se suele llamar esta casa en Santiago "el palacio obispal". Nuestro amigo, el doctor Ried, fué presentado por don Francisco al Presidente de la República, el general Bulnes, quien le prometió toda clase de ayuda en su viaje a través de la Araucanía, manifestándose partidario de una inmigración alemana al Sur de Chile, pero que el gobierno no disponía de recursos pecuniarios para fomentar este proyecto. Que todos los ministros estaban ocupados ahora nada más que con la expedición de Flores. Que la sola fragata, Chile había devorado en sus arreglos y aprestos, 20.000 pesos. Que además se comprarían botes cañoneros. — Y todo esto lo debe la América del Sur a las intrigas de la virtuosísima reina de España, María Cristina, que había contribuído con su dinero a la organización de esa empresa que por lo demás fué impedida por los ingleses.

El 13 de febrero hicimos una visita a don Ignacio Domeyko, un polaco que había estudiado mineralogía en Alemania y que era en la actualidad profesor de la Universidad de Chile.

Ha publicado también varias obras en el país y es un hombre muy preparado. Nos interesó mucho su "Araucanía", pero más nos llamó la atención su relato sobre sus pobladores y la tierra que habitan. El piensa realizar una nueva expedición a aquellas hermosas regiones. Pero nos atemorizó bastante insistiendo en lo molesto de esos viajes, poniendo además, de relieve el frecuente robo de caballos y el carácter indómito de los indígenas, etc. Todo lo atribuímos a su falta de energía y a su debilidad general. El nos dió la dirección de Philippi. Lo encontramos cuatro cuadras más abajo, en el borde de la ciudad, viviendo en la hermosa quinta de Schmigilski. Allá vivía con el ingeniero Döll. Ambos habían estado algún tiempo en Valdivia y sus alrededores. Philippi tiene ahora un empleo fiscal de ingeniero. Junto con él hicimos una visita al Ministro de Justicia, don Salvador Sanfuentes que había sido intendente de la provincia de Valdivia y se mostraba muy interesado por su progreso. Su Señoría estaba en su estudio en mangas de camisa. Claro que no estaba en situación de sospechar que a las 8 de la tarde recibiría visita. Se disculpó, nos recibió con mucha amablidad y prometió tenernos los pasaportes, etc., que necesitábamos.

Febrero 14 y 15.

Nada podíamos emprender en estos días ya que estábamos esperando nuestros pasaportes y cartas de recomendación del Ministerio. Como ya habían empezado las Carnestolendas y como el Presidente todavía no había regresado de su fundo, resolvimos fijar nuestra partida para el 16, y nos aseguraron que nos mandarían los papeles de marras a Concepción. Por intermedio de don Hermenegildo de la Riestra que estaba

en vísperas de hacer un viaje a Buenos Aires, y al cual no creía volver a ver a fines del mismo año en aquella ciudad, adquirí un gran caballo "cuyano", un overo, que desgraciadamente no correspondió a lo que esperaba yo. Me costaba montar el coloso, además también, por lo bien cargado que lo tenía. A las seis y media salimos de Santiago. Pronto Febo ya no iluminaba sino las cumbres más altas de la cercana cordillera, y antes de que llegáramos a San Bernardo había obscurecido. Allá se bifurcaba el camino real, y demasiado tarde nos dimos cuenta que nos habíamos perdido. Uno de nuestros compañeros se había extraviado totalmente y sólo disparando una pistola, conseguimos que se juntara nuevamente con nosotros. Eran cerca de las once de la noche cuando llegamos a la casa de don Francisco Arriagada en Tango. El se había acostado ya y nuestro amigo Ried, suponiendo lo que nos podía haber pasado, nos había mandado gente al encuentro.

Febrero 17.

Don Francisco se alegró mucho de volver a vernos y como es un gran amigo de conversar y de discurrir, no nos fué posible continuar nuestro viaje hoy día. Como esperábamos además, más de alguna recomendación para el viaje y para el obispo de Concepción, tuvimos que conformarnos y disfrutar nuevamente de las delicias de su regia mesa. También hoy había una infinidad de platos. Lo raro era que no era fácil descubrir sus ingredientes. Por fin, preguntó don Francisco a un sirviente, por el significado de esos mejunjes. "Hoy es día de Cenizas, señor" fué la contestación que recibió. Riéndose nos decía don Francisco, que habíamos tenido mala suerte, pues no había sino guisos de viernes. En verdad, casi todos los platos eran de pescados preparados de diferentes maneras.

Febrero 18.

Habíamos pedido nuestros caballos para las 6 Pero se nos exigió que almorzáramos primero. Además, nuestros caballos, con otros, se habían encaminado a una gran engorda y sólo a las 2 de la tarde, los peones pudieron traerlos. Nos despedimos pues, amablemente de nuestro cariñoso anfitrión — que siempre me decía "Don César mío" y en media hora llegamos a la orilla del correntoso Maipo. Hasta aquí llegaba la hacienda de don Francisco. En este lugar hizo construir casas para un gran hotel. El lecho del río es muy pedregoso y ancho. Un puente colgante dividido en tres secciones atravesaba el río. No se crea que era un puente de hierro. Era un puente como los que los españoles encontraron en el país a la época de la conquista. Dicen que estos puentes sirvieron de modelo a los europeos para construir los de hierro. Gruesos postes se encuentran plantados en las orillas. Cables, generalmente de cuero, van de orilla a orilla. Cables más cortos que penden de aquellos, sostienen el puente propiamente tal. Tales puentes no suelen tener sino 4 a 5 pies de ancho, sin barandilla y el piso hecho de cañas fuertemente atadas con cuero. Abajo corre el río furibundo y espumoso. El movimiento de este puente, al atravesarlo, es tal, que cuesta mantenerse en pié. En otra oportunidad sufrí una caída. Nuestros caballos acostumbrados ya a tales puentes colgantes, fueron enviados adelante.

El gran valle de Santiago se va estrechando paulatinamente y en la Angostura se juntan casi las dos cordilleras. Al pie de una baja hilera de cerros se halla la Hacienda de Lo Aguila, en la cual, lo mismo que en la laguna de Aculeo, que está a tres millas, había estado hace tres años atrás. En aquella oportunidad no estaba el dueño de casa, pero mi amigo M., me facilitó las llaves de la bodega del vino y de la despensa. Llegados al amplio patio encontramos una gran reunión de damas y caballeros, disfrutando en el corredor del fresco de la tarde. Supimos más tarde que casi todos eran hacendados de la vecindad con sus familias. Don Vicente Frías, a quien habíamos conocido ya en casa de don Francisco Arriagada, nos llevó a presencia de doña Emilia Herrera de Toro en ausencia de su esposo. Ella esperaba ya nuestra visita. Nos recibió y nos atendió con mucha amabilidad hasta la llegada de su esposo que había ido a las viñas. Nosotros llevábamos nuestros trajes de viaje llenos de tierra, mientras que los jóvenes y las damas estaban vestidos a la moda de Santiago. No tardó en llegar don Domingo, un caballero muy atento e instruído. Inmediatamente nos asignó tres amplios departamentos y en seguida nos juntamos con él, en amena charla, en el comedor, donde nos sirvieron suculento bistec preparado por un cocinero norteamericano a la inglesa (english fashion), con huevos, callampas, diferentes dulces, etc. Don Domingo que pertenecía a una acaudalada familia de Santiago había pasado tres años en Europa, en Inglaterra, Francia e Italia, de manera que sus ideas y sus modales eran europeos. Su conversación fué más amena. Como todos los hacendados sólo pasaba pocos meses en este fundo tan pintoresco. Después de haber cenado fuimos a la sala donde sólo encontramos a don José Alvarez de Condarco con su hija y un hijo. Nos sirvieron te. Mi vecina fué la interesante e ilustrada doña Clara A. de Condarco. Todos sus hijos hablan inglés y francés, porque el padre, siendo ministro de Chile en Inglaterra, se había casado allá, de suerte que su familia conservó mucho su carácter europeo. Como alumna de Rugendas, yo conocía a doña Clara de vista desde tiempo atrás. En seguida hubo piezas de piano y canto, distinguiéndose por su talento musical mi amigo médico, el doctor Ried. Hasta enfermos hubo, habiéndose enfermado uno de los niños. Muy entrada la noche todos se despidieron y nosotros ocupamos nuéstros dormitorios amplios y frescos.

A la mañana siguiente, el 19 de febrero, después de haber tomado el desayuno y después de habernos mostrado don Domingo toda su instalación de la prensa de vino que había encargado en Francia y provistos de buenas recomendaciones que nos dió, abandonamos la hospitalaria casa de Lo Aguila, a las 6 de la mañana y atravesamos la insignificante altura de la Angostura de Paine. — ¡Qué espectáculo más lindo se

presentaba a nuestra vista? — A nuestro lado, y muy cerca, la cordillera, atrás el interminable valle de Santiago y en frente el fertilísimo valle de Rancagua, que es el más productivo de Chile. Era una retahila de fundos. Por todas partes se ven mieses y praderas con hermosos animales. Este valle está abundantemente regado por una infinidad de arroyos y esteros que bajan de los cerros y en pequeños canales o acequias, van de fundo en fundo.

Como en el Norte de Chile, no suele llover entre los meses de septiembre a abril, por tal motivo es indispensable el regadío artificial y el mantenimiento de esos canales cuesta mucha plata a los dueños de fundos. Hasta hay jueces de agua para dirimir pleitos, que se producen cuando algún propietario ha sacado más agua de la que le corresponde o si ha desviado alguna acequia. — En la provincia de Concepción ya no hay acequias.

El camino principal es bonito, adornado de árboles, y en todo se parece a un camino europeo. Varios cientos de trabajadores estaban ocupados en prolongarlo, trabajos que se habían iniciado ahora no más, porque el Ministro, don Camilo Vial, había comprado un gran fundo en la provincia que sigue, la de Colchagua, y naturalmente tenía interés en que hubiese un buen camino para poder transportar mejor sus productos.

No tardamos mucho en llegar a los lindes de la hermosa Hacienda de la Compañía, de don Juan de Dios Correa, que le había correspondido por herencia de su esposa, doña Nicolasa. Todavía conocida bajo el nombre de "la Condesa".

Perteneció al conde de la Conquista, don Bernardo Toro. Había sido quitada a los jesuítas en tiempo de su expulsión. Y como aquellos padres poseían las mejores tierras, se explica que ésta hacienda sea la más rica de Chile. El trigo que se cosecha aquí obtiene en el Perú mejores precios que él de otras regiones. Hace años se obtuvieron 30.000 fanegas de trigo, que se vendieron a razón de $ 3.— La carne se convierte en charqui y tiene salida a las provincias mineras del Norte y también al Perú. El número exacto de vacunos que posee, tal vez el mismo dueño no sabría indicarlo. Dicen que son más de 20.000, de suerte que año por año la matanza es grande. Se fabrica jabón y velas, y los cueros son un importante artículo de exportación. Por espacio de varias leguas se atraviesa esta extensa hacienda. La trilla de este año se hizo con 800 yeguas del fundo. Además, se emplearon muchas otras de la vecindad. Por donde uno mire, ve los ricos dones de una naturaleza pródiga.

Más cerca de la cordillera de los Andes está situada la ciudad de Rancagua. Pero como de costumbre, demoramos horas en atravesar los callejones que conducen a la ciudad. En la Cañada encontramos el rótulo de una posada. Poco parecía prometer por su aspecto exterior y por dentro era peor todavía: una gran pieza con dos sillas desvencijadas y una mesa de tres patas. Eso era todo lo que había. Nos refrescamos con algunas sandías y en seguida, valiéndonos de nuestras sillas de montar, hicimos la siesta. El calor que hacía era tremendo. Tal como era la casa, era la comida. A duras penas conseguimos una cazuela. El pan debe haber tenido sus ocho días de existencia. En Chile hay que evitar en lo posible las fondas de los caminos. En fin, los caballos por lo menos no sufrieron. La alfalfa era muy bonita y bastante barata. Una carga, lo que puede llevar una mula, costaba un octavo de peso. Pronto se sintió un gran ruido de carruajes en el patio. Eran tres birlochos. El primero lo ocupaba una señora anciana y coja que estaba en camino a las termas de Cauquenes que distan unas diez millas de aquí. Ella se había provisto mejor que nosotros. Llevaba tres o cuatro sirvientas, toda clase de comestibles, de manera que solo necesitaba fuego para prepararlos. De entretenimiento nos sirvió el eterno hablar y conversar de la hospedera. Estando a cargo de la cocina, sin cesar hablaba disparates. "Está loco", nos decían. En la tarde dimos una vuelta por la pequeña ciudad, notable sólo por su situación al pié de la Cordillera de los Andes, que aquí tendrá unos 15.000 piés de altura, con sus cimas puntiagudas y almenadas. Al lado de nuestra hostería había una botica. Un escudo y una bandera lo indicaban. Golpeé, pero todo fué en vano. El señor boticario estaba haciendo la siesta y no es esa hora para comprar medicamentos. A la hora de la puesta del sol lo encontré despierto. Pedí tamarindo. Pero se había echado a perder. El orozuz se encontraba más o menos en el mismo estado. Y pensar que esta era una botica de hospital. Durante la noche se juntó con nosotros Mr. Robert Cutts. Había venido de Valparaíso a comprar cereales y en la ramada que había en el patio disfrutamos del fresco de la tarde cantando alegres canciones alemanas. Esto despertó los instintos musicales de nuestra hospedera trastornada. Fué a buscar su guitarra y tocó y cantó toda la noche, cosas sin sentido, naturalmente. Pues eran las dos de la madrugada cuando desperté por primera vez y todavía no había terminado su canto la infeliz. Nos felicitamos de poder abandonar temprano esta casa inhospitalaria, ya que poco habíamos podido dormir. La gran sala se había llenado de viajeros, tanto, que unas diez o doce personas tuvieron que acampar a toda intemperie en el patio y debajo del corredor y que dormían tranquilamente cuando hicimos ensillar nuestros caballos a la penumbra del día que se iniciaba.

Febrero 20.

Mis compañeros ya habían montado sus caballos, pero yo tuve que quedarme todavía un rato, para tomar mi mate y después de algún tiempo los alcancé. El sol aún no había salido y las puntas roqueñas y conspicuas de los Andes semejaban a la luz crepuscular de la mañana verdaderas fortificaciones, pero más lindas y más soberbias que las construídas por el hombre.

Pronto llegamos al valle del Cachapoal. Tuvimos que recorrer un largo trecho por un lecho de piedras hasta que alcanzamos el primer brazo de este correntoso río de montaña. No tenía mucha profundidad. El brazo siguiente era más correntoso. No hay que dirigir la vista hacia

abajo, porque la fuerza de las aguas es tal que el jinete fácilmente pierde el control sobre si mismo y puede ser arrastrado por el río. Conociendo ya la treta para atravesar estos ríos, le dejé rienda suelta a mi cabalgadura, que siguiera a las demás, coloqué mis piernas sobre la parte trasera de mi caballo y miraba sólo hacia arriba o a la otra ribera. Es curiosa la sensación que uno tiene, que sabiendo que el caballo avanza, uno cree que está detenido en medio del río. El agua llegaba hasta la montura del caballo. El último, el brazo principal, tenía un puente cogante. Los que estaban a cargo de ese puente eran de opinión que convenía revisarlo primero y así tuvimos demora. Peras frescas y pan que ofrecían en venta, constituyeron un buen almuerzo, por falta de algo mejor. A nuestros caballos se les hizo largo el tiempo, teníamos alrededor de doce, y algunos bajaron al río. La corriente era tan fuerte que los animales, no pudiendo nadar, fueron arrastrados río abajo. Ya creíamos que dos de ellos se habrían perdido, cuando, después de un cuarto de hora, aparecieron en la ribera opuesta. Fué éste el río más correntoso que he conocido en Chile y la fuerza de las aguas solía arrastrar grandes peñascos. Un buen trecho se oía todavía el ruido que producían las aguas al bajar. Más de una hora tuvimos que avanzar por terreno pedregoso, lo que cansaba a las cabalgaduras y aburría al jinete. Estos ríos cambian de curso casi todos años y a pesar de no ser anchos, ocupan un lecho muy extenso, compuesto de piedras sueltas y redondeadas. Por fin el camino se mejoró y frente a nosotros veíamos la bonita y bien arbolada villa de Rengo. Eran las doce cuando nos apeamos frente a la posada. Un andaluz era el posadero. Nos dimos cuenta de ello por su viveza y por su pronunciación. La casa era amplia y limpia. Las lindas hijas del hospedero pusieron un mantel nuevo, lo que, de por sí, era ya una buena recomendación. La comida era buena también. Creyendo que éramos ingleses se habían ofrecido inmediatamente a darnos bistec con huevos. Residía aquí desde algún tiempo una comisión del gobierno encargada de comprar caballos. Los campesinos traían más de alguno y entre ellos algunos bastante bonitos. La provincia de Rancagua tiene fama por su crianza de caballos. Los caballos de viaje se encuentran mejores probablemente en Colchagua. Los precios que pedían los campesinos por sus caballos eran exorbitantes, tanto que no pudimos decidirnos a comprar algunos. La Hacienda Valdivieso con sus casas señoriales estaba situada al lado de la fonda. Después de algunas horas de descanso nos pusimos en marcha otra vez — y — todavía tengo presente este apacible villorio con su infinidad de árboles frutales, con sus habitaciones aseadas y con su nueva iglesia. El valle nuevamente se estrecha y atravesando una colina arenosa se llega a la gran llanura que ocupa la provincia de Colchagua. Se nota una notable diferencia. Ya no se ven las extensas mieses y los numerosos árboles frutales. Aquí los dilatados potreros dan cuenta de otra actividad, de la crianza de animales. Un camino bastante pedregoso, y cubierto, además de arena conducía a lo largo de las hileras de colinas y como no corría viento nos maltrató en tal forma el sol estival, que caballos y jinetes quedaron casi exhaustos de cansancio y cuando uno de los peones nos anunció el Pan de Azúcar, un cerro puntiagudo de las inmediaciones de San Fernando, le clavamos de nuevo las espuelas a los caballos, y así llegamos pronto a un camino frondoso. Ya no podía faltar mucho para llegar. Un huaso entrado en años nos indicó la entrada a la Hacienda de la Cañadilla, perteneciente al obispo de Concepción y arrendado por éste a don Alejo Lemus. Una carta de nuestro amigo santiaguino y sobrino del Ilustrísimo señor Obispo fué motivo suficiente para recibirnos con gran júbilo.

La esposa de don Alejo, doña Dolores, nos recibió y a pesar de haber recibido una educación sencilla no más, mostraba poseer grandes aptitudes naturales. Nuestro anfitrion, de vuelta de sus potreros, nos saludó con mucha amabilidad y aunque toda la instalación de la casa era de campo, los dueños de casa hicieron todo lo posible para contentar a sus huéspedes. Eramos tres, fuera de cuatro hombres de acompañamiento y unos dieciseis caballos. Se comprende que para tal visita no todas las casas de campo podían estar preparadas. Don Alejo nos mostró una bonita máquina de destilación, que suministraba aguardiente sin necesidad de enfriamiento por medio de agua. Había llegado de Francia y había costado más de dos mil pesos. Este producto se vende de preferencia en Santiago. Fuí testigo como doña Dolores se negó a vender aguardiente a un campesino, diciéndole que no puede dejar en la miseria a su mujer y a sus hijos. Había en el amplio patio y en el huerto un número crecido de perales. Averigüé lo que se hacía con tanta fruta. Me contestó el dueño de casa: "Son buenas para los chanchos". Parecía que papagayos silvestres también se saciaban con esas frutas, pues pasaban en grandes bandadas metiendo una bulla infernal.

Febrero 21.

Hoy era domingo y la dueña de casa volvía de misa, de a caballo, cuando nos presentamos. El día era en extremo caluroso y lo pasamos sentados en el aireado y fresco corredor, comiendo sandías. Don Alejo nos cedió también algunos caballos de viaje y mulas, pues nos hacían falta. Atravesando los campos, llegamos a una choza pequeña de apenas seis pies de ancho y de largo, situada en medio de un huertecito. Frente a ella estaba sentado un anciano completamente canoso. "Pregúntenle por su edad", nos dijo don Alejo: "No lo puedo decir a su merced, pero tengo más de cien años", fué su contestación. Y este anciano cultiva todavía sólo su terruño. En la tarde don Alejo ordenó que ensillasen tres hermosos y briosos caballos, y acompañados por él, nos dirigimos a galope tendido a la ciudad de San Fernando, que queda a una legua de distancia. Nos seguía su administrador y un peón. Es un pueblo muy ameno y está dividido en cuadras con muchos jardines. Al piafar de nuestras

cabalgaduras, los habitantes se asomaban a las ventanas y salían a la calle para contemplar a los "ingleses".

Continuamos hasta llegar a un lugar de recreo de los pobladores, situado en el borde de un cerro, rodeado de tupidos árboles. Ya más de alguno de los campesinos abandonaba ese recinto, de a caballo, cantando y con acompañamiento de la guitarra, yendo en busca de su tranquila choza. Era un cuadro encantador. Todos tan alegres y contestos y habiendo sólo consumido sandías a la sombra de los árboles. Quedaba todavía una artista con su arpa, pero su canto era inútil, porque ya no quedaban bailadores. Volvimos pues, y a galope tendido, a la Cañadilla, donde nos esperaba ya bastante tiempo doña Dolores con la comida. Eran ya las ocho de la tarde. Era tan abundante la comida que no se podía comer de todo y es obligación de hacerlo, para no ofender a la dueña de casa. Don Alejo mismo fué a buscar una botella de champaña que le había obsequiado el señor Obispo cuando pasó por aquí la última vez. Conversando, comiendo y bebiendo se pasó el tiempo hasta cerca de la medianoche. Era una linda noche de luna y yo dí todavía unas vueltas, gozando del hermoso panorama que presentaban los cercanos Andes.

Febrero 22.

Fué poco lo que pude dormir, porque a las 3 de la mañana nos despertaron los peones. A obscuras y con auxilio de luces, fueron ensillados los caballos. A las 4 de la madrugada abandonamos la casa de nuestro anfitrion. Hasta la hora de la salida del sol, a las cinco y media, hacía fresco. La cordillera de San Fernando es bastante alta. Aquí se eleva sobre una hilera de cimas roqueñas de la cadena de los Andes hasta cerca de 18.000 pies el Descabezado con su nevada cumbre. El aspecto de la montaña antes de salir el sol el chocar de los rayos solares contra las alturas más conspicuas, es soberbio y grandioso. Pasamos por San Fernando, la capital de la provincia, continuando hasta llegar a las márgenes del río Tinguiririca, donde hay un puente colgante. Estaba muy bajo ahora, pero suele suceder que a veces aumenta en tal forma de caudal que llega a inundar las calles de San Fernando. Nos dijeron que aquí vivía un médico alemán, un señor Markmann, cirujano o barbero, que antes estuvo empleado en el ejército y que ahora hace las veces de médico aquí. Su esposa era de Alemania, creo de Hamburgo. El camino iba ahora por una llanura. El fresco de la mañana nos determinó a ensayar un galopito, continuando en esta forma hasta llegar a una casa situada a la vera del camino donde pedimos agua hirviendo para preparar nuestro mate. Preguntamos por la distancia que había para llegar a Curicó. "Está cerquita", fué la contestación que nos dieron, y eso que demoramos cinco horas en llegar a nuestro destino. Ahora el paisaje toma otro carácter. La cadena central de cerros se aproxima más hacia la costa y se forma una gran llanura arenosa, con poco pasto y cubierta sólo de matorrales bajos, algarrobillas, acacias, etc. No es raro encontrar colinas formadas de piedras de origen volcánico como lo demuestran por su aspecto poroso y por su color obscuro. Aquí debe haber habido una época de cataclismo, un enorme volcán. Una de de estas colinas tenía todo el aspecto de una fortaleza, motivo por el cual nos apeamos y la escalamos. Un lindo paisaje compensó nuestro esfuerzo. Al pié de los Andes se veían verdes praderas, en seguida venía una faja de bosques de obscuros cipreses, más allá arbustos y peñascos hasta llegar a la región de las nieves eternas. En tiempo de la guerra y después de la revolución tenía esta tierra fama de ser tierra de bandidos. Nos había contado don Francisco Arriagada, que hace años sostuvo en esta región una lucha contra salteadores. Transformándose la larga llanura paulatinamente en una región de pequeñas colinas, llegamos por último al lecho pedregoso de un río, que como siempre indicaba la presencia de agua corriente. Atravesamos pues, el Teno por un puente colgante. La orilla opuesta era pequeña y tenía grandes hoyos que parecían pequeñas cuevas. De algunas de ellas manaba agua pura, cristalina, que me sirvió para refrescarme después de un largo viaje de a caballo a través de una llanura arenosa. Frente a nosotros llamaba la atención una colina de arena desprovista de vegetación, a cuyo pié se encontraba el pueblo de Curicó. Pero harta paciencia se necesitaba para llegar hasta él, porque también a este pueblo conducían largos callejones. Llegamos a medio día. La hostería tenía parecido con la de Rancagua. La pieza era sucia, con una sola silla y algunos banquillos bajos y chicos. Y para mal de males, el sol penetraba por la única puerta que tenía. Por de pronto nos conformamos con algunos melones, un pobre alimento, después de haber andado a caballo desde las 3 de la madrugada hasta la una de la tarde y después de haber recorrido en este tiempo unas 20 leguas. La cancha de bola que estaba a la vera del camino, y que tenía una ramada, me pareció un sitio muy apropiado para hacer la siesta. Con ramas de lino, que se había colocado ahí cerca para secarlo, me arreglé una blanda cama y dormí tranquilamente hasta las 5. Era tiempo pues, de preocuparse de la comida, que no resultó muy opípara; como de costumbre hubo cazuela, pero no había pan. Al atardecer recorrimos este triste pueblo. En el mercado no había frutas, solamente cebollas, porotos, etc., y para colmo de males: en el gran café y billar, no había ni hielo ni limonada. De mal humor regresamos a nuestra fonda. Mientras tanto venían llegando otros huéspedes: una familia de la costa con muchos niños. Todos se establecieron en el corredor va que la única pieza de alojados estaba ocupada por nosotros. Probablemente estos viajeros no fueron molestados tanto como nosotros por las pulgas. Por intermedio de mi Justo, conseguimos de nuestros vecinos, los viajeros de afuera, un poco de harina tostada, obteniendo así una bebida agradable y refrescante.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Febrero 23.

También una gran parte del día de hoy, estuvimos obligados a pasar en este sitio caluroso y aburrido. Era necesario herrar nuestros caballos. Por lo general, no se acostumbra esto en Chile, en el campo, pero siendo malos los caminos es indispensable hacerlo. Había en el pueblo nada más que un sólo herrero y ejercía su oficio con calma. Así como a medio día volvieron nuestros animales y nuestra servidumbre. Mientras tanto llegaba de Talca el italiano Mariani con un joven de Valparaíso. Contento monté a las 5 de la tarde mi Chascón o Trotón. Dejando atrás el pueblo de Curicó, se llega muy luego a las márgenes del río Lontué, cuyo lecho es menos pedregoso y queda dividido en dos brazos. Ambos se atraviesan por puentes colgantes. Al atravesar el segundo, mis espuelas se enredaron en el piso del puente, y me di una feroz costalada, saludada con placer por los huasos que la presenciaron. Parece que al otro lado del río cambia la vegetación. Hay lindas praderas, hileras de sauces alternan con álamos. La hacienda de Quechéreguas, perteneciente a una señora anciana de Santiago, ofrece una linda vista. La casa de habitación, rodeada de grupos de árboles y de álamos, se presentaba tan linda, iluminada por el sol poniente, que todavía no puedo olvidarla, así como tampoco olvidaré a las dos alegres huasitas, que, montadas en un sólo caballo, pasaron a nuestro lado galopando y saludándonos con un "Adiosito".

Más allá llegamos a una aldehuela llamada "Valle del Molino", cuya posada parecía más aseada que la de Curicó, a pesar de tener esta ciudad una población mucho más numerosa.

Habíamos determinado avanzar lo más que pudiéramos para recuperar el tiempo perdido, y después de la puesta del sol vadeamos el río Claro que estaba bastante bajo y cuyos bordes, que tendrían unos 30 pies de altura, permiten reconocer hasta donde alcanzan las aguas del río en las grandes avenidas. Este río lleva su nombre con mucha razón, porque sus aguas son muy diferentes de las de otros ríos chilenos: son limpias y claras, por tener su origen en un lago del interior. Teníamos ahora frente a nosotros una gran pampa o llanura. A la izquierda estaban los Andes con sus cimas heladas y blancas, a la derecha, en lontananza, la baja Cordillera de la Costa, que como su hermana mayor, los Andes, va disminuyendo en altura paulatinamente. A pesar de eso la cordillera de los Andes tiene aquí todavía una altura que fluctúa entre doce y quince mil pies. Los arreboles de la tarde hermoseaban todavía el horizonte occidental, mientras los últimos rayos del sol poniente doraban hacia el Este las elevadas cimas de las montañas. Hubo luna llena también. Era una tarde maravillosa y conversando alegremente, continuamos nuestro camino sin mayor preocupación. Los caballos estaban briosos, de suerte que anduvimos algunas horas sin interrupción; serían las 10 de la noche, cuando vimos a gran distancia una luz. Era una vivienda solitaria rodeada de árboles.

Nos apeamos y preguntamos a una señora anciana, detrás de la cual se escondían sus tres curiosas hijas, por el camino, si era el camino a Talca. Nos contestó la señora que nos habíamos apartado algunas horas del camino, que esta hacienda se llama Chagres y que ponía a nuestra disposición su casa, porque ya no podríamos continuar. Pero a pesar de eso acordamos continuar nuestro viaje, aprovechando el fresco de la noche. La señora ordenó que un niño nos condujera hasta llegar al verdadero camino. Habiendo llegado por fin, y viendo que nos faltaban todavía diez leguas hasta Talca, resolvimos aprovechar un gran campo de cereales e hicimos alto. Los caballos fueron encerrados con lazos y estacas dentro de un círculo, les dimos paja y granos que encontramos amontonados, y nosotros nos acomodamos en un montón de paja, quedando muellemente instalados, porque la paja no es larga, como en nuestra tierra, sino que es como picada por los cascos de las yeguas. Hambre y sed nos atormentaban. Sentí el ladrido de un perro, aunque bastante lejos; Justo decía: "Allá hay gente", y junto nos pusimos en marcha en busca de alguna aventura. Mis compañeros de viaje ya dormían el más profundo de los sueños. Después de una larga caminata, aribamos a la pobrísima choza de un pastor de ganado. El ladrido de los perros lo había despertado, dormitando sobre un cuero de vaca, que le servía de lecho. "Qué hay", preguntó. Averigüé si tenía pan, queso y agua. "No hay más que agua" — Allá está el cántaro" — Con estas palabras nos volvió las espaldas y siguió durmiendo. No habiendo cosa mejor, me conformé con un trago de agua, y en seguida nos retiramos.

Febrero 24.

Nuestro lecho de paja había sido tan agradable que ni sentimos el cierzo helado que en campo raso suele bajar de la cordillera, ni el rocío de la mañana. Los dueños del cereal probablemente no habrían quedado muy contentos con nuestra visita, puesto que los caballos se deleitaron comiendo trigo. Como nadie se presentase a hacer reclamación por el trigo comido, no hubo posibilidad de pagar indemnización y, después de haber dado el Dr. Ried,, como de costumbre, la voz de partida, seguimos cabalgando. Eran las cinco de la madrugada. Pronto el camino iba mejorando, aparecieron casas y jinetes, prueba de que estábamos no lejos de alguna población. Así llegamos al campo de batalla de Cancha Rayada, donde los españoles habían obtenido un triunfo sobre los patriotas, produciendo esta noticia gran espanto en Santiago. Más, la batalla de Maipo decidió para siempre la suerte del leon ibero en Chile.

Ya veíamos las blancas torres de la ciudad de Talca. Sin embargo, demoramos todavía algunas horas hasta llegar a la ciudad entrando por la Alameda. Nos alojamos en la Fonda Italiana, perteneciente a un genovés. Comparada con las anteriores, semejaba un gran hotel.

Nos sirvieron un buen almuerzo. Y después de

habernos acicalado para presentarnos en debida forma, fuimos a hacerle una visita al viejo coronel Sutike. Encontramos al encanecido guerrero meciéndose en su hamaca y fumando una cachimba, en lo que revelaba su nacionalidad. Tuvo muy contento en recibirnos y nos llevó a su salón arreglado a la manera alemana. Las murallas estaban adornadas con héroes y con cuadros de batallas. Blücher y el ejército prusiano ocupaban el sitio de honor. Su esposa, doña Carmen, es una señora muy instruída y talentosa. No sólo está versada en la política europea, sino que habla a la perfección francés, y entiende inglés y aún alemán. Nuestra conversación fué muy interesante, porque le agradaba al coronel estar en presencia de tres paisanos, con los cuales podía comentar lo que ocurría en Europa. Había luchado en tiempo de la guerra de independencia alemana. Firmada la paz se trasladó a Inglaterra y de ahí se vino a Chile, en 1823, para ayudar a libertar el país del yugo español. En su calidad de coronel de caballería, se distinguió, sostuvo más de algún combate contra los indios, que en aquel entonces estaban asociados con los españoles, más bien para obtener botín que por simpatía, y en una acción recibió un balazo que lo dejó cojo. Es muy probable que podía haber ocupado un gran puesto en el país, si no hubiera estado implicado, en 1829, en el conato revolucionario a favor del general Freire. Fué pues, despedido del ejército y sólo en los últimos años fueron reconocidos por el Presidente sus servicios anteriores y ahora, siendo Comandante de los Cívicos, percibe su sueldo como coronel jubilado.

Nuestro paisano no quiso que nos fuéramos y a pesar de que su esposa alegaba que su comida era muy pobre, lo cierto fué que nos gustó mucho. Hasta se sirvieron arenques holandeses. Tal vez no serían frescos. El Dr. Möller, un médico de Copenhague que reside aquí, tomó tamhabía estado en el Sur y hasta había emprendido una excursión a la tierra de los araucanos. Cinco años ya estaba trabajando en Chile y había adquirido una pequeña fortuna. Quería hacerse agricultur y ya había tomado en arriendo una hacienda. Como todo el arte del agricultor consiste en comprar el ganado barato, distribuirlo en las engordas y venderlo después de algunos años con utilidad, no se necesitan muchos conocimientos de agricultura. El Dr. Fischer, su paisano, un joven y modesto danés (debía de sucederle en el cargo de médico del hospital de Talca), también estaba con nosotros.

Varios amigos de la ciudad vinieron en la noche a una tertulia y el té fué servido a la europea. A avanzada hora de la noche volvimos a nuestra ronda. A la mañana siguiente, el 25 de febrero, encontramos ¡qué sorpresa! caballos en el patio. Los había enviado el coronel inválido, nuestro paisano, y acompañados por el Dr. Möller, nos pusimos en marcha a la hacienda llamado "La Viña Seca", más o menos a una legua de la ciudad, perteneciente a don Agustín Gana, para el cual teníamos recomendaciones. El camino era muy pedregoso y ya quemaba bastante el sol a nuestra llegada. Fuimos recibidos con suma amabilidad y hubo un buen almuerzo. Como preferimos el té al café, creyó la dueña de casa que nos haría un gran favor, llenando media tetera de té, quedando la infusión, naturalmente, demasiado cargada. Decía ella, que a los ingleses les gusta el té tan cargado y por eso estuvo temerosa que, preparado a su manera no nos gustaría. Después de haber visto las tierras, las viñas, etc. volvimos a la ciudad. Hacía un calor insoportable y después de nuestro regreso a nuestra habitación que tendría unos 30 pies de ancho por otro tanto de largo, fuí a refrescarme, tomando un baño en el cercano arroyo que no tenía mucha profundidad.

Talca es la capital de la provincia, con una población de alrededor de 15.000 habitantes. Es de construcción regular, tiene calles aseadas, bonitas iglesias, y como no lleva mucho tiempo de existencia, sus casas y plazas tienen un aire de limpieza y novedad. La Catedral, un edificio notable, está inconclusa. Pero la ciudad tiene poco movimiento. A medio día, entre las 12 y las 3, casi no se ve gente en la calle. Allí todos descansan y las casas permanecen cerradas. También nosotros nos dedicamos a hacer una siestecita, la cual nos fué interrumpida por nuestro amable paisano, el coronel Sutike, quien vino a vernos para invitarnos, en nombre de su esposa, a almorzar en su casa. Era tarde ya y por eso nos apresuramos, obedeciendo a su llamado. Se nos sirvió una gran comida — mitad a la europea, mitad a la chilena. Lo último caracterizado por una gran cantidad de dulce, frutas en conserva, etc. A mis compañeros, que se jactaban de ser buenos conocedores de vino, les sirvió tres clases de vino: francés, Málaga y Oporto, que ellos encontraron muy buenos. Más tarde nos confesó nuestro anfitrión que todos habían sido vinos chilenos, preparados por él mismo. Dicen que el Oporto iguala casi al legítimo.

Ya había entrado la noche, cuando nos levantamos de la mesa. Y fuimos al jardín a tomar el café a la luz de la luna, bajo los extendidos ganchos de un gran naranjo. Cantamos algunas canciones alemanas y sobretodo las de aires marciales encontraron gran aceptación, recordando al viejo guerrero los tiempos de su juventud. La banda de música militar pasaba en dirección al mercado. Tocaron la marcha de Norma bastante bien. No creía que una banda de música de provincia pudiera tocar tan bien. Mucha gente se había juntado, y se vió por primera vez que Talca tenía población. Mientras tanto nos esperaba doña Carmen con té. Llegaron más huéspedes a la tertulia. Nos entretuvimos mirando los bonitos dibujos y ensayos del pintor alemán Rugendas, un buen amigo de Sutike. Antes de su regreso a Europa le había dejado tres cuadernos con dibujos hechos en sus viajes por México, Perú, Chile y el Brasil. Mientras nosotros nos entreteníamos así, doña Carmen escribía para nosotros cartas de recomendación para su tío, el Gobernador de los Angeles, y para el Gobernador de Talcahuano. Nos interesó también un indiecito que servía en la casa

de Sutike. Se llamaba Necuman. Es un regalo que hizo a doña Carmen el actual Presidente, el general Bulnes, que siendo en aquel entonces jefe de las tropas que luchaban contra los araucanos, había hecho fusilar a dos caciques en Chillán. Uno llevaba consigo a su hijo, que fué educado y enseñado por los esposos Sutika y que así se hicieron de un buen criado.

Su orgulloso comportamiento y su amor por la libertad ya le eran característicos. Nada se conseguía con él empleando la severidad. Parecía que se daba cuenta de su descendencia. Después de media noche nos despedimos de los esposos Sutike. Habíamos pasado dos lindos días en su compañía. El Dr. Möller que nos acompañó, a su vez nos dió tantas recomendaciones y consejos, que sólo así como a la una pudimos ir a acostarnos. El 26 de febrero, a las 4 de la mañana, nos levantamos y nos aprontamos para abandonar la ciudad de Talca. Después de haber andado casi dos horas por caminos arenosos llegamos a las minas de oro, muy productivas en tiempos pasados, pero donde en la actualidad más de alguno ha perdido su fortuna. El Dr. Duffy, un irlandés, las trabaja ahora. Pero no le producen gran cosa. Arribamos a las márgenes del Maule, ancho y profundo, lo suficiente para que embarciones pequeñas puedan remontarlo entrando en él desde el mar. Aqui se atraviesa el río en balsa. Desensillan los caballos para que atraviesen el río nadando. Las mulas cargadas iban con nosotros en la balsa. Y como empezaban a inquietarse, poco espacio nos quedabá para escapar de sus coces. La ribera opuesta del Maule tiene más vegetación. Atravesamos varias aldehuelas. Aquí ya se usan los bonetes, que hasta Valdivia son el privilegio de los campesinos, mientras que en todo el Norte no se usan sino sombreros de paja o se envuelven la cabezo con un paño. Sigue una marcha de varias horas hasta que llegamos al molino de agua de Longomilla. Allá fuimos muy bien atendidos por Mr. Allen, un norteamericano que nos recibió con bistec, huevos y té. Su molino estaba arreglado a la usanza de los norteamericanos. Desgraciadamente principió a especular con compras de trigo y así sus negocios han ido de mal en peor. En la grande y fresca bodega, que nos protegía contra los rayos del sol, hicimos la siesta. — Este es el punto que queda más cerca del volcán que últimamente entró en actividad y que es uno nuevo, y si no hubiera sido que teníamos apuro para llegar a nuestro destino, habríamos arriesgado las 30 leguas para alcanzar hasta allá.

Se encuentra por el lado argentino. Gente que ha estado allá describe el crater como muy extenso. Despide elevadas columnas de fuego y lanza, con frecuencia, pequeñas piedras. — Mr. Allen ha observado esto de noche. Los campesinos solían traer también muchos cargamentos de azufre, que se encuentra en grandes cantidades al pié del cráter. — Hay un número tan crecido de volcanes en los Andes de la América del Sur, que hay que admirarse que hasta la fecha ningún viajero europeo, con excepción de Pöpig, quien escaló el Antuco, se haya acercado a ellos. El camino más allá de Longomilla, ofrece bastante variación: ora sigue por colinas, ora por llanuras, hay bonitos potreros y grupos de árboles. Mieses y hombres escasean. El anchísimo Longaví estaba muy bajo, de suerte que fué facil vadearlo. Pasamos la noche cerca de Linares, donde don Silvendo Encina. No era como habíamos esperado. No tenía pienso para nuestros caballos, de manero que éstos, encerrados en un recinto rodeado de matas espinosas y cardos, pasaron muy mala noche. Nosotros saboreamos una buena cazuela y nos acomodamos debajo del comedor, sin preocuparnos más del viejo don Silvenio.

Al rayar del alba, era el 27 de febrero, nos levantamos. Nuestros caballos estaban mal nutridos, pero como iba el camino por una estepa plana no había por qué preocuparse. Después de algunas horas atravesamos la aldea de Parral. Se encuentra en una estepa arenosa, no tiene más de un solo pozo y por lo demás no tiene nada de atrayente. Poco antes de llegar echamos de menos a mi sirviente Justo. Esperámosle. Por fin llegó a pié, diciendo: "Señor, se me ha cansado el caballo", lo que quería decir que ya no tenía remedio. Tuvimos que abandonarlo a su suerte. Justo, que traía su montura, que representaba un peso de unas 40 libras, tuvo que montar otro caballo, que por lo demás estaba lastimado. Un viento Sur bastante fuerte, el calor y la tierra eran, al atravesar esta grande y casi ininterrumpina llanura, harto molestos. Sin descansar un rato llegamos a las inmediaciones del río Perquilauquén después de una larga cabalgata. Había aquí algunas casas y ranchos. Nuestros deseos de encontrar aquí buen talaje para nuestros animales no se cumplieron. Por fin llegamos a una choza, cuyo poblador afirmaba tener paja y que posiblemente encontraría avena entre los vecinos. Nos detuvimos pues, y nos refrescamos, primeramente, comiendo melones. Pero son muy chicos aquí y su sabor no se puede comparar con los de Santiago y Rancagua.

Nuestro hospedero, Antonio Zarrate, un campesino rústico, hizo todo lo que pudo para contentarnos. La mujer, su madre y sus hijas prepararon la cazuela, y hasta había carne de cordero y pan, mientras que nuestros caballos recibieron su ración de pienso. El sol ya estaba por ponerse cuando estábamos en la comida. Una carreta de dos ruedas tirada por bueyes, estaba lista para llevar a la mujer de nuestro hospedero a un villorio vecino donde se iba a llevar a cabo una carrera. Desistieron de hacerlo, dejando este paseo para el día siguiente.

La noche era hermosísima. En medio de una vasta llanura se veía en lontananza la extendida cordillera.

Era noche de luna. Todo estaba en completo sosiego y tranquilo. Apenas se oía el ruido del cercano río. Largo tiempo me paseaba en esta soledad. Cansado volví a juntarme con mis compañeros. Mi escudero me había arreglado un lecho debajo del corredor con mi montura, pellón y mantas.

Febrero 28.

A la luz de la luna trajeron y ensillaron los caballos y antes de que saliera el sol abandonamos nuestro hogar. Ibamos con destino a Chillán. Pero como no lo conocíamos, llegamos a San Carlos, un pequeño pueblecito. Hubo necesidad de atravesar en seguido el río Ñuble, que no tenía profundidad. El camino es plano y pronto divisamos la ciudad de Chillán. Hay dos Chillanes: el nuevo y el viejo. Preferimos ir primeramente al llamado "pueblo nuevo", por presentarse mejor. Preguntamos en varias partes por pienso para nuestros caballos, pero todo fué en vano y creíamos que tendríamos mejor suerte en el pueblo viejo, que tenía varias huertas y viñas. Sin preguntar por nuestros recomendados que vivían todos en la ciudad nueva, fundada sólo después del gran terremoto del año 1835, nos dirigimos al pueblo de Chillán viejo, distante sólo un cuarto de hora. Preguntamos en vano por una posada. No existía ninguna y era una ciudad de 6.000 habitantes. La novedad del caso hizo que todas las mujeres se asomaran a las puertas y a las ventanas. Por fin nos mandaron donde un comerciante que seguramente nos podría dar alojamiento. Sintió mucho no poder acceder a nuestra demanda, porque estaba en vísperas de emprender un viaje. Estábamos hablando con él, cuando su vecina nos ofreció su casa. Aceptamos gustosos este ofrecimiento, teniendo en consideración, sobretodo, que había un gran patio para nuestros cuadrúpedos, que además, recibirían su buena ración de caña. La señora que nos ofreció su casa era una anciana de pelo canoso, muy entrada en años; se disculpó por no poder atendernos ella misma, puesto que tenía que ir a su hacienda. Nos dejaba en cambio su casa y su cocinera que nos atendería. Me tomé la libertad de averiguar cómo se llamaba la buena anciana. "Pastora Quejana, servidora de Ud.", fué su contestación. No tardó en llegar su carruaje. Era cosa de verlo. Un coche que apenas se levantaba dos pies sobre el suelo, hecho de palos con pequeñas ruedas de discos de madera. Jamás olvidaré este espectáculo. Para preservarse contra los rayos del sol, un penacho hacía las veces de techo. Dos bueyes tiraron el carruaje, y así la buena anciana traspasaba el portón de su casa. Llevaba dos niñas. Una hacía las veces de cochero, la otra era la sirvienta. La primera de ellas estaba armada de una estaca provista de punta de hierro para aguijonear los bueyes. ¿Cuándo llegaría la vieja a su hacienda? Ella decía que distaba tres leguas por pésimo camino. Nosotros nos felicitamos de tener a nuestra disposición una pieza amplia, bonita, y fresca, con sillas, mesas, etc. Y la habladora cocinera estaba a nuestra disposición.

Primero nos deleitamos con frutas, en seguida salí con la cocinera a la recoba. Estaba bien provista de carne, huevos, legumbre, etc. y se esmeraban en ofrecer sus productos. Había también frutas en abundancia; peras, duraznos, uvas, melones. Mi compra debía satisfacer el hambre de siete personas, y sin embargo, todo era baratísimo. En Santiago o en Valparaíso habría gastado una suma diez veces mayor o más aún. Creo que con 4 reales, o sea con medio peso, pagué todo lo comprado y aún sobró. Pan, si que no había. Tuve que comprar tortillas, es decir, pan cocido en la ceniza, hecho de harina tostada. Estando en la mesa, reunidos alegremente, nos mandó nuestro vecino dos botellas de vino del país, en abono a su falta de hospitalidad. Más tarde le hice una visita. Se llamaba don Miguel Vargas. Le compré también un caballo. Pero no salió a mi gusto. Los demás vecinos nos obsequiaron grandes bandejas con frutas, dando prueba con ello de su amabilidad. En la noche nos sentamos frente a la puerta de calle de nuestra casa. Era día de domingo. Era una noche linda, encantadora. Hacia el Norte se destacaba la cordillera con el volcán de Chillán. Antes del terremoto, este pueblo fué de importancia. Ahora la mayor parte de las calles estaban cubiertas de ruinas de las casas hundidas y muchos sitios estaban baldíos. Sólo de vez en cuando se ve alguna casa nueva, como la de nuestra anciana y la del vecino que nos había obsequiado el vino.

Los hermosos huertos con duraznos, manzanos, higueras, uvas — hasta un olivo vimos — se encuentran todavía como antes y dan a conocer que en sus inmediaciones había habido habitaciones humanas. En Chillán hay un monasterio donde estudian los misioneros destinados a trabajar en tierra de indios. Aprenden aquí el idioma araucano, para lo cual tienen gramáticas y vocabularios. La mayor parte de los hermanos son Franciscanos de la Recoleta, principalmente italianos.

El general Santa Cruz, que en tiempos pasados había sido amo del Perú y de Bolivia, y a quien conocí en todo su esplendor en Lima, vivió en este triste pueblo dos años en calidad de desterrado o de prisionero. Sólo desde hace poco tiempo pudo cambiar su residencia trasladándose a Europa.

Mi caballo, el mulato, fué el huésped más dispendioso. Una fuente de loza inglesa blanca con lechugas estaba sobre un escaño. Mi caballo principió a comer las lechugas y arrojó al suelo la fuente, que se hizo mil pedazos. Había sido prestada por un vecino y hubo, naturalmente, necesidad de restituirla. Costó peso y medio. Claro, productos importados de Europa, son un gran lujo en regiones tan apartadas y cuestan mucha plata.

Acordamos con nuestro vecino don Miguel, que también iba a Concepción, que a las tres de la madrugada sería la partida, y a la hora fijada estábamos montados y nos pusimos en marcha con él, su hermana, su hija y la servidumbre. Era el primero de marzo. Era obscuro todavía. Con tenue luz alumbraba la luna. Muy pronto tuvimos el sorprendente espectáculo de Febo anunciando su llegada en el Este. En tanto que la luna teñida de rojo se ponía en el Oeste. Habiendo atravesado el río y llegando a la llanura se desbandaron nuestros animales y perdimos, buscándolos, de vista a nuestras agradables compañeras de viaje, sin volverlas a encon-

trar. Más allá la llanura queda interrumpida por pequeños cordones de colinas y con frecuencia se ven manadas de ovejas. Es considerable la exportación de lana de Chillán. A medida que avanzaba el día se hacía más y más interesante el camino. Por todas partes nos rodeaban colinas cubiertas la mayor parte de ellas de viñas. También se diseñaban extensos campos de cereales, que ya habían sido despojados de sus espigas doradas. Los caminos quebrados y tortuosos, se hacían pesados para los jinetes como también para las cabalgaduras. En cambio compensaban por sus hermosos panoramas que ofrecían sobre cerros más elevados o sobre valles recorridos por pequeños esteros. Y por los caminos ostentaban sus galas la mirtáceas en flor. ¡Cuántos ramitos de novia se podían haber obtenido aquí! Como aquí, con frecuencia se bifurcaban los caminos, nos apartamos del camino principal, pero fuimos recompensados por la vuelta que dimos, con uno de los panoramas más encantadores. El río Itata serpentea en medio de verdes praderas y de elevados cerros cubiertos de vegetación por un ancho valle, un valle famoso por su hermosura, el Valle de Itata, en el cual tiene su mayor número de viñas la provincia de Concepción. Pasamos por varias de esas viñas fantásticas y atravesamos en seguida el río con sus aguas puras, cristalinas y muy bajas donde estaban ocupados algunos pescadores construyendo un dique de ramas de sauces para pescar pejerreyes. El agua azulada del río me sirvió para refrescarme y también para preparar harina tostada: escalamos la ribera opuesta, que era algo escarpada y continuamos nuestro camino por espacio de algunas horas, hasta que el sol de medio día nos recordó que era tiempo de seguir el camino a Concepción.

Habíamos estado a caballo desde las 4 de la mañana! — en busca de un refugio. Pero no había aldeas en las inmediaciones. Por fin descubrimos una viña que por su bella apariencia parecía invitar a permanecer. La casa de habitación se presentaba como la de una hacienda. Estábamos en el valle de Coyunco, en la hacienda de Santa Ana. Nuestra pregunta fué contestada con que todo lo que había estaba a nuestra disposición, advirtiendo sí, que no era mucho. Encontramos techo y abrigo siquiera, y posibilidad de hacer una siesta en el fresco corredor de la casa. Al rato apareción el hijo de la dueña de la hacienda. Parecía paralítico y sus facultades mentales estaban, al parecer por lo menos, perturbadas. Nuestro amigo médico, el Dr. Ried, muy luego se dió a conocer como tal. Apenas pasó esta noticia a los departamentos interiores, se presentaron tres hermanas ancianas y nos ofrecieron chocolate, té, etc. Eramos los regalones ahora. Todas tenían algún quebranto. Por último háblaron de una hermana completamente enclenque que desde siete años guardaba cama. Querían que la curara el Dr. Ried. El no quiso verla, pero como se oían sus gritos clamando por el médico, para calmarla también, escribió una receta para ella. Esta viña era muy pintoresca, estaba situada en un vallecito rodeado de cerros, con una pequeña lagunita en el centro, atravesada por un arroyo. La casa estaba en estado ruinoso, porque en el transcurso de diez años no se había invertido ni un sólo centavo en reparaciones. Tenía la hacienda 90 cuadras de extensión, con 5000 parras, y parecía que las ancianas, poseyendo en común el predio, tenían deseos de venderlo. A la noche vino un joven de Concepción, que anteriormente ya había estado negociando con ellas, y les arrendó todo por el baratísimo precio de $ 550.— por tres años. En vino sólo producía(2.000 (.....)

La situación tan amena de esta pequeña viña me agradó tanto, que si no hubiera tenido la intención de realizar un viaje más largo aún, me habría decidido a adquirir esta propiedad.

MARZO 2

Habiéndose enfermado el Dr. Ried, tuvimos que quedarnos por hoy en este agradable lugar. En un paseo que emprendí a las alturas que nos rodeaban, encontré un panorama lindísimo; valles, ríos y cerros cubiertos de viñas y de cereales. Gracias a nuestro amigo, el médico, todo iba muy bien y aún las cabalgaduras recibieron su buen pienso. Hicimos una buena siesta y acordamos continuar nuestro viaje en cuanto saliera la luna, así como a las 10 de la noche, para aprovechar el fresco. Mandaron por un vaqueano. Este se presentó temprano, pero cuando estábamos despidiéndonos de las señoras y preguntando por el vaqueano, no fué posible encontrarlo en ninguna parte. Desesperanzados casi de dar con él, mi Justo lo encontró debajo del corredor, en las cercanías de la instalación para fabricar alcohol. Y éste había penetrado de tal manera en su meollo, que ni los gritos ni los golpes lo despertaron. "Está curado", decía nuestro criado. Todo fué en vano, ni los retos, ni el agua que se le echó, consiguieron que despertara de su mona. Tuvimos que abandonarlo a su suerte y resolvernos a esperar que despertara o mandar por otro vaqueano. Optamos por lo último. Debido a este atraso sólo a la una de la madrugada del día 3 de marzo pudimos abandonar nuestro agradable establecimiento de las Mercedes. Nuestros caballos nos dieron bastante que hacer. A menudo se escondían en los matorrales para pastar y a veces tuvimos que esperar largo rato hasta juntarlos. Eran como 16 entre caballos y mulas. Los tordillos, por su color claro, eran los primeros en ser encontrados. La luna estaba generalmente nublada, de manera que muchos bonitos panoramas se nos escaparon. Muy pronto el camino se hizo más y más pesado. Pasaba por colinas de arena bastante escarpadas, gastadas por las lluvias en tal forma que apenas había espacio para que pasar un carruaje. Y a ambos lados profundos abismos. Hasta el amanecer no sentimos nada de cansancio, pero poco antes de la salida del sol, justamente al escalar un alto cerro, a todos nosotros nos dió tal deseo de dormir que varias veces me sorprendí, despertando, tendido sobre el pescuezo del caballo. Tal vez el aire de la mañana y la altura en que nos encontrábamos, produjo tal efecto. Apenas el sol enviaba

sus primeros rayos, desapareció la modorra y pronto arribamos a La Florida, una pequeña aldea en un cordón de cerros. Sus pobladores se dedicaban principalmente a la crianza de ovejas. Todo el mundo dormía todavía, motivo por el cual continuamos nuestra marcha, renunciando al acostumbrado mate. Había aquí lindas haciendas pertenecientes al general Cruz. Nuestro vaqueano nos mostró una pequeña laguna que, según decía, no tenía fondo. Nosotros, naturalmente, no hicimos la prueba de comprobar esta aseveración. Las colinas se encontraban ahora, generalmente cubiertas de árboles, tales como luma, laurel y canelo. Pero muchas veces los caminos eran tan parados y tan estrechos que no me explicaba cómo podían transitar por ellos carretas cargadas de trigo y vino. Encontramos varias caravanas de 20 a 30 carretas que llevaban a Talcahuano trigo en sacos de cuero. Era frecuente ver por los barrancos esqueletos de animales y fragmentos de carretas que se habían desbarrancado. Con júbilo saludamos una pequeña carreta que llevaba uvas en chionas (canastros). Debajo de un árbol a orillas del poco caudaloso río Palomenal tomamos nuestro desayuno consistente en uvas. Hubo necesidad de atravesar este río, siguiendo por su valle, unas diez veces, hasta que alcanzamos el camino principal que conduce a Concepción. Estaba encerrado por ambos lados y había mucha tierra. Los alrededores eran menos atraventes. A las 12 pasamos por Puchacay donde había un bonito molino de agua, instalado a la americana y perteneciente a Mr. Burden. Después de saludarlo continuamos nuestro camino a la ciudad de Concepción que dista media hora de aquí. A medio camino nos juntamos con nuestro paisano J. A. Watty, empleado en el negocio de F. Burdens. Por indicación de él quedamos en el Hotel de Comercio, de Bustos. Tenía éste muchos alojados y Mr. Dartnell, un irlandés, que era dueño de una crianza de ovejas en Santa Florida, tuvo que cedernos su pieza que tenía hasta cuatro camas. El almuerzo estuvo bueno. Pronto se juntó con nosotros H. W., con el cual pasamos la noche conversando.

MARZO 4

Concepción es la capital de la provincia del mismo nombre. La ciudad, rodeada de cerros, se encuentra en medio de una llanura arenosa. Todavía presenta un aspecto triste. Aquí se inició la declaración de la independencia del yugo español. Aquí residieron el general O'Higgins, Carrera, Freire y otros. Allá entre los años de 1813 a 1817 la cuidad estaba en su apogeo. Por sus grandes iglesias, monasterios y edificios casi podía ser igualada a la capital Santiago. El gran terremoto del año 1835 dejó en runias casi toda la cuidad. En parte todavía se encuentran vestigios de él. En las calles principales hay casas buenas, sólidas, pero bajas. Las demás calles, aunque regulares y anchas, sólo han sido reconstruídas en una tercera parte. Lo demás o son sitios baldíos, donde antes había habido viviendas u ostentan todavía montones de escombros como testimoinio de aquel cataclismo. Las murallas de la Catedral y del Palacio Obispal, tendrán unos cuatro pies de espesor, dan una idea de la fuerza con que ha actuado el elemento subterráneo para poder derribar tales edificios. Por donde uno mira hay ruinas. La mitad de un monasterio de monjas de Santa Clara ha quedado en pié y entre las ruinas de las murallas se ven hermosos naranjos y cipreses con su oscuro follaje en el antiguo patio. La ciudad tendrá ahora nada más que unos doce mil habitantes, pero tendría cabida para 50.000 si se reconstruyera todo. Desde los últimos años se progresa mucho en este sentido. La casa consistorial ha sido construída de estilo más moderno, con portales, etc. Y ahora se principia con la construcción de la Catedral. No se hizo antes, porque faltaban los fondos necesarios. La construcción de la destruída ciudad había costado más de medio millón de pesos. Ahora no podrán invertir tanta plata. Nuestro hospedero nos cedió su "carretilla", un coche con dos asientos para ocho personas y resolvimos visitar el puerto de Talcahuano. Dista más o menos hora y media de Concepción. El camino es plano. A la vista de la hermosa bahía de Talcahuano ya se siente el fresco aire de mar. La vista del océano era para mí algo muy agradable y que desde muchas semanas había echado de menos. La bahía de Talcahuano es muy grande, tendrá ocho leguas de circunferencia. Frente a ella está la isla de Quiriquina que determina dos estrechos de acceso, uno septentrional, otro meridional.

Talcahuano, en la parte meridional de la bahía, es el puerto más importante de Chile después de Valparaíso, visitado principalmente por balleneros americanos, ingleses y franceses que se proveen aquí de vituallas, porque las consiguen aquí más baratas que en otros puntos de la costa. Además, no pagan aquí ningún derecho de puerto. Había como 20 balleneros aquí. Entre ellos se encontraba el buque hamburgués "Hansed", capitán Strand, quien nos invitó a ir a ver su buque. Accedimos a su deseo. Había estado fuera de su patria cerca de tres años y tenía a bordo como 2.500 tinas de aceite. Sus bizcochos hamburgueses eran buenos y estaban todavía bastante frescos. La pesca en las aguas del océano meridional, sólo desde poco tiempo, era ejercida desde puertos alemanes. Así, pues, tuvieron que aprender de los americanos. Parte de la tripulación era formada por ellos, lo mismo los pilotos. La voz de mando era en inglés también. La tripulación tenía deseos de volver a sus hogares. Traían armas, conchas marinas y otros objetos de las islas. Les compramos algunos recuerdos. En Talcahuano fuimos a ver a un estrasburguense, J. Adler, que tenía un negocio de provisiones para marinos. Nos llevó a casa del señor Gobernador Rondizoni un amigo de nuestro viejo veterano de Talca y su compañero de armas en la guerra de independencia de Chile. Era milanés. Había luchado a las órdenes de Napoleón, pasó después a los Estados Unidos y por último participó en la lucha de independencia de los países sudamercianos.

Visitamos también a don Manuel Serrano, un

hombre muy atento y que nos sirvió mucho. El puerto de Talcahuano fué destruído completamente en 1835. Primero por el terremoto, después por el mar. Mientras temblaba, se había retirado completamente el mar de la bahía, de suerte que los buques que estaban en la bahía quedaron en seco. Transcurrido algún tiempo, volvió el mar con gran furia, inundó todo y arrastró los escombros de las casas. Los habitantes ya antes se habían refugiado en las colinas cercanas. Así se explica que lás pérdidas de vidas hayan sido escasas en cambio perdieron todos su bienes. Testigos oculares nos contaron que los peces (muertos) se vararon en enormes cantidades en la playa. Casi todo el día siguió temblando la tierra y a veces con tanta intensidad que no era posible mantenerse en pie. Había que sujetarse con las manos en el suelo que temblaba. ¡Debe haber sido una época terrible!

Tarde, y de noche, volvimos a Concepción. Nuestro amigo médico se ganó un nuevo galardón, medicinando a una hermana de don Manuel Zerrano, que había sido desahuciada ya por cinco médicos, entre ellos un paisano, Goldbeck, que era aquí médico de guarnición.

MARZO 5

Don Manuel, que es dueño de un negocio de importancia, vino a vernos muy de madrugada y fuimos a hacer compras de cosas que forzosamente se necesitan para hacer un viaje a través de la Araucanía, donde no circula dinero, ya sea para trueque o canje, ya sea para hacer obsequios a los caciques, tales como retazos de género azul y rojo de 2 varas, chaquiras, cuchillos, añil, espejitos, acordeones, pañuelos rojos de algodón, estribos, etc. y gorras con galones dorados para caciques. Como él había tenido trato freceuente con los indígenas, le dejamos amplia libertad de comprar lo que mejor le pareciera. En seguida fuimos a saludar al Intendente General, don Manuel de la Cruz, nos recibió con mucha cortesía y quien ya había recibido instrucciones del Ministerio para proveernos de los pasaportes que necesitábamos para recorrer la Araucanía y de recomendaciones a todos los comandantes de armas de la Frontera. Largo tiempo conversamos con él. Nos mostró una carta de su padre que, siendo general del gobierno español había hecho una carta entre Antuco y Buenos Aires, estableciendo que era de 192 leguas, y con eso nos despedimos de su Señoría. En seguida el Dr. Ried fué a hacer una visita al viejo obispo, tío de nuestro hospitalario don Francisco Arriagada. Quiso el prelado a toda costa que nos alojáramos en su quinta, pero no se pudo. En la tarde llegó el obispo a nuestro alojamiento en su carroza tirada por dos mulas a hacernos una visita. Recién habíamos salido. Nuestros sirvientes nos contaron, con gran satisfacción, que había estado el señor obispo y que les había dado la bendición, encargándoles que había venido para hacerle una visita a sus patrones. Mucho honor para nosotros. El alemán que venía con el señor Kindermann, y a su servicio, contó que había estado un prelado viejo vestido de traje color de púrpura, con un gran galón en el pecho y llevando en el dedo un gran anillo con brillantes y no atinó lo que era, porque sólo habla poco castellano.

MARZO 6

Hoy hicimos las últimas compras y, aprovechando algunas horas de tiempo de lluvia, nos ocupamos en desmenuzar las grandes cantidades de chaquiras, porque al indio no hay que mostrarle muchas, si no pide todo lo que ve. Generalmente se le da una tira primero y después se le agrega otra más. Había que cortar los pañuelos y echar el añil en pequeñas bolsitas. Todos estábamos ocupados. También recibimos visitas. Entre otros, vino don José Antonio Alamos. Antes había vivido en San Antonio, ahora era hacendado en Chillán. A las 4 vino a buscarnos el joven Mr. Biggs para que fuéramos a saludar a sus padres. Esta familia que conocí muy bien, y visité con frecuencia hace años en Lima, debido a circunstancias desgraciadas había perdido sus bienes de fortuna. Como director de la compañía minera de Pasco, había llegado Mr. Biggs al Perú, trabajando varios años como minero en el interior. Habiéndose mejorado su situación económica llegó a ser socio de una gran casa comercial. Intrigas lo obligaron a abandonarla y ahora es inspector de un molino cerca de Tomé. Los hijos que en aquel entonces eran muchachos todavía, eran ahora jóvenes esbeltos y adultos, y el mayor ya era primer inspector del molino de Penco, al cual nos dirigimos primero. Penco fué en tiempos pasados la capital de la provincia. Convertido en escombros por un terremoto, ahora no es nada más que una aldea a orillas del Bazo, a dos horas de Talcahuano. El escudo de Castilla, cincelado en la piedra, se encuentra todavía en las ruinas del fuerte de la antigua ciudad de Penco. En las ruinas de la antigua muralla que encerraba la ciudad se leía aún la fecha de 1653. En la actualidad sirven de establos. El molino de Penco se encuentra, subiendo por el valle, en situación muy romántica. La casa de habitación situada en la falda de un cerro, ofrece una bonita vista y está bien instalada. Mr. Délano, un americano, es el dueño y mi joven amigo M. Biggs es el que manda en el molino y en las bodegas. Es un joven muy apreciado, de buenos principios y educado. Había recibido instrucción nada más que por sus padres y así muy temprano adquirió independencia. Recorrí la instalación del molino y en amena conversación pasamos a la mesa y tomamos té después de la comida, recordando nuestros frecuentes paseos en Lima y muchos episodios de la revolución, etc. Eran ya más de las 9 de la noche cuando nos retiramos de Penco. El camino al cerro Caracol no era bueno. Había que escalar varios cerros elevados había que atravesar bosques también. Eran casi las doce cuando vimos del valle. El camino de bajada merece bien su nombre de Caracol, porque va serpenteando por las faldas del cerro. Despacio, para no despertar a los que dormían, entramos a la casa por la puerta trasera, donde despertó a su hermana

Mr. M. Vino Miss Polly, una dama joven y alta que creía conocerme todavía. Trajeron pan y queso, y con un buen apretón de mano me recibió Mr. M., el padre de esta numerosa y feliz familia. Muy tarde nos acostamos. Desde que partí de Valparaíso fué esta la primera vez que me tocó un dormitorio arreglado con confort. Todo limpio y ordenado. Sábanas blancas. En resumidas cuentas, se veía inmediatamente que una dueña de casa inglesa, con unos 20 años de residencia en el país, cuidaba de este hogar. Dormí hasta la mañana. El ruido del molino y alegres niños me despertaron.

MARZO 7

La familia había crecido. Aumentó con tres vástagos de poca edad. La señora de Biggs era la misma dueña de casa y madre hacendosa y cuidadosa, de antes. Conversamos mucho, y detenido, de todo. Visité también el nuevo y moderno molino y las amplias bodegas que podían contener unas 30.000 fanegas. Tomé, Caracol, Penco y Puchacay, son los principales molinos de Chile y proveen de harina a Valparaíso, la costa meridional del Perú y hasta va este producto a Buenos Aires, a Río de Janeiro y a las islas de Sandwich. Todos los granos son entregados a los dueños de molinos en las bodegas. Ahí los guardan, pagándolos al precio que tuvieren o en harina. Especulando estos dueños de molinos suelen perder mucha plata. O. Liljersloh, un sueco, poseedor del molino de Tómé, perdió en un año más de $ 60.000.—. Organizaron en seguida juegos gimnásticos en los cuales demostraron los jóvenes su habilidad y fuerza. Trajeron caballos también. Por fin, a medio día, nos reunimos todos alrededor de la mesa para almorzar. Fuera de los miembros de la familia estuvo presente también el Dr. (————). Un buen pedazo de carne y un budín era el almuerzo, bueno pero frugal, sazonado con agradable conversación. Muy a mi pesar tuve que abandonar pronto, demasiado pronto, este querido hogar, porque hay siete leguas a Concepción. Después de una despedida cariñosa, los dos jóvenes Biggs, un amigo de ellos y yo, nos retiramos, admirando nuevamente la casa y los edificios del molino desde la altura. La vista, desde arriba, sobre la bahía de Talcahuano y la isla de Quiriquina, sobre los puertos de Tomé, Penco, etc. es maravillosa, grandiosa. El mar estaba en completa calma y el sol poniente se reflejaba majestuosamente en las aguas del Océano Pacífico. Allá había buques anclados, que todo estaba en calma. Era una tarde, era una noche deliciosa. Al pie de la primera hilera de cerros se encontraba Lirquen, una aldea, que también tenía un molino, pero no era tan importante como los anteriormente nombrados. Entre Lirquen y Penco estaba la barca "Esperanza" que conocía muy bien y que había traído minerales de cobre de Huasco. Hicimos una visita al nuevo establecimiento de fundición de Edwards. Dos hornos estaban funcionando. A pesar de haber leña en los alrededores y carbón cerca de Talcahuano, es demasiado subido el flete de los minerales para que pueda dejar utilidad a la empresa. Y parece que el propietario tiene el propósito de venderla. El cobre era muy limpio y se presentaba en bonitas barras. Al oscurecerse nos acercamos a la ciudad. Vimos El Rosal, un predio perteneciente al joven Biggs, y muy tarde llegamos al Hotel de Comercio, donde conversamos todavía un rato y en seguida me despedí de estos amables jóvenes. Eran casi las diez de la noche y Mr. Biggs quería seguir todavía hasta Penco.

MARZO 8

El día de hoy fué el último día destinado a los preparativos de nuestro penoso y largo viaje. Fuimos a ver al Intendente, quien nos dió pasaportes y recomendaciones para los Gobernadores de los Angeles y de Nacimiento. El señor Obispo expidió una verdadera orden a todas las Casas, Misioneros, etc., para que nos prestaran todo el apoyo que pudieran. Estaba firmado: Don Diego Antonio, Obispo de Concepción y llevaba también la firma de su secretario, un canónigo. Según parecía el prelado no mantiene buenas relaciones con la autoridad terrenal, el Gobierno. Nosotros no tuvimos motivos de quejarnos de él. Tiene fama en todo el país de ser un excelente jurista. Es un amigo del actual Papa Pío IX, que antes había sido secretario del Nuncio en Chile. El viejo obispo solía mostrar una carta del Papa, escrita en latín, en la cual le anunciaba su nombramiento. Nuestro amigo Zerrano nos mandó bizcochos, de los que se comen a bordo, compramos todavía charqui, azúcar, mate y todo quedó listo de modo que el 9 de marzo, a las seis de la mañana apareció don Manuel Zerrano, para acompañarnos un trecho. Llevábamos nada más que dos mulas que conducían la carga, consistente en mercaderías y en comestibles. Don Manuel se preocupó de todo. Partimos por último a las 9. ¡Adios Concepción! — Hasta las afueras de Concepción, hasta los bordes mismos del Bío-Bío, nos acompañó don Manuel, dándonos además, muchas cartas de recomendación y muchos consejos.

El camino continuaba a la orilla del ancho Bío-Bío. Ambas riberas, encerradas por cerros y cubiertas de bosques, presentaban un aspecto muy ameno. Serpenteaba el camino ora por el borde escarpado del río, ora por los faldeos de cerros cubiertos de bosques. El río mismo no tenía profundidad. Los buques que veíamos en él eran de construcción sencillísima, hechos de palos delgados y de paja, parecían balsas y bajaban lentamente el río, que lleva sus aguas al mar al Sur de Talcahuano. En invierno y en la época de las lluvias es navegable para embarcaciones más grandes. Sin detenernos atravesamos el pueblo de Hualqui, por donde pasa el camino a Santa Juana y Nacimiento. Pero como teníamos el propósito de llegar a La Laja, tomamos el camino de la izquierda y llegamos muy luego a un pequeño valle verde con muchos perales. Aquí nos detuvimos y comimos algunas peras que desgraciadamente eran duras. Todo el valle tenía olor a menta que estaba en flor y participaba un aroma agradable a todos los alrededores. Tuvimos que abandonar el valle, por-

que era necesario llegar a Rere todavía. El camino era escarpado y tortuoso. Faltaría poco para que se pusiera el sol. De repente se oyó el tañido de una campana. Parecía que venía de muy cerca. Y sin embargo no se veía ni una casa, ni una población. Era la famosa campana de Rere que, según dicen, contiene mucha plata y oro. Demoramos una hora, atravesando valles y campos, hasta llegar a Rere, una gran aldea situada entre dos hileras de cerros.

Nuestro amigo, don Narciso Larenas vivía casi al término del pueblo. Así como a las ocho llegamos a la casa de él. El anciano y bien alimentado caballero era un pariente de don Manuel. Nos recibió con su boina puesta, haciéndonos pasar a la gran sala en que había un gran reloj de pared, grandes espejos y otros muebles. No se esperaba que hubiese tal cosa aquí. Era un hacendado y poseía muchas viñas. Después de un rato apareció su hija, doña Rosario, que se había acicalado para recibir a las visitas. Hizo todo lo que pudo para entretenernos, hasta tocó y cantó. Más nos habría interesado que nos hubiesen servido algo de comer. Desgraciadamente tardaron mucho en llamar a comer. Eran ya las diez. Nos sirvieron tanto, que uno no atinaba como esquivar platos, pues los guisos venían muy seguidos, todo preparado a la usanza del país, es decir, con mucho ají, lo que poco me agradó. Había también duraznos y uvas, y por fin sirvieron té. Y con todo eso se disculparon que por falta de tiempo no habían podido ofrecer una comida mejor. Nos habían atendido con mucha amabilidad y nos retiramos a nuestros aposentos.

MARZO 10

Un hecho casual que todavía me produce hilaridad, nos despertó a todos mucho antes de lo que queríamos. Mi catre se hundió conmigo y quedé completamente enterrado por los cojines, colchones, etc. Ni una sola pieza del catre quedó en su lugar. Esta hazaña fué saludada con una explosión de risas, y el anciano don Narciso averiguó al poco rato, si habíamos dormido bien y si queríamos tomar té, café o chocolate. Nos decidimos por lo último. Era rico. Nuestro compañero médico encontró oportunidad de ejercer su profesión, porque apenas se supo que era médico de profesión, todos alegaban estar enfermos: el padre, la hija, el hijo, el primo, etc. Uno de los enfermos estaba sordo desde varios años. A todos les dió buenos consejos y a las 9 de la mañana del 11 de Marzo abandonamos el pueblo de Rere.

Saliendo del valle nos sorprendió un grandioso panorama: en el fondo la cordillera de los Andes con el volcán de Antuco, desde cuya base se desprende el río Laja corriendo sobre negras masas de lava y recorriendo el gran valle que teníamos a la vista. En lontananza se divisaba también el río Bío-Bío, que nace más al Sur. Un buen rato disfrutamos de este espléndido espectáculo. Una muchacha del campo venía subiendo el cerro con un vehículo lleno de uvas. Con un poco de plata obtuvimos tantas que todos, hasta la servidumbre, tuvieron suficiente trabajo para comerlas y los caballos aprovecharon este descanso deleitándose en las sabrosas praderas. A todo había llamado la atención el albo color de la cara de la niña. Si hubiera vestido un traje mejor, habría pasado en el Norte por una señora de calidad. Como que parece que en el Sur se hubiera conservado completamente puro el tipo netamente español-europeo. Allá sólo se conocen blancos o indios. Esta parecía ser la última y en verdad entramos pronto en una gran llanura que es la prolongación de la llanura de Chillán. La tierra es arenosa y al parecer no es productiva. Vimos un gran valle de río desecado que en tiempos pasados debe haber estado recorrido por un río no insignificante. Ahora era nada más que una masa de piedras. Parecía que nuestro vaqueano no conocía el camino al puente del Laja y horas enteras anduvimos vagando por esta etapa arenosa. Con frecuencia se encontraron grandes montones de piedra que por su poco peso y por su aspecto poroso atestiguaban su origen volcánico. Hasta pedazos de lava encontramos en este valle seco, provenientes probablemente, del volcán Antuco. Por fin, al caer la tarde, llegamos al tan ansiado puente que había sido construído por nuestro anfitrión de Rere, don Narciso, y que une entre sí las altas y roqueñas orillas del río. No era un puente colgante, sino uno hecho de madera y de sólida construcción. Entre masas negras de rocas que estrechan aquí el río, se desliza éste lentamente con sus aguas de color verde claro Inmediatamente al otro lado del río encontramos un sitio muy apacible con árboles y con pasto para nuestros cuadrúpedos. Aquí pudimos gozar del magnífico panorama que se nos presentaba. En una parte la orilla roqueña estaba interrumpida por una grieta y así nos fué posible, avanzando por ella, acercarnos al agua y cogerla y así nos fué posible, avanzando por ella, acercarnos al agua y cogerla con nuestros cuernos. El río parecía tener mucha profundidad. Del cuidador del puente obtuvimos un poco de carne y papas, pudiendo de esta manera preparar una modesta comida cobijados por los laureles y las mirtáceas. Mis compañeros a todo trance quicieron ir a ver el salto del Laja que distaba una hora de aquí, y que sólo se podía alcanzar de a pie, pasando por un terreno roqueño. Me encontraba tan muellemente tendido sobre mi montura y mis mantas, y había sufrido demasiado con los calores del sol, sin poder mitigar mi sed, que renuncié a ver el salto, lo que más tarde me produjo mucho descontento, cuando, después de algunas horas, de noche ya, regresaron mis compañeros y describieron el grandioso espectáculo de las enormes masas de agua, precipitándose por encima de las rocas. La cercanía del río originó una neblina bastante húmeda. Mi escudero encontró solución a este problema, haciendo un techo con ramas de sauce y cubriéndolo con ponchos. Así mi cabeza y mi cara quedaban protegidas del rocío, suave y abrigadamente dormí bajo este toldo improvisado.

MARZO 12

Antes de la salida del sol, nuestro amigo Ried,

había dado la voz de partida. Siendo, como de costumbre, el primero en levantarse, inmediatamente se había dado cuenta de que faltaban algunos de nuestros caballos. Hubo ahora una busca general, hasta que, después de mucho trabajo y después de tres horas de demora, se encontraron todos y pudimos, por lo tanto, prepararnos para continuar nuestro viaje a Los Angeles. Parecía que la vegetación era más abundante y vimos praderas y cigüeñas, las primeras que había visto en Chile. Veíanse también campos de cereales. Nuestro vaqueano Burgos nos mostró un cerro arenoso, diciendo que detrás de él se encontraba Los Angeles. "Aquí fué", nos explicó, donde aparecieron en tiempo de la guerra de independencia, miles de indios y en el transcurso de varias horas saquearon y quemaron toda la ciudad, en seguida se dirigieron a Yumbel. Con el vino que allá encontraron se embriagaron de tal manera, que los patriotas pudieron expulsarlos. Más tarde destruyeron la cuidad, lo mismo Nacimiento. En su avance al Norte llegaron hasta Chillán. Guiados por un oficial español, Pincheira, incitando a estas hordas salvajes al saqueo, al robo y al asesinato, esparcieron el terror y el espanto entre los pobladores de estas provincias. Y todavía son temidos los indios. Pincheira más tarde fué tomado prisionero y su cuerpo, clavado en un poste, largo tiempo estuvo expuesto en los muros del fortín de Arauco. Después de largos años de lucha, el presidente actual, el general Bulnes selló la paz con los indios en 1834 y ahora los indios viven tranquilos y sosegadamente como resaltará del relato de esta expedición.

Los Angeles, la llaman la ciudad aquí, con alrededor de 6.000 habitantes, es poco imponente. Las casas son malas, construídas de adobes, las calles no están pavimentadas; en resumidas cuentas cualquier aldea del Norte de Chile es más pintoresca. Pronto llegamos a la calle principal, que tiene casas algo mejores y más grandes. Casi frente a todas las casas flameaba una bandera chilena, en señal de que allí había tienda. Muchas veces la existencia en mercaderías era muy escasa, consistente sólo en algunas docenas de pañuelos, en telas, cuchillos, etc. No tardamos en descubrir el tricolor francés, suponiendo que aquí debía vivir Mr. Ant. Descat, para el cual teníamos recomendaciones. Nuestro huésped francés era un hombre bastante tranquilo que sólo se preocupaba de su negocio, combinándolo con una curtiduría y con un establecimiento agrícola. Y parecía que le iba bien en este apartado rincón. Habríamos preferido ir a la casa del gobernador Riquelme, tío de doña Carmen A. de Sutike, para el cual ella nos había dado una recomendación. Desgraciadamente estaba en su fundo, de suerte que nos arreglamos lo mejor que pudimos en la casa del francés, que, no teniendo dueña de casa, no parecía ser muy ordenado. El dormía en medio de sus cajones y bultos con arroz, azúcar y de lo que, fuera de eso, pertenece a una tienda. Sirvieron la comida y tuvimos que empeñarnos en renovar nuestros conocimientos de francés. El suponía, que, como alemanes, dominábamos su idioma. Nos acompañó también un médico de la misma nacionalidad, que probablemente habría llegado en un ballenero francés y que hacía aquí las veces de médico de hospital. También tenía una botica, la única que había en la ciudad. Consistiría en algunas docenas de botellas y de cajitas. Hubiera deseado que un boticario alemán viera este establecimiento que al mismo tiempo era salón y dormitorio. A pesar de todo había ahorrado algunos miles de pesos y tenía el propósito de construir un molino. Allí fuimos después de almuerzo.

Al final de la calle principal, que es la calle del Comercio, está la Plaza con la casa del Gobernador y la iglesia que no es sino un gran galpón con techo de totora. Desde la última destrucción de la ciudad no se ha podido juntar todavía el dinero suficiente para edificar un buen templo.

El pequeño fortín no tiene sino cuatro cañones y sólo unos pocos soldados de caballería están de guarnición aquí. Era día de música y frente al cuartel se juntó una parte de las damas de los Angeles. — A pesar de haberse radicado aquí sólo unas pocas familias acomodadas, había tres o cuatro pianos en el pueblo. No escaseaban tampoco las reuniones sociales, hasta este rincón situado en los límites de la tierra de los indios, había, pues, avanzado la civilización y lo que más me llamó la atención fué oir el último vals de Weber, muy estropeado si, por los cornetas. Pero era el vals, aunque tocado con compás demasiado rápido. Nos reimos de oirlo aquí y tocado en esta forma.

Como las angelinas habían visto que don Antonio tenía visita de forasteros, muchas señoras, por curiosidad, fueron donde don Antonio para ver a los extranjeros, comprando lana, seda u otras quincallas. También algunos oficiales se juntaron con nosotros. — Aquí vimos los primeros indios con sus largas y negras cabelleras, sin sombrero, vestidos de chamal y de poncho. Vienen a este pueblo a canjear cuchillos, paños, añil, estribos, etc., por caballos, animales, ponchos y sal. Ví esta última donde Mr. Descat. Era blanca como la nieve, muy fina y la traen del otro lado de la cordillera donde se encuentran grandes depósitos de ella. La traen los Pehuenches. Vimos también algunos indios de esta rama indígena. Visten de una manera algo diferente de los demás indígenas. En lugar del chamal usan la chiripa argentina. Por lo demás son de la misma familia que los araucanos. Un viejo cacique, llevando una espada ceñida a su cintura, en señal de su autoridad, dormía la mona en la esquina de una callejuela. Son muy aficionados al aguardiente. Sus mocetones lo rodeaban tranquilamente ,esperando que despertara. Al lado tenían sus caballos. Tiene Los Angeles un carácter muy raro. Bien se ve que uno ha llegado al término de la civilización en Chile. — Debo de advertir todavía que me produjo una sensación rara, el hecho de encontrar en la mesa de nuestro hospedero un pan largo de la misma clase que en mis mocedades solía comer en casa, en el balneario de Oldach. Me dijo que

lo había hecho la mujer de un francés encargado de construir el molino.

Compramos todavía dos mulas y como mi gran cuyano que había comprado en Santiago, ya no podía moverse casi, compré en dos pesos un caballo chico indígena. Fué este el único caballo mío que llegó a Bellavista.

MARZO 12

A las cinco de la madrugada abandonamos el pueblo de Los Angeles. Mr. Descat nos acompañó un trecho. El camino era plano. — Soplaba un viento fresco que atravesaba la llanura viniendo desde el Sur. Aquí tuvimos una linda vista sobre el volcán Antuco que se presentaba despejado y límpido. La cima estaba cubierta de nieve. El cono del volcán no tiene mucha altura y por el color parece que la base fuera de lava negra. Tendrá unos 5.000 pies de altura. Con frecuencia se oye el sordo ruido de este fuego subterráneo. Por lo que aseguran los pobladores de la región, generalmente principia a humear y echar llamas cuando se descompone el tiempo. Cuando nosotros lo vimos estaba en completa calma. Fué ascendido este volcán por el profesor Pöppig en 1826. No muy lejos del Antuco se divisa la ancha Sierra Velluda, cubierta también de nieve y muy al Sur se levanta la cima del Villarrica, siempre nevada, sobre un fondo de oscuros bosques. Está en plena tierra araucana y por lo tanto no ha sido explorado todavía. Este mismo cerro lo ví desde Bella Vista, en el Departamento de Osorno, a unas 200 leguas de aquí. Tanto en el Norte, como visto desde el Sur, tiene la misma forma característica.

Era un panorama encantador y pintoresco el que presentaba esta cadena de montañas y me causó tristeza ver ante mis ojos esta enorme extensión de tierra sin población y pensar que en Europa a veces la gente se muere de hambre. Atravesamos en seguida lindas praderas, en millas de extensión, tierras que se podrían adquirir por poca plata. Mas allá, a algo mayor altura, está la hacienda de Santa Fé, perteneciente al actual Presidente don Manuel Bulnes. Un hermano de éste, la había adquirido de los indios, canjeándola por cosas de escaso valor o también por derecho de conquista. Hay aquí bonitas viñas, sementeras y praderas empastadas. Como el Bío-Bío no queda lejos, deben producir una buena entrada. Hubo necesidad de atravesar un bosque, que era indicio de la proximidad del río. Había en el camino manzanos en abundancia. Por fin arribamos al hermoso Bío-Bío, encontrándose en la otra ribera el pueblo de Nacimiento. Aquí se encuentra la isla Vergara. En una buena balsa atravesamos el río que no era muy correntoso, llevando nuestros animales ensillados. ¡Qué figura más imponente era la de nuestro balsero. Jamás la olvidaré. Era de recia estatura, tenía pelo castaño y era de descendencia indígena. Vestía un jubón de nutria. Llegamos felizmente a la isla de Vergara que pertenecía a nuestro amigo don Manuel Serrano de Concepción. Aquí dejamos nuestros animales, llevando únicamente los que montábamos. Pensativo quedé a orillas del Bío-Bío, contemplando el hermoso paisaje que me rodeaba, hasta que llegó todo nuestro equipaje, lo que duró alrededor de una hora. Nacimiento con sus alegres torres, al pie de un cerro, producía una impresión muy favorable. A las seis llegamos a la casa de don Rosauro Días, un administrador de las posesiones de don Manuel Serrano. Don Rosauro se disculpó que con motivo de la nueva construcción, que estaba haciendo, no le era posible atendernos mejor. Nos asignó una buena pieza y se nos sirvió un buen almuerzo con chicha de manzanas. La madre y la hija estaban muy atareadas atendiendo todo en la mejor forma posible. Después de haber visitado a don ( ) Varas, un argentino que tiene aquí una tiendecita y para el cual teníamos también una recomendación, fuimos con el hijo del Comisario de Indios, don José Zúñiga, a ver al Comandante de Armas, don Andrés Campos, que tenía a sus órdenes el fuerte y su guarnición que se componía de 50 hombres de a pie, de algunos soldados para atender los cañones. El señor comandante estaba en el patio, en mangas de camisa, recibiendo su trigo. Luego se presentó con su casaca militar y con mucha ceremonia abrió la carta del Intendente Cruz, asegurándonos que haría todo lo posible para fomentar nuestro viaje y que para la mañana siguiente tendríamos a nuestra disposición un Capitán de Indios y Lenguaraz. El cura del pueblo, atraído probablemente por la curiosidad apareció también en la oficina del comandante que era al mismo tiempo salón y dormitorio.

MARZO 13

Muy temprano fuimos en compañía de don José Zúñiga, hijo del Comisario Zúñiga, tan temido por los indios, a ver al cacique Piñoleo cuyo dominio principia en las afueras de Nacimiento y que posee una casa bastante buena. Era un hombre de buen porte y ya canoso. Tenía traza de hombre acostumbrado a mandar y vestir a la moderna; tenía puesta una casaca militar y una gorra con galón. Hablaba también un poco de castellano. Tres de sus hijas vivían con él. Hablaban bastante bien el español y como habían pasado algún tiempo en Concepción, ya habían sacado provecho de la cortesía hispánica y se disculparon por no estar terminado aún el arreglo de la casa. Colocaron mantas sobre los escaños que se habían colocado para nosotros. Estaban vestidas a la usanza indígena con el lindo adorno de la cabeza, perlas azules, prendedores, chaquiras, etc. Pero su chamal no era de tela de lana, azul o negra, tejida por ellas mismas, sino de tela inglesa, roja y amarilla.

El anciano cacique tomó asiento frente a nosotros sin quitarse, naturalmente, el gorro y preguntó al joven Zúñiga que cuál de nosotros era el mejor amigo de su padre. Se le contestó que todos nosotros éramos buenos amigos de su padre y que solicitábamos permiso para atravesar su territorio. Trajeron aguardiente y a pesar de que sólo eran las ocho de la mañana, tuvimos que tomar. Lanzó en seguida un discurso en idioma araucano y lo terminó con las palabras

castellanas: "Aquí manda el Comandante de Armas, allá mando yo."

Por lo demás, como el mismo tenía el propósito de ir mañana a Angol, nos acompañaría, que debíamos estar prontos para el viaje. Llegó también su pariente Catrileo, cacique también, aunque menos importante que Piñoleo. Era un hombre pequeño, pero fuerte. Ya a tan temprana hora se había entusiasmado tomando y lucía con gran júbilo un par de botas que había adquirido. Las mujeres pudieron separarlo de la reunión. Las hijas de Piñoleo ocupaban en la corte de su padre una situación muy diferente de la que ocupaban las indias en otras partes. Tiene otra hija menor que, según nos informaron, se hizo cristiana en Concepción.

Así terminó la audiencia que nos había concedido el primer príncipe araucano, y fuimos a ver al señor comandante quien nos dió por compañero hasta el dominio de Colipí, al capitán de indios, don Lorenzo Cid, con el encargo especial de darnos facilidades para proseguir nuestro viaje porque éramos grandes amigos del Presidente. En la casa hubo un rico almuerzo y yo no me cansaba de ponderar lo suficiente la situación tan pintoresca de este últmio lugarejo del dominio chileno antes de penetrar en las selvas araucanas.

Teníamos a la vista la majestuosa cordillera con sus volcanes y el hermoso Bío-Bío, con el cual se junta justamente frente a la población Vergara con sus elevadas barrancas cubiertas de bosques. Era un lugar muy atrayente. !Lástima que un sition tan ameno se encuentre a tanta distancia de regiones civilizadas! Hacia el Este ,en medio de la gran llanura se divisaba la reducida fortaleza de Santa Bárbara construída de madera. Había allí una pequeña guarnición destinada a proteger esos parajes contra la invasión de los indígenas. Un pequeño convento erigido por un misionero romano, se caracterizaba por su situación amena y hermosa. Está en una colina y desde allí se domina todo el villorio y un vasto panorama. Después de comida vino a visitarnos el reverendo padre fray Felipe. Era un joven oruindo de la Lombardía y tuvo gran placer de encontrarse con europeos y de obtener de ellos noticias de las ocurrencias políticas en aquel continente. El mismo había sido el constructor de su convento y el mismo lo había pintado, etc. Pero la misión no parecía de gran porvenir, ya que los indios se mostraban poco dispuestos a encomendar sus hijos al colegio. Era un buen músico y poseía un instrumento de cuerda. Nuestro amigo médico tocaba y cantaba con él melodías religiosas y canciones laicas. En Concepción sólo habíamos adquirido poco tabaco, un artículo muy codiciado por los indígenas, creyendo que aquí nos sería posible completar nuestra compra. Pero toda la existencia del estanco fiscal era de dos pesos en tabaco. Con ayuda de don ( ) Varas recorrimos todo el pueblo, pudiendo reunir así a duras penas unas pocas libras.

MARZO 14 — DOMINGO

A las ocho estaba todo listo para el viaje. Compramos todavía un cuero de chivato con aguardiente anisado para Su Excelencia Colipí, el gran caudillo araucano; que a sus ojos ese sería un gran presente. Por supuesto había que ocultarlo convenientemente para que otros caciques no se dieran cuenta de su existencia. Acompañados por don J. Züñiga y nuestro Capitán de Indios — estos reciben sueldo del Fisco. Desde niños han vivido entre los indígenas y dominan perfectamente su idioma. Su labor consiste en negociar con los indígenas y en dirimir sus querellas — abandonamos la casa de nuestro huésped, don Rosauro Días. Al poco rato el capitán nos trajo la noticia que Piñoleo estaba completamente ebrio y que antes de transcurrir algunas horas no le sería posible viajar. Como no teníamos el propósito de molestar al gentil príncipe, preferimos continuar solos nuestro viaje. Después de haber alcanzado las últimas chacras de Nacimiento, donde Ried tuvo que hacer una curación a un enfermo que tenía una grave herida en la cabeza originada por las coces de un caballo, llegamos al "Territorio de los Indios". El camino era tortuoso. A nuestro lado quedaba el río Vergara. A orillas de él nuestro amigo, don Manuel Serrano poseía un retazo de tierra de unas diez millas, lindas praderas que había comprado al cacique Colipí en mil pesos. Era del tamaño de un ducado alemán. Lo explotaba únicamente en la crianza de animales. Después de algún tiempo acampamos a la sombra de un peumo a orillas de un arroyuelo, tomamos harina y nos despedimos de don José Zúñiga. Varios indios venían aproximándose a nosotros a galope tendido, pero cuando nos vieron en compañía del capitán, se retiraron inmediatamente. Al poco rato nos dimos cuenta que a uno de nuestros caballos le faltaba el lazo. Lo habían llevado los indios. El capitán les siguió y lo obtuvo de ellos. En ninguna parte los indígenas son más dados a la rapiña que en la frontera, donde se juntan con tanto elemento malo entre los chilenos que sólo piensan en despojar al prójimo y así se explica que respeten poco el principio de lo propio y de lo ajeno, que de por sí lo tienen poco desarrollado. Pronto llegó galopando el hijo del viejo Piñoleo con sus mocetones. Probablemente esperaba a su padre. Era un puro indio. Venía sin sombrero, atada la larga y negra cabellera hacia atras con una cinta de lana, con poncho y chamal, con los pies descalzos, pero llevando espuelas. Era un joven interesante, de alta estatura como su padre y de traza imponente. Unos puñados de tabaco fueron para él un obsequio codiciado. Fué saludado con las palabras araucanas: meri meri peñi. Parecía que no hablaba español.

Habiendo estampado nuestros nombres en el peumo de marras, en recuerdo de esta excursión continuamos nuestro camino que siempre tenía el mismo aspecto. Por doquier admirábamos las preciosas praderas. Pasamos la noche en un valle casi completamente encerrado, cobijados por un lindo bosquecillo. Hicimos una gran fogata, alrededor de la cual nos reunimos todos. En seguida preparamos un caldo de charqui y comimos el último pan fresco que nos quedaba

y que por largo tiempo sería para nosotros un artículo de lujo. Los indígenas que se habían adelantado a nosotros, volvieron para fumar a la vera de la fogata. Eran harto modestos y no pidieron absolutamente nada, y eso que el pan es para ellos algo muy especial. — Los caballos fueron amarrados a los árboles y prendimos otra fogata a la entrada del valle. A pesar de esta precaución fuimos despertados durante la noche por un gran bullicio. Era que algunos indios arreaban una manada de ovejas, atravesando el valle, tal vez con el propósito de espantar nuestros caballos, lo que consiguieron. Casi todas nuestras cabalgaduras tomaron las de Villadiego, desparramándose por el bosque. Horas de arduo trabajo, llamar y buscar, nos costó esta hazaña. Por fin estaban reunidos nuestros hombres y nuestros caballos. Acordamos entonces poner centinelas. Por fortuna para mí, mi turno me tocaba cuando ya rayaba el alba. Después de haber tomado un matecito, abandonamos nuestro vivac.

MARZO 15

La tierra está cubierta de grandes llanuras limitadas por cordones de cerros. No hay bosques. Estos se encuentran entre la gran Cordillera de la Costa y una cadena de colinas que queda al interior. Nuestro camino seguía entre esta cadena y la Cordillera de los Andes. Era el camino de "Los Llanos" elegido por nosotros. Ni casas, ni tierra cultivada se veían. De vez en cuando encontramos a algún indio. Se detuvo, nos miraba desde lejos y seguía su camino. No le merecíamos mayor atención.

En un espacioso y plano valle vimos las ruinas de la ciudad de Angol, una de las siete ciudades destruídas por los indígenas en una misma noche, después de casi 90 años de lucha con los españoles. Habrán transcurrido unos 150 años desde entonces y todavía se acuerdan los indígenas de las hazañas de sus mayores y no les agrada que la "gente española" se acerque a tales ruinas. Así se nos advirtió que no intentemos escalar algún cerro, para explorar la tierra, porque tal actitud podría suscitar el enojo de los indios. Después de algún tiempo encontramos un grupo considerable de indios. Contaron a nuestro capitán que Colipí se encontraba en camino a una comilona. Continuamos cabalgando más o menos por espacio de una hora todavía, cuando nos dijo el capitán, que esperáramos, porque le parecía que se aproximaba Colipí. Luego regresó con la orden de :"que vengan los tres caballeros". Su Majestad araucana recién había hecho la siesta a la sombra de un frondoso arbol y al acercarnos lo vimos ocupado en ponerse su casaca militar, es decir, una chaqueta azul con galones rojos, aparentando un soldado chileno. Tenía puesta una camisa blanca con ancho cuello, que en esos momentos estaba arreglando. Por lo demás no usaba pantalones, sino un chamal sujeto mediante un cinturón de cuero con adornos de plata. Llevaba botas de potro, es decir, calzado hecho de las patas de caballo, de una sola pieza, sin suelas, con una abertura para los dedos de los pies que se afirmaban en los estribos. Cubría su cabeza un bonete, a saber, un sombrero como los usaban los campesinos chilenos, adornado con cintas de colores. Era un hombre grande y robusto, de voz bronca, de aire imponente. Amablemente nos estrechó las manos a todos y cuando supo que le traímos anisado de regalo, quedó sellada la amistad. Quiso que probáramos el aguardiente que le habíamos traído y con tal motivo nos invitó a que lo acompañemos a una fiesta en casa de otro cacique. Tales fiestas consisten principalmente en tomar, y a veces duran hasta tres días. Por lo tanto yo solicité permiso para quedarme con nuestra servidumbre, cuidando nuestro equipaje, y así me libré por hoy, del banquete araucano. El hijo de Colipí, Pedro, se presentó muy acicalado. Venía con los labios pintados de rojo y negro. Era feo y tuerto. Usaba pantalones bordados, bastante bonitos. Como su padre lucía espuelas de plata y tenía buenos caballos, enjaezados a la argentina. Su acompañamiento se componía de unos cincuenta mocetones que miraban con harta curiosidad las monturas de los recién llegados. Buscamos un sitio apropiado para establecer nuestro campamento. Construí un parapeto alrededor de nuestros baules y de nuestras monturas. En seguida hice la siesta. Pero muy luego me despertaron los gritos de una india. Venía bajando una colina con ayes lastimeros. Supo el ayudante de nuestro capitán, que también domina el idioma araucano, que nuestros caballos habían invadido su maizal y que los perjuicios que hicieron eran grandes. Por cierto que les cortamos inmediatamente esa ganga, ya que en las praderas había pasto más que suficiente, cierto si, que estaba algo duro y seco. El daño que ocasionaron los caballos los remediamos con algunas tiras de chaquiras. En seguida se presentaron tres mocetones enviados por Colipí trayendo una rica paleta asada de cordero y una jarra de chicha de maíz. Era un don que nos vino muy bien. Lo que si que le faltaba sal. Esta hay que llevarla consigo. ¡Con cuánto gusto me comí el asado con un poco de pan que encontré entre nuestro matalotaje. Al caer la tarde llegaron nuestros compañeros acompañados por mocetones que traían un cordero más gordo que el anterior. Nuestra servidumbre que estaba con hambre todavía, lo mató y lo preparó asando y cociéndolo. La fiesta habría sido grandiosa. Ellos ocuparon los asientos de honor en la primera mesa con Colipí y otros caciques. Inicióse el festín con un potrillo asado, muy tierno y excelente según decían. Después hubo una serie de otros guisos de carne, asada generalmente. No había ni pan ni legumbres. Lo que no escaseaba era la chicha. Colipí y sus caciques ingerieron un cuerno tras otro.

Colipí se esmeraba en ofrecer la chicha que tan poco le había costado. Es una bebida hecha de maíz, pero como era nueva no producía los funestos efectos de otras bebidas alcohólicas. Sin embargo, noté que mis compañeros eran más comunicativos que de costumbre.

MARZO 16

Muy de madrugada nos sorprendió Colipí, acompañado sólo por un mocetón, en nuestro campamento y nos invitó a acompañarlo a su residencia. Faltaba uno de nuestros caballos. Justamente el que habíamos canjeado el día anterior a un indio, por uno que no servía gran cosa. Creíamos que el araucano, arrepentido de su negocio de trueque, habría recuperado su caballo. Al parecer Colipí se enfadó mucho con esta noticia. Escaló una colina de las inmediaciones desde la cual se dominaban los valles cercanos. En efecto, no tardó en descubrir al indio que traía de la soga el caballo, diciendo que la cabalgadura había regresado a su querencia. Amargamente se quejaba de su negocio, que nuestro caballo estaba tan abatido que ni comer quería. Colipí le dirigió una larga arenga, diciéndole. Hay que ser hombre de palabra. Tu aceptaste el caballo en trueque, por lo tanto te quedarás con él. Si los caballeros te quieren indemnizar con algo, entonces es un favor el que te hacen. Le dimos al indio un peso, con lo cual quedó muy conforme.

Colipí nos preguntó que cómo habíamos dormido y nos dijo que confiáramos enteramente en su persona, que quedábamos bajo la custodia de él, ya que le habíamos sido tan bien recomendados. Horas enteras cabalgamos por hermosas praderas. Nos contó que todas las reses que veíamos aquí eran de su propiedad. Creía poseer unos 800 caballos y varios miles de vacunos y una infinidad de chanchos abandonados a su suerte en las selvas. Por espacio de casi tres días anduvimos cabalgando por su patrimonio que se extiende desde la cordillera hasta la costa. Es el cacique más rico y poderoso. Había luchado valientemente durante la guerra contra España. Tiene el rango de capitán chileno y recibe del Gobierno un sueldo mensual de $ 25.—. Nos contó mucho de sus campañas y batallas sostenidas contra otros indios. Me pareció muy extraño cabalgar tranquilamente en compañía de un cacique. Cabalgaba lentamente y parece que se interesaba bastante por el aguardiente que llevábamos. Propuso pues, que descansáramos un rato. Hubo necesidad de destapar el aguardiente. Fué de su agrado. Después de otras tres horas de cabalgata arribamos a un gran valle donde estuvo la ciudad de Purén, destruída también por los indios. Aquí se encuentra la residencia del Gran Colipí, defendida por un lado por un extenso pantano y rodeada de cerros por el otro lado, muy bien protegida por lo tanto. Un estrecho valle da acceso a ella. Su vivienda se componía de una choza grande y unas ocho o diez habitaciones menores. La principal tendría unos ochenta pies de largo por veinte de ancho, con un espacioso corredor. Todo hecho de caña de colihue y de paja; ni el sol, ni las lluvias molestaban así. Un palenque rodeaba el gran patio. Hacia el lado izquierdo se encontraba la gran ramada con cuatro hileras de escaños con mesas. Era como la sala de recepción. También nosotros dejamos aquí nuestro equipaje y nuestras monturas. Al poco rato oímos la voz de Colipí, lleno de furia, rabiando con sus mujeres, por no haber hecho el aseo del patio en debida forma. Acudieron ellas presurosas y dejaron todo como debía de quedar. Entonces nos hizo llamar y tuvimos que tomar asiento en el corredor de su casa sobre mantas que para ese fin se habían tendido allí. Trajeron también una pequeña mesa y lo primero que pidió fué que le trajesen el cuero con "anisado". Trajeron una gran jarra de plata llena y escanciaron el codiciado líquido en tiestos de plata y cada uno de nosotros tuvo que beber con él y así nos dió la bienvenida. Era obligación beber. Aunque de buena gana hubiera renunciado a este honor, el no beber habría despertado el enojo de nuestro anfitrión, tuve que acompañarla pues. Naturalmente, no fué una sola jarra la que se consumió. Pero ya no era tan riguroso el tomar. Sus sobrinos, dos jóvenes indios, de buena presencia, se juntaron con nosotros y nos acompañaron tomando chicha.

Mientras tanto las mujeres estaban muy ocupadas preparando la comida en la cocina situada en el patio. Hasta colocaron sobre la pequeña mesa, en lugar de mantel un pedazo de lienzo blanco. Trajeron en seguida una gran fuente con carne cocida de cordero, con maíz y papas. Cada cual recibió una cuchara y un tenedor de plata. Cada persona debe tener su cuchillo propio y sirve como tal la daga que lleva en un estuche. Sirvieron también carne asada y hasta gallinas y huevos. Todo sazonado con mucho ají. A Colipí no le bastó esto, pues recibió para su propio uso una taza con puro ají. Corría en abundancia el "anisado". A nosotros nos prepararon un buen Murqui, es decir, harina tostada con agua, una bebida muy refrescante.

Uno de sus hijos, un niño de ocho años, estaba constantemente al lado de Colipí, y de vez en cuando recibía un pedazo de carne. En cambio los sobrinos quedaban a cierta distancia y ellos fueron los últimos en ser servidos. Su cuchara ostentaba las iniciales L. C., bastante mal grabadas. Nos preguntó por lo que significaban. Nuestra contestación: **"Lorenzo Colipí"**, fué muy de su agrado. Nos dijo que le habían sido regaladas. Las jarras, los jarros y las jícaras, eran trabajos primorosos, hechos por los indígenas. Colipí nos mostró con mucho orgullo doce pares de espuelas, estribos y otros adornos, todo hecho de bruñida plata. Dimos también un paseo por los alrededores y conversamos de lo que vimos. El huerto estaba a cargo de las mujeres. ¡Hay que compadecerlas! El cuero se hacía más y más pequeño a medida que avanzaba la noche. A pesar de eso y a pesar de ponerse el viejo Colipí muy impulsivo en sus narraciones, no se puede decir que hubiese estado ebrio. Varios indios fueron recibidos y todos recibieron su ración de tabaco como los demás. Colipí principió a contar sus aventuras heroicas con gran entonación. A cada rato se oía la palabra "Colipí". Por último parecía ponerse muy pensativo y triste, y el lenguaraz nos explicó que estaba hablando de su hijo, que, siendo oficial de la caballería chilena, se había distinguido por su valor y arrojo en 1839, en la batalla de Buin, en el Perú, encontrando poco tiempo después la muerte a consecuencia de las heri-

das recibidas en esa acción de guerra. "Sí", dijo, "yo sería otro, si él viviera todavía y si pudiera comunicarle a él también mis hazañas". Su segundo hijo, Pedro, al cual habíamos visto anteayer, se iguala en lo de beber al padre. No había regresado todavía del festín y sólo volvió al día siguiente.

Por fin, ingerimos todavía una botella de ron, a pesar de que su mujer favorita, Panchita, trató de quitársela. Pero fué vano intento. También en la noche ella tomó parte en la conversación. Era la madre del difunto hijo y estaba ricamente adornada con objetos de plata. Como dos docenas de dedales y chaquiras pendían de ella, de modo que cuando caminaba producía un campanilleo como el que se oye en los trineos con sus caballos adornados de cascabeles. Las otras mujeres no fueron admitidas a estas conversaciones.

Dicen que Colipí, como es tan rico, tiene ocho o diez mujeres que viven en casas diferentes. Pero juntas hacen los trabajos.

Hasta muy entrada la noche oimos rabiar y rezongar a Colipí y a la mañana siguiente

DEL 17 DE MARZO

apareció muy tarde en escena. De esta circunstancia nos aprovechamos para reconocer las inmediaciones. Hombres, mujeres y niños volvían ya del baño. Los indios toman todas las mañanas un baño frío. Hasta las guaguas las bañan. Las cunas que tienen son muy modestas. Constan de una armazón sencilla sobre la cual afirman un cuero blando. Con una faja de lana el nene, vestido, es amarrado en esa cuna que en seguida es colocada o afirmada en la pared. Durante la noche queda afuera. Muchas veces desperté por el llanto de esas pobres criaturas. Salía entonces un indio, mecía la cuna conteniendo esa triste humanidad y la colocaba nuevamente en la pared. Teníamos dos o tres de esos llorones en nuestra vecindad.

Gran número de indios solía llegar a la residencia del cacique sin invitación especial. Todos esperaban, según era costumbre, que un delegado de Colipí — generalmente uno de sus sobrinos — los invitara a apearse. En la ramada, donde también nosotros estábamos, se tendieron mantas y comenzaba la audiencia. Pero antes de empezar, preguntó por nosotros y lo fuimos a saludar. Nos asignó asientos debajo del corredor para que pudiéramos presenciar las audiencias. Por cierto que eran muy curiosas. El mensajero, si no era cacique, quedaba de pié frente a Colipí y le cantaba, a la usanza araucana, su recado. De todas partes recibía noticias. Ya era que una tribu enemiga había asaltado a un cacique; le permitió que emprendiese contra él un malón y para quitarle su ganado, ya era una invitación a unas bodas o a un entierro, que gustoso aceptaba Colipí, sobre todo si había chicha. En seguida mandó emisarios a Buenos Aires dando orden a unos indios que habían aceptado servicios a la orden de Rosas, que se volvieran dentro de un plazo determinado, so pena de perder su tierra y sus ganados. Como primero había estado de farra, como por ese motivo ayer no había podido trabajar, se acumulaban los negocios de estado para el día de hoy. Un cacique venía de Boroa, adonde nosotros también pensábamos ir. Era de importancia que apareciéramos como amigos de Colipí. Un acordeón que le habíamos regalado a este, lo tocaba constantemente, mientras resolvía con su vasallo, posiblemente un importante negocio de estado. Este espectáculo era verdaderamente interesante. Pronto manifestó deseos de poseer otros objetos de nuestra propiedad. Un cuero repujado que tenía yo, le gustó tanto que me dijo, que si él me dejaba en prenda el suyo, entonces yo podría renunciar al mío en favor de él. Y así tuvimos que hacerlo. El Dr. Ried tenía una vaina para su daga. Esta última, por fortuna, no la traía a la vista. El la quitó al Dr. Ried, la puso y trayendo una vieja daga, dijo: "Bueno para Colipí". Vimos también las casacas militares que le habían servido en sus campañas militares. Había una especie de gran camisa hecha de cueros muy blandos, de una pulgada de espesor, y dicen que ataja las balas, pero lo que es verosímil, es que resista los lanzazos de los indios.

A su señora esposa le regalamos un chamal (dos varas de tela roja) y a los niños algunos juguetes, músicas, etc. Era ventajoso asegurarse su amistad, puesto que era el principal cacique de los que vivían al norte del Imperial.

Hicimos también una visita a su ministro de la guerra, que no vivía muy lejos, en una pequeña choza. Este nos mostró también la temida lanza con la cual, con gran destreza, pueden echar a tierra al jinete. Tal lanza tenía ocho varas, unos veinte pies, de largo. Era de caña de coligüe endurecido por medio del humo y del calor. Está provista de una punta de acero. La lanza es muy flexible y en las guerras se lanzan a galope tendido, con las cabelleras flotantes y sus caras pintadas, contra el enemigo y lo derriban. El centro de la lanza casi toca el suelo. La punta se dirige contra el enemigo. La caballería nada puede hacer para atajar tal ataque furioso de los indios. Sólo la infantería y los cañones les hacen mella. Nunca usan armas de fuego. Sólo lanzas y laques.

Hoy debíamos de comer con Colipí a la usanza de la tierra.

El trajo un gran trozo de carne asada en una lanza y cada cual cortaba con su propia cuchillo y sin ayuda de tenedor un pedazo de asado y lo comía. La carne era muy tierna. Ayer había dado prueba de que entendía de etiqueta, pero hoy era el cacique araucano que nos atendía como se acostumbraba en la tierra. Ya no quedaba aguardiente. Las manzanas para chicha no estaban todavía en la sazón, de suerte que hoy nos conformamos con murqui.

Por eso que las mujeres entonando un canto raro, principiaron a moler trigo en piedras. Otras trabajaban hilando mantas de lana, ponchos, etc. Al caer la tarde se juntó con nosotros su hijo, don Pedro, y como había dormido la mona, conversó con nosotros en castellano. Lo hablaba bastante bien. Y para honrarnos trajeron los caballos bailadores, que al compás de una música, harta mala, levantaban sus patas con bastante precisión. Don Pedro fué el prime-

ro en presentar su propio caballo y en seguida él de su padre. Era este un caballo negro, muy bonito, y que valía muchas vacas.

Ahora nos pidieron que nosotros cantáramos. Entonamos primero el "Ay, buen Agustín (Ach, Du lieber Augustin) y en seguida Cuánto te quiero, hijita (Du, Du, liegst mir im Herzen) lo que pareció ser del agrado de los indios. Con don Pedro hice un negocio de canje: él me dió unos laques y un cabestro artísticamente hecho de tiras de cuero, en cambio yo le entregué una daga con estuche. El inmediatamente constató que el acero de la hoja no era del mejor. Conversando y conversando, le pedimos a Colipí, que nos diera permiso para continuar nuestro viaje. !Qué de lamentos originó nuestra petición! Dijo que quedáramos siquiera hasta el día siguiente y tuvimos que consentir.

MARZO 18

No muy lejos de Colipí, vivía un cacique de menor valía, casado con una chilena. Ella usaba el traje de los campesinos. Voluntariamente se había casado con el indio bajo la condición de que fuera su única mujer, y varios años vivía ya con los indios en completa armonía. El parecía también estar ya más civilizado y hablaba español. Habiendo saludado a Colipí, le preguntamos si hoy consentía en nuestra partida. Dijo tranquilamente "Paciencia" y prometió de mandar por Antupan, uno de sus vasallos, un cacique muy rudo que debía llevarnos a presencia del Comisario Zúñiga. Después de almuerzo, Colipí nos dirigió un largo y fogoso discurso, que nos fué traducido por su hijo en la siguiente forma: Colipí dice que podéis seguir tranquilamente, que no os quiere molestar y que dará orden de que podáis atravesar la tierra sin tropiezo. Sois sus buenos amigos. Habéis tenido el honor de comer con Colipí en una misma mesa. Os ha hospedado en su casa. Os ha tratado bien. Por eso, adonde os lleve el destino, hablad bien de él. Colipí no es un enemigo de los cristianos, no os ha quitado nada y os quiere proteger. Propalad, por lo tanto, por todos los ámbitos de la tierra, por todas las tierras a las cuales lleguéis y también entre vuestros paisanos de ultramar que: "Colipí es un hombre de bien". La arenga era larga y el hijo de Colipí la tradujo palabra por palabra. Pero en idioma araucano todo se alarga tanto, que uno cree que el orador nunca va a terminar. Le agradecimos sus conceptos y contestamos su discurso en forma más o menos semejante. Mientras tanto fueron ensillados nuestros caballos. Antupan pasó adelante y recibió instrucciones referentes a nuestro viaje. Por fin abandonamos la residencia de este cacique tan temido y tan difamado de la Araucanía, y nuestro Capitán de Indios también fué despedido y en compañía de nuestro nuevo guía Antupan, y su séquito, continuamos tranquilamente nuestro viaje. Era un hombre chico y rechoncho con un bien pronunciado vientre, pelo largo y negro. Se cubría la cabeza con un sombrero chico de paja y como le quedaba demasiado chico, lo tuvo que sujetar con cintas. Por lo demás, era un puro indio. Usaba espuelas de plata. Hablaba poco el español, pero llevaba un mocetón que lo dominaba bien.

Casi me habría olvidado de dar algunos datos del cautivo español. Hace muchos años lo habían tomado prisionero y ahora lo ocupaban en hacer barrer el patio. Era ya un hombre anciano y como me había llamado la atención su barba, supe su historia. Como a muy temprana edad había sido capturado por los indios, estaba ya casi olvidado del idioma español.

Los indios se arrancan los pelos de la barba con un instrumento especial y por eso sus caras son lampiñas y lisas.

Primeramente el camino atravesaba llanuras interrumpidas con frecuencia por colinas que paulatinamente tomaron mayor altura y como a menudo estaban cubiertas de árboles, ofrecían bonitos panoramas. Vastas estepas las encontramos carbonizadas, pues para obtener nuevo pasto, los indios suelen prender fuego a las praderas consumidas en el transcurso del verano y muchas veces se ven grandes campos cubiertos de llamas y de humo. Al caer la tarde llegamos a un valle muy bonito, pero estrechísimo, rodeado de altas serranías. Un riachuelo lo atravesaba y las orillas sombreadas ofrecían un campamento ideal. Dejamos dentro de él los caballos y la salida fué ocupada por los indios y nuestra servidumbre. Hicimos una gran fogata y asamos medio cordero. Manzanas, que había en abundancia, colocadas en el rescoldo, hicieron las veces de papas. Había también harina y cebollas y hasta té, de suerte que estábamos bien provistos. Era un lugar muy ameno y uno de los campamentos más pintorescos que hemos establecido en nuestro viaje a través de la Araucanía. ¡Qué espectáculo más lindo, ver acurrucados a los morenos indios, tranquilamente, alrededor de su fuego con sus caras oscuras y sus blancos dientes!

Antupan se mantenía alejado de nosotros. Ni nos pidió tabaco, ni permitió que sus mocetones, que eran más novedosos, nos importunaran. Como los caballos los teníamos tan seguros, pasamos una noche agrable y apacible.

MARZO 19

Mate y murqui constituyeron nuestro desayuno y muy de madrugada continuamos nuestro viaje siguiendo por el estrecho valle. Después de haber cabalgado media hora, más o menos, llegamos a una angostura del camino que seguía por la orilla del río. Una de nuestras mulas cargada por los araucanos con nuestros baules, se resbaló y rodó unos diez pies por la alta ribera del río. Creíamos perdida la mula y nuestros cofres los creíamos hechos mil astillas. Por fortuna descubrimos nuestra mula con sus cobres en el río. Algunos indios y nuestros mozos la arrearon a una parte baja y le quitaron su equipaje. Se había salvado, pues, la mula. Pero, ¿en qué estado quedaría el contenido de nuestros cofres? Como habían estado un buen tiempo bajo agua, por ahora ni queríamos saberlo. Era necesario que subiéramos todavía una loma muy parada y tras algunas horas de cabalgar, nos detuvimos en las inmediaciones de una choza araucana, donde había un recinto seguro para

dejar nuestros caballos. Corría por ahí el mismo arroyo de la desgracia anterior.

Principió a encapotarse el cielo, de manera que no podía tardar en comenzar a llover. En las matas de unas quilas hicimos nuestro campamento. Allí estábamos protegidos contra la lluvia, que no arreciaba con fuerza. No dejaron de venir los indios de las inmediaciones. Las mujeres nos traían harina, huevos, papas y hasta gallinas cocidas, y en cambio obtuvieron chaquiras, añil y dedales. Así que el almuerzo estuvo a pedir de boca. Para gran alegría de los indios tomé un baño en las límpidas aguas del río que corre sobre un lecho de arena.

Rodeados, como estábamos, por tantos indígenas, no nos atrevimos a abrir nuestras cajas y sólo lo hicimos durante la noche, cuando todos se habían retirado y cuando Antupan y su comitiva se habían retirado a su alojamiento de las quilas. Sólo entonces nos dimos cuenta del gran perjuicio que habíamos sufrido. Los hermosos acordeones, que habíamos pensado canjear por caballos, estaban remojados y completamente inservibles. Todo lo demás estaba mojado. Hubo necesidad de encender una gran fotaga y lo primero que pusimos a secar fué la ropa y las armas. Clavamos en seguida estacas en el suelo y las unimos con lienzas que pasaban por sobre y cerca del fuego. Había que secar como cuatro docenas de pañuelos de algodón. En el suelo desparramamos para que se secaran cuchillos, chaquiras, espejitos, añil, agujas, dedales telas. Todos estaban ocupados unos limpiando cuchillos otros colocando telas a secar. Era un espectáculo interesante, aunque no era una actividad muy agradable, pues nos quitó gran parte de la noche. Semejábamos unos náufragos, que, salvados en una isla, se ocupan primeramente en secar lo que habían salvado. El daño no era demasiado grande, considerando que unas manchas más o menos no importaban. Pero lo que era más sensible fué el hecho de que los instrumentos quirúrgicos de nuestro amigo, el Dr., habían sufrido, lo que sintió mucho. El tabaco y el añil nos preocuparon bastante. Habiendo secado todo, los baules fueron arreglados nuevamente y nos acostamos. No dormimos mucho, porque apenas clareaba el día, despertaba el doctor Ried a la gente como siempre lo hacía.

MARZO 20

Hoy apareció Antupan de gran gala. Vestía un chamal de tela azul y llevaba una espada. Más tarde sólo supimos, por qué se había acicalado en esa forma. Uno de mis caballos, el Huachito ,lo buscamos largo tiempo, pero en vano. Probablemente se perdería en la espesura del bosque. Tuvimos que renunciar pues, a encontrarlo. Era un caballo chico que en Nacimiento había cambiado por aquél la cabalgadura que compré en Chillán. En la esperanza de poder adquirir más tarde otro caballo, no quise que nuestros compañeros se perjudicaran y continuamos nuestro camino. Había que atravesar tupidos quilantales y coliguales. La quila estaba tan crecida que era necesario echarse sobre el cuello del caballo para poder pasar. En seguida llegamos a lindas praderas y nuevamente se divisaba la cordillera nevada en el fondo. Muchas chozas indígenas había en el camino. Todo muy bien tenido. Las pequeñas chacras o heredades, donde cultivaban papas y maíz, estaban cuidadosamente encerradas por estacas de quila y se presentaban mejor que las habitaciones de los campesinos chilenos, principalmente en las provincias australes También vimos grandes manadas de ovejas y animales vacunos, como que esta comarca parecía más poblada que las anteriores. Atravesamos un pequeño río que no parecía tener hondura. Sin embargo el agua llegó a cubrir la montura de mi caballo. Antupan había buscado un vado y atravesó el río sin mojarse. Hay que seguir la norma de no querer ser el primero en salvar un río, porque los indígenas son más vaqueanos

Andaríamos una hora, cuando nos pareció que oíamos una corneta. Antupan nos hizo una seña para que esperemos y se adelantó. Muy luego regresó, diciendo que el Comisario se aproximaba y que hoy se iba a celebrar un gran parlamento, noticia que nos fué muy agradable.

Y, en verdad, después de un rato una gran cantidad de jinetes bajaba de los cerros y parecían juntarse en las inmediaciones de una gran casa. Había una bandera chilena y algunos cazadores a caballo, chilenos. Bullas y gritos acompañaban a esta gente Nosotros nos manteníamos tranquilos hasta que todos se habían reunido. Así podíamos observar mejor esta singular asamblea. Apenas supo nuestra llegada el mayor Zúñiga, nos mandó a decir que nos acercáramos y un monje vestido de gris nos recibió con suma amabilidad y nos llevó a presencia de Zúñiga. Este se encontraba sentado en el suelo en medio de los indios Nos dijo que como este día sería de duro batallar para él, no nos podría dedicar mucha atención, lo que debíamos disculpar. Es un hombre muy raro. Es alto y fornido. Su cara es gorda Usaba pantalones azules con cintas plateadas, una casaca blanca de brin con cuello rojo, y un sombrero de paja redondo y chico, con cinta roja, que únicamente cubría una pequeñísima parte de su gran cabeza. Estaba adornado también con pequeños aretes. Este hombre ha pasado la mayor parte de su vida entre los indios y también ha peleado contra los Pehuenches y desde veinte años ocupa el cargo de Comisario de Indios. De él dependen todos los Capitanes de Indios. Constantemente recorre la tierra araucana acompañado sólo por cuatro cazadores. Celebra tratados con los indios, dirime sus rencillas y es muy estimado por todos los caciques. Lo temen. Usa siempre una coraza de acero, de suerte que es invulnerable contra los lanzazos de los naturales Hacía ya dos meses que había estado entre los indios y venía ahora de Imperial donde había celebrado un Parlamento y hoy día iba a hacer lo mismo en tierras del poderoso cacique Painamal. Se trataba ante todo de la creación de una Misión. El misionero acompañaba al Comisario en esta excursión. Los indios — serían unos 800 en número — formaron un gran círculo Todos de a caballo. Zúñiga con una bandera chilena y el padre con una bandera blanca con una cruz ne-

gra, ambos de a caballo en el centro. Zúñiga hablaba con voz de trueno y con énfasis y sus palabras parecían tener gran éxito. Pronunció su discurso a la usanza araucana. El mismo acento de voz, pareciendo canto, los mismos gritos. Dicen que habla mejor que los mismos caciques. Es que el chileno civilizado dispone de más ideas y puede tocar muchos puntos que ignora el indígena. Nos hizo llamar y así entramos al centro del círculo, rodeados por cientos de indios que novedosos miraban a esta "gente española". Era un momento curioso e inolvidable. Uno de los caciques, se llamaba Jancolican, era un descendiente del famoso Caupolicán, inició los discursos. Vestía una chaqueta azul con gorra y poncho de color rojo. El padre nos explicó lo que había preguntado: ¿Qué significa esta bandera? Es la bandera de Chile. Quítenla. No queremos nada de Chile. Somos araucanos libres e independientes, descendientes de Lautaro, Caupolicán y Colo-Colo. Otro más tranquilo, contestó: ¡Pero es la bandera de la patria con la cual hemos peleado contra el rey. Estas palabras lo apaciguaron. Siguió una larga conversación entre el cacique y Zúñiga. No podían hablar varios a la vez. Los demás escuchaban tranquilamente. Por fin se presentó el padre diciendo con gran ceremonia: Nada quiero de vosotros — soy pobre, estoy completamente solo. Siete años he vivido entre vuestros hermanos de Tucapel. Sólo busco para vosotros lo mejor. Para que vosotros y vuestros hijos aprendáis quisiera erigir entre vosotros una Misión. No quiero plata, ni animales, nada, nada y matadme, repitió tres veces, si os he dicho una mentira, y se golpeaba el pecho. En verdad era grandioso ese afan apostólico de aquel hijo del Tiber.

Se llamaba Querubino Brancadori. Era oriundo de Roma. Era de buena presencia, gorditto, y no tenía mucha edad. Es muy posible que haya tenido méritos en la defensa de los intereses de los indios. Las discusiones continuaron todo el día. Varias veces se oía la voz de Zúñiga. El reverendo se juntó con nosotros al poco tiempo y nos contó que hacía ya varias semanas que recorría la tierra con el Comisario y que había asistido a todos los Parlamentos. Dominaba lo suficiente el idioma araucano y anotaba todos los puntos que se trataban. "Mañana", nos dijo, "habrá una acusación en contra de Colipí. Pues, se ha comprobado que dió autorización para llevar a cabo un malón y de los animales capturados se habría hecho ceder cien cabezas. Produjo esto una gran efervescencia por haberse manifestado Colipí siempre como amigo del gobierno y ahora salían a luz sus maldades".

MARZO 20

Contemplamos nuevamente el gran círculo de indios que rodeaban a Zúñiga. Este, agotado a veces, se refrescaba de vez en cuando con un cuerno de chicha. Había chicha en demasía. Nosotros tuvimos que beber primero con Zúñiga, en seguida con muchos caciques y por último vino Painamal, el cacique que tiene su residencia aquí con un enorme cuerno de chicha, que bebió hasta la mitad, la otra mitad me tocó a mí. Por fortuna la chicha era nueva y por lo tanto, era suavecita, lo que sí que uno se llena tanto que más bien se parece a un barril. El padre nos dijo que ya estaba "para reventar", porque ya desde las 7 de la madrugada había tenido que beber y que quería retirarse un rato, por que no era permitido que rehusara tomar con algún indio.

El traje de los indios era muy pintoresco. Los caciques se habían acicalado lo mejor que pudieron. Algunos traían casaca militar, otros camisas. El más conspicuo tenía pantalones con adornos, otros gorras militares, otros sombreros de oficiales pasados de moda, puntiagudos, eran del siglo pasado. A veces quedaban muy chicos y hubo necesidad de sujetarlos con un paño rojo. Había de todo: sombreros de paja, bonetes, etc. Las caballos que tenían por lo general, eran buenos. Era interesante estudiar las caras de los araucanos. Por lo general los indios de Boroa y de Imperial se distinguían por sus bellas facciones y por su cutis blanco. Muchos de ellos tenían el pelo rubio. Un corneta que descollaba por su talento musical, tenía el pelo casi rojo. Le caía sobre la ensortijada nuca. Todas las mujeres estaban ocupadas en traer comidas y chicha. Andaban al trotecito y los dedales que llevaban, que no eran pocos, hacían un ruido como de caballos de trineos. Estaban acicaladas como para día de fiesta. Sus mejillas de color café las habían pintado de rojo y muchas veces, tal vez como prueba de su triste condición, tenían las oreja de negro, haciendo grande el contraste con el rojo de las caras. Viéronse aretes del tamaño de un plato chico, hechos de pura plata y prendedores cuya cabeza por lo menos tendría unas cuatro pulgadas de diámetro. Veíanse por todas partes muchos paños rojos (Chamales). La cantidad de mujeres que tenían su campamento en las inmediaciones y que trabajaban en la cocina no debe haber diferido mucho de la de los hombres. Al caer la tarde fuimos a visitar en compañía del padre el panteón de los caciques con sus altas estatuas de madera, hechas de un tronco de arbol y que representaban a los que estaban enterrados allí. Eran ya muy vetustas y estaban cubiertas de musgos. En la actualidad principian ya a colocar cruces como se lo han enseñado los misioneros. En compañía del padre nos atrevimos a visitar su cementerio que para ellos es un lugar sagrado. En seguida fuimos a ver al porfiado cacique Painamal, que ya parecía más razonable. ¡Qué de movimiento había en su casa! Todavía estaba lanzando grandes discursos. Apenas vió al padre y a nosotros, pasó la mano al primero y todos tuvimos que tomar chicha con él. Había como cien indios allí, entre hombres y mujeres. ¡Qué vida! Después nos retiramos a nuestra ramada en el campamento de Painamal. El hijo de este nos vino a ver y nos prometió que él estaría preocupado de nosotros. En efecto, nos mandó carne de cordero. Además nos quedaba todavía caldo y bizcochos. Hubo también chicha y harina. El joven príncipe heredero se llamaba Antonio. Era de trato muy amable. Parecía un oficial chileno. Vestía un buen uniforme de color azul con gorro militar. Usaba corbata negra, pero vieja, y hablaba bien el castellano. Había sido educado y civilizado en

Osorno, según supimos. Su padre era un "indio neto".

Como era de noche se disolvió el Parlamento Volvió entonces Zúñiga con las palabras: "Señores, ahora estoy enteramente a su disposición. Voy a dirigir solo algunas palabras a estos indios para instruirlos." Y, sentándose al revés sobre una silla, principió a perorar con su acostumbrada vehemencia a unos veinte indígenas que mudos le rodeaban sentados en el suelo o sobre toscos trozos de madera. Un gran fuego habían encendido afuera que alumbraba mágicamente a los indios que lo rodeaban y que en sus asadores asaban su carne y por eso miraban al fuego Nosotros estábamos sentados al fondo rodeados por dos grupos de indios, que en nada nos molestaban. "Cuánto daría", decía el misionero, si hubiera aquí algún paisano mío, capaz de reproducir con el pincel este cuadro tan encantador". Y, en verdad, que habría sido un cuadro muy singular. Me llamaba la atención el eterno gritar del Comisario !Qué voz más maravillosa! Después de habernos dejado, se trasladó al rancho de Painamal donde habría hablado hasta las los de la madrugada. El penoso trabajo de este hombre no lo paga el Gobierno chileno, por desconocerlo, en conformidad a su labor Tiene el sueldo de un sargento mayor. Nosotros nos acomodamos lo mejor que pudimos. El padre llevaba de todo, colchón, ropa de cama, almohadas, etc Un mozo y su ayudante Juan de la Cruz le arreglaron su cama.

Muy luego todos quedarían sumidos en profundo sueño. Pero a mí todo lo que había visto y experimentado hoy me preocupaba largo tiempo todavía, y dejará recuerdos imperecederos.

MARZO 21. DOMINGO

Nos levantamos antes que los indios pensaran en hacerlo. El padre nos condujo a un campo vecino donde habían muchas tórtolas Pronto nos convencimos que era un excelente cazador, y curioso, colocaba el fúsil por el lado izquierdo. Así bajó varias palomas al vuelo. Nos sirvieron para preparar nuestro almuerzo Sacamos de nuestras provisiones unas barras de chocolate que fueron muy del agrado del clérigo, porque raras veces le tocan tales golosinas. Lo habíamos traído de Santiago. Ya anteriormente nos había pedido azúcar, jabón y velas, artículos que le faltaban Velas y jabón nos quedaban todavía. Pero nuestra existencia de azúcar se había terminado, de suerte que nuestro t. lo tomábamos sin azúcar o con harina. Nosotros deseábamos salir de esta gran reunión y conseguimos que el Mayor Zúñiga nos cediera a su constante compañero — se llamaba Mama Luisa — para que nos acompañara en calidad de intérprete y a dos caciques para que nos lleven hasta los ríos Imperial y Toltén.

Hicimos los preparativos para continuar nuestro viaje. Un viejo cacique vino a visitarnos todavía. Nos saludó con suma amabilidad, colocando su sombrero — era un viejo sombrero de paja con la insignia española, rojo y cualdo — sobre nuestro hombro. Nosotros debíamos contestarle en la misma forma. Painamal se afició a un pañuelo de seda que tenía en mi sombrero y del cual sobresalía la punta. Sin más ceremonia me sacó el sombrero ,tomó el pañuelo, se envolvió en él su cabeza y dijo que necesitaba quedarse con un recuerdo mío. No era posible contradecirle, aunque en resumidas cuentas uno de lienzo habría tenido el mismo valor para él. Después de habernos despedido de Zúñiga que iba acompañado por un hijo de unos doce años y del padre Querubin, emprendimos la continuación de nuestro viaje en compañía de varios caciques y mocetones, abriendo la marcha Mama Luisa. Casi me olvido de mencionar el gran honor que nos tenían preparado los indígenas. Estábamos sentados con el padre en la ramada en los momentos en que los indios mataban un cordero. Zúñiga nos dijo: "Si no tienen deseos de comerse crudo el corazón de este animal, entonces retírense a tiempo. Yo tengo que hacerlo." El corazón lleno de sangre, y el hígado, con sal y ají, crudo, lo consideran los indios un guiso exquisito y tal delicia la ofrecen primero a los caciques y a personas distinguidas. El padre ya estaba acostumbrado a este guiso, aunque dijo que la primera vez que le tocó comer este matche, le costó un triunfo hacerlo.

Cruzamos el Cholchol, llamado Lauquen más adelante, y los tres brazos del Imperial cuyas claras y cristalinas aguas corren en un lecho de guijarros. Aquí el río tenía poca hondura y eso que en su desembocadura es tan profundo y tan ancho que es navegable para buques de mar. Pronto llegamos a una ruca araucana donde tenía su taller nuestro guía M. Luisa. Este es platero. Fabrica espuelas, estribos, etc. En verano suele viajar entre los indios y lleva consigo a su mujer, la que inmediatamente nos sirvió un buen mate. El es oriundo de Nacimiento. En su calidad de soldado y más tarde trabajando en su profesión, recorrió todas las tribus araucanas, hasta al otro lado de la cordillera de los Andes y domina muy bien su idioma. Establecimos nuestro campamento debajo de unos hermosos membrillos. Nuestra cocinera chilena hasta nos preparó una cazuela. Las manzanas todavía no estaban blandas. Sin embargo las tomó para preparar un postre con harina que me resultó bien bueno. ¿Qué ocupación más rara? — Eso de pelar manzanas el día de domingo en la tarde y asar membrillos y manzanas sentado a la lumbre. Los membrillos eran grandes y bonitos y asados tenían buen gusto, lo que si que les faltó un poco de azúcar.

MARZO 22

Después de haber almorzado, hasta ahora el almuerzo lo habíamos ido postergando hasta la tarde, nos pusimos en marcha, pero tuvimos que dejar aquí un caballo lastimado que había venido de Valparaíso. Habiendo atravesado otros dos brazos del Imperial, entramos en la verdadera región selvática de la Araucanía. Principió el bosque con quila, en seguida se presentaban grandes árboles, robles, laureles, etc. que presentaban un hermoso golpe de vista. Lo tupido del bosque contribuyó a que el camino fuese pesado. Sólo de a un caballo se podía pasar entre los árboles. Como estos estaban tan juntos tuvimos que detenernos con frecuencia y quitarle

la carga a las mulas, sobre todo los baules para que pudieran pasar. En otras partes los caballos tenían que salvar gruesos árboles saltándolos, de suerte que avanzamos solamente paso por paso. Los claros del bosque, generalmente, estaban ocupados por indios. Comprámoles un cordero, aumentando así nuestro equipaje.

Habíamos recorrido un buen trecho, pero nos quedaban todavía bosques que atravesar; Lindos bosques! Los robles alcanzaban aquí hasta cien pies de altura. Estaban rodeados por matorrales bajos. Hasta aproximadamente a las cuatro de la tarde atravesamos selva tras selva. Ahora oíamos el correr de las aguas del caudaloso Toltén. M. Luisa nos dijo que quedáramos detrás de un arbol, para ver si había indios al otro lado que pudieran balsearnos. El cacique que nos acompañaba y nuestro guía gritaban a más no poder que trajesen la canoa. Pero nadie se presentó. El indio afirmaba que había divisado al dueño de la embarcación. Pero que era un "indio malo" que no quiere sacrificarse por la "gente española". Llamar y llamar, todo era en vano. Además principiaba a llover y por eso queríamos atravesar el Toltén, río muy profundo y torrentoso, antes de que anocheciera. Por fin se resolvió el indio que iba con nosotros, habiéndosele ofrecido un cuchillo como premio, a cruzar el río montado en su caballo y a traernos la canoa. Habiéndose colocado el poncho en la cabeza a manera de turbante, el indio se aventuró por las aguas correntosas del río y felizmente alcanzó la ribera opuesta, aunque arrastrado bastante por la corriente. Aseguró en seguida su lazo en el cuello y en la cola del caballo y nuevamente lo echó al río ocupando la canoa que era arastrada por el caballo. ¡Y figurarse que la cabalgadura tenía que nadar en contra de la corriente! Uno tras otro llegamos así, en la débil canoa tirada por el caballo, a la orilla opuesta. Era una sensación muy rara el atravesar el río así. Parecía que la corriente lo arrastraba a uno. Yo esperé hasta el último y no me cansé de contemplar este singular y bonito espectáculo. Las aguas del río eran de color azulejo-verde claro. Dicen que tiene su origen en un gran lago que se encuentra en la cima del volcán Villarica. Unos pequeños guijarros los conservo todavía como recuerdo de las riberas del Toltén, que sólo por pocos europeos habrá sido atravesado en el transcurso del último siglo. Varias horas demoramos en cruzar el río y ya había entrado la noche. La ribera opuesta tenía mucha pendiente. Además, estaba cubierta de árboles, de manera que era difícil abrirse un camino hacia arriba. Nuestros caballos se nos escaparon y huían de la orilla del río. Cada cual quedaba a cargo de sus caballos. Uno de los mozos encontró por fin un camino de subida, pero era tan parado y tan resbaloso que sólo con un lazo que me tiraron y gateando con las manos y los pies pude subir. ¿Estarían todos los caballos? Nadie podía afirmarlo, porque la noche estaba completamente oscura. ¿Dónde encontraremos albergue? El dueño de la canoa no vivía lejos de aquí. Pero cuando llegamos a su choza la encontramos abandonada y tranquilamente tomamos posesión de ella, haciendo un gran fuego en su parte central para poner a secar primeramente nuestra ropa. Ahora clamaban por agua. Pero, ¿Quién se aventuraría a bajar al río que quedaba como a un cuarto de hora de aquí? Por fortuna quedaban todavía en mis alforjas algunos bonitos membrillos. Los asamos al fuego, y como por falta de pan buenas son las tortas, nos sirvieron de almuerzo y comida a la vez. Mis compañeros estaban rendidos y se arreglaron muelles camas en las fibras de lino que en abundancia había en la ruca. Uno de los mozos se decidió por último a ir a buscar agua llevando todo lo que pudiera servir para traer el codiciado líquido. Era una noche oscurísima, llovía a cántaros, soplaba un viento huracanado y a todo se unía el ruido de las correntosas aguas del río. Así pudimos preparar, con charqui, un rico valdiviano. Desgraciadamente nuestra harina la habíamos dejado en la otra banda del Toltén. Así pasamos esta noche en una ruca pequeña y expuesta al viento — cuatro alemanes, nueve chilenos y tres indios, todos igualmente rendidos — y podíamos hablar de suerte por haber encontrado techo y abrigo, pues llovía toda la noche.

MARZO 23

La mañana del día siguiente ya no llovía. Pronto nos dimos cuenta que en las inmediaciones vivían algunos indios, a los cuales compramos harina. Tomamos nuestro desayuno en un lindo claro del bosque. Hoy el camino seguía también por espesas selvas con las mismas dificultades; troncos, ramas y caminos que eran una burla. Teníamos la intención de hacerle una visita al cacique Catrileo, más, no lo encontramos en su residencia, y como era medio día, determinamos hacer alto en una linda pampita y matamos un cordero que habíamos adquirido en el trayecto. Pronto quedó convertido en asado al palo. Las últimas migajas de bizcocho que se encontraron en la alforja se echaron al caldo y como era un lindo día acordamos descansar aquí con Máma Luisa después de tanto trabajo y afán. Sólo al caer la tarde emprendimos una corta cabalgata de algunas millas hasta llegar a la habitación de un indio conocido de nuestros compañeros de viaje. Establecimos nuestro campamento en una pampa protegida por altos y frondosos árboles. Encendimos dos fogatas. Y sentado sobre mi silla de montar, tomando mate, decía para mí mismo: que tal, si la lejana Europa pudiera ver y contemplarnos tan libres, llevando esta vida nómada. Era un rincón muy ameno. El viento movía las elevadas copas de los árboles que nos rodeaban. A nuestro indio se le había escapado su caballo. Lleno de tirria tomó su cuchillo y le hizo grandes heridas al pobre animal. A consecuencia de ellas, probablemente, habrá muerto. En todo caso el indio había dado rienda suelta a su instinto.

MARZO 24

La mañana de hoy estaba nublada y muy luego las negras nubes se convirtieron en lluvia. A pesar de eso continuamos nuestro viaje. Iba el camino por bosque de lo más espeso. Con la lluvia los caminos habían empeorado. A cada rato había árboles botados que obstruían el paso.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

A veces eran tan altos que el caballo con su jinete no podían salvarlos y había necesidad de apearse. A veces los ganchos estaban tan tupidos arriba que para no correr peligro la cabeza era necesario colocarla sobre el cuello del caballo y salvar así los troncos de árboles. Lentamente avanzábamos así. En el camino encontramos algunos indios que averiguaron por el objeto de nuestro viaje. Decían que no podían dejarnos pasar, mientras no hubiese autorización del cacique Catrileo. Sólo se conformaron cuando les dimos algunos pañuelos y otras cosas, ofreciéndose a llevarnos a presencia de Catrileo que estaba en una "fiesta". No era muy agradable el viaje. Los caminos, con la lluvia y con las hojas mojadas caídas, estaban casi intraficables. Por fin arribamos a una región más abierta. Había chacras y ranchos araucanos. Ante el más ostentoso de ellos había una gran asamblea reunida para una tomadura. Estaban sentados en dos hileras de bloques de madera, que a la vez servían de mesas y de escaños. Eran como sesenta indios. En medio de ellos estaba Catrileo. Nos recibió con mucha ceremonia. Era un indio de buena traza, grande, fornido, albo, con la cabellera larga, de color café y rizada. Fuimos saludados con chicha de manzanas y después de haber expuesto nuestro lenguaraz nuestra solicitud de atravesar su territorio, nos preguntó en castellano si traíamos un pasaporte. Le mostramos el salvoconducto que habíamos obtenido en Concepción del general Cruz, sellado y firmado por él. Catrileo que no sabe leer, lo pasó a un indio de Valdivia, quien se lo tuvo que leer. Después de la lectura se manifestó conforme. A su lado derecho se sentaba un cacique de bastante edad que había organizado la fiesta de hoy en su casa. Nos sirvieron carne fría de cordero en platos de madera y todos tuvimos que tomar chicha también. Cuando ya no podía más, me permití, siguiendo la usanza de los indígenas, llevar a la boca el líquido, beber algo y desparramar el resto por el suelo con las palabras: A los antepasados". Con esto se corforman los indios. Nos llamó la atención de ver tantos rubios y albos entre estos indios. Había como veinte de cabellera clara. Todos estaban bien vestidos. Había entre ellos también un indio de la Pampa. Se distinguía inmediatamente por su chiripa roja. Catrileo nos contó que tenía un hijo en un colegio de Santiago. Antes había gozado de mucho prestigio. Se jactaba de ser de alta alcurnia. Su madre, decía, había sido una señora española. Probablemente robada en la ciudad. Nos preguntó también si éramos amigos de don J. Ml. Rosas. Naturalmente tuvimos que decir que así era. Por más que nos empeñamos en conseguir ponchos araucanos, de los grandes, no nos fué posible. Decían que todos habían sido enviados al otro lado de la cordillera de los Andes. Que allá obtenían por cada poncho, de los Pehuenches, un caballo y tres vacas. Rogamos en seguida a Catrileo, que nos despidiera lo más pronto posible para secar nuestra ropa, en verdad para librarnos de la "tomadura". Se puso de pié y dándose mucha ínfula, dijo en buen castellano: "No os pondré ningún estorbo en la prosecución de vuestro viaje. Catrileo no os ha molestado. Además concede permiso para atravesar su territorio a todos los cristianos y a todo descendiente de español. Nada os ha quitado Catrileo y si vosotros le hacéis un regalo, es por vuestro libre albedrío, etc., etc. Le obsequiamos un corte de paño azul, chaquiras para sus mujeres y el viejo cacique recibió un par de espuelas de latón. Así pues, nos pusimos en marcha, pero antes, en honor de la fiesta, debíamos disparar nuestras pistolas y lanzar un sonoro: ¡Viva! Pronto llegamos al río Bihuin. Lo atravesamos. Tenía en sus orillas una vegetación exuberante. No tardamos en llegar nuevamente a una parte más despejada, cerca de la cual había unas rucas indígenas y campos cultivados. Aquí establecimos nuestro campamento. Nos costó algún trabajo encender una fogata. Así pudimos secarnos siquiera. Compramos un cordero gordo, pagando por él diez cuchillos y dedales. No demoramos mucho en matar el cordero y en preparar un caldo. Mujeres y niños, en gran número, vinieron a ofrecernos harina, papas, huevos y hasta gallinas cocidas. Vimos pocos hombres, y pobres, probablemente, porque todos los demás habían concurrido a la fiesta. Con añil, chaquiras y paños se pagó todo. Habíamos terminado ya con nuestra comida, que había sido bastante buena, cuando llegaron dos indios aparentemente en estado de ebriedad, que, en ademán de hostilidad, quisieron impedir que nos alojáramos allí. Nuestro lenguaraz desplegó gran presencia de ánimo, diciéndoles que estábamos ahí con autorización de Catrileo y que no nos iríamos aunque tuviéramos que hacer uso de nuestras armas. Otro indio que se juntó con ellos, apaciguó al enojado, que por fin se retiró contento, después de haber recibido algunos pañuelos. Aquí obtuve también un par de laques. Pasamos la noche tranquilamente y el

25 DE MARZO

continuamos nuestro pesado camino. El bosque se iba haciendo menos y menos traficable. Machete en mano nuestro guía tuvo que adelantarse para abrir camino a las cabalgaduras. Paso tras paso avanzábamos. Admirable era mi caballito, él que había adquirido en Los Angeles. Lo andube día tras día. Era cosa de ver cómo avanzaba. Por su origen indiano estaba acostumbrado a tales trabajos. Si bien esta selva virgen no interrumpida no ofrecía nada de agradable al jinete, de vez en cuando, desde algún punto elevado, se goza de un soberbio panorama. Los hermosos robles con sus rectos troncos cubiertos de copihues' que ostentan ufanas sus rojas flores, presentan un aspecto majestuoso. Cansado por las inclinaciones constantes del cuerpo y de los golpes dados a los ganchos que en recompensa dejaban caer sobre nosotros la lluvia del día anterior, pensaba que esta sería la peor parte de nuestro viaje y que pronto todo terminaría.

De repente llegamos a un lugar algo más abierto y elevado, rodeado de hermosos manzanos y duraznos y sin titubear me desmonté, eché abajo mi montura y mis mantas y me tendía en el verde prado que los suaves rayos del sol habían secado ya. Estaba sólo con Mama Luisa. Mis compañeros se habían quedado con los ani-

males y sólo llegaron después de una hora. Me pareció un lugar encantador, a pesar de no ser sino un claro del bosque que lo rodeaba. Examinando el terreno, constatamos que había ruinas de antiguas casas, trozos de botijas y surcos de tierra cultivada. Era probable que aquí hubiese habido una hacienda española destruída por los indios hace doscientos años. Las manzanas eran las más sabrosas encontradas en Chile. Crecían como silvestres y no tenían dueño. Nuestros caballos también aprovecharon las manzanas y nosotros llenamos con ellas nuestras alforjas. Hasta las cuatro de la tarde permanecimos en tan agradable ,tranquilo y asoleado lugar. En seguida penetramos nuevamente en la tupida selva. Nuestro guía nos había advertido desde hace días ya, que pronto sería necesario escalar una cuesta muy parada. Y, en verdad, era de lo peor. El suelo estaba blando y esponjoso a consecuencia de la última lluvia, de suerte que los caballos constantemente resbalaban y se iban para atrás. Con frecuencia el camino estaba obstruído por gruesos troncos de árboles. Había que apearse y sujetarse en el suelo. Era un trabajo tanto demoroso como despacioso. Y habiendo alcanzado por último la cima, quedaba otra tarea difícil, la de bajar ahora. Muchas veces los caballos se encogían y afirmándose en sus patas, resbalaban hacia abajo. Hasta cerca de las seis anduvimos por tales bosques. Por fin llegamos a una parte más abierta donde acordamos establecer nuestro campamento. En las inmediaciones había manzanos también. Hoy, en todo el camino, no hemos encontrado ningún ser humano ni rastros de regiones cultivadas, pero vimos sí, un león. Pero es este un animal inofensivo.

Encendimos una gran fogata, sirviéndole de fundamento un gran tronco de árbol. Como este sitio estaba rodeado por bosques altos y tupidos, era húmedo y frío, de manera que el fuego nos vino muy bien. Nuestra comida pronto estuvo lista y el té, aún sin azúcar, tenía buen gusto. Yo arreglé con mucho cuidado mi lecho, creyendo que tendría una buena noche. Pero me equivoqué. Así como a media noche principió a llover. Mis compañeros se levantaron. Pero yo, creyendo que la lluvia no sería de duración, tuve que levantarme más tarde lloviendo a cántaros. Pusimos todo nuestro cuidado en mantener encendido nuestro fuego, lo que por fin conseguimos. Con ramas, ponchos y mantas, nuestros criados hicieron unas chozas bajas y pequeñas. Eran cuatro o cinco.

Ya no era posible pensar en dormir, porque había que pensar en mantener encendido el fuego para poder tomar de tiempo en tiempo un matecito. Al lado del fuego, cerca de nosotros quedaba el pequeño indiecito que acompañaba al lenguaraz. Era un lindo muchacho con ojos muy expresivos, grandes y negros. Lo llamaban "Peñito". Miró mi reloj y después de haberlo admirado un buen rato y haberlo oído andar, meneó la cabeza y dijo en araucano: "¡Brujería!"

MARZO 26

Apenas principió a clarear el día, ya estábamos encamino. Nuestras sillas, no muy secas, las colocamos sobre los lomos mojados de los caballos y nuevamente entramos al bosque y a los coliguales con los estorbos ya conocidos. Yo me había adelantado con el guía, porque siempre formábamos la vanguardia, mientras ellos quedaban en la retaguardia. De repente oimos unos disparos de pistola en lontananza y en dirección opuesta a la nuestra. Podía tratarse únicamente de nuestros amigos. Mama Luisa volvió a indicarles el camino que habían perdido. Pacientemente esperé en el mismo lugar como una hora, pues como el camino no tiene sino el ancho de un caballo y pasa entre árboles y matorrales, era muy fácil perder la huella, lo que le sucedió al guía poco después. Se bifurcaba el camino y él escogió el más ancho. Por fin llegamos a un claro del bosque. Aquí fuimos saludados por algunos indios que al parecer se mostraron muy admirados de encontrarnos en ese sitio. Por supuesto, que lo primero que hicieron fué ofrecernos un trago de chicha. Era el hijo del cacique él que nos ofreció la bebida. Estaba ya completamente chilenizado. Vestía el traje que usan los campesinos y traía el pelo corto. Nos contó que su padre era el cacique de la región, que él había estado tres años en Valdivia. Que su padre era un pagano, pero que él se había hecho cristiano y que se llamaba Tomás. Nos habíamos extraviado en el camino a San José. El se ofreció a llevarnos allá. La casa de madera rodeada de manzanos, se presentaba muy bien. Después de haberle hecho un obsequio que consistía en unos dedales, a la mujer del cacique, continuamos nuestro viaje. El bueno de Tomás nos encaminó hasta dejarnos en el verdadero camino. Nos consoló con que pronto tendríamos mejores caminos, pero nos advirtió que hoy ya no llegaríamos a Son José. Y en verdad el bosque ya no era tan tupido. Seguimos por una loma y llegamos a una ruca araucana, donde nuevamente nos ofrecieron chicha. ¡Qué panorama más encantador presentaba este lugar! No puedo olvidarlo. Rodeados de alturas y de selva virgen tupida y oscura, nos encontrábamos en un sitio elevado y despejado, contemplando el cielo azulado, libres ya de las sombras del bosque. Veíamos también la cima nevada del volcán Villarrica que estará a menos de 40 leguas de aquí. Nada más veíamos de la cordillera de los Andes que este cono blanco del fuego interior de la tierra. En el fondo el oscuro bosque. Lo saludamos como a un conocido, puesto que en el camino de Los Angeles a Nacimiento, habíamos visto, muy al Sur, y desde entonces lo habíamos perdido de vista. No ha sido ascendido todavía, ni se conoce su altura, porque los indios no consienten que alguien se acerque a las ruinas de la destruída Villarrica. ¡Cuántos tesoros enterrados habrá allá! También estos indios nos pidieron que disparáramos nuestras pistolas. Gozaban con el eco que producían las detonaciones en el cercano bosque. El camino iba mejorando considerablemente. Pasamos por vastas extensiones de tierra plana. Surcos antiguos daban testimonio que estas pampas habían sido cultivadas en tiempos pasados. Los conquistadores del siglo 16 deben haberlas aprovechado en cultivar trigo y maíz. Habiendo quedado los indios nuevamente en posesión de la

tierra, esta dejó de cultivarse, con excepción de pequeñas extensiones de terreno inmediatas a las rucas que son trabajadas por las laboriosas mujeres, sembrando maíz. Nuestra marcha del último día había sido muy penosa y uno de mis caballos estaba completamente rendido y para no perderlo enteramente lo canjeé contra el poncho de un indígena, que todavía me sirve de recuerdo, aunque me había costado bastante caro. Cruzamos el río Bihuin y a la hora de ponerse el sol hicimos alto en la posesión de un cacique, cuya casa, bien cómoda, sus patios, jardines, etc., hacían una buena impresión. Obtuvimos de todo: buen caldo, papas, maíz, asado, harina y también piñones, que sirven a los indios de principal alimento y que por su sabor tienen semejanza con las castañas. Pasamos una buena noche. Nuestros deseos eran que pronto terminara esta vida. El cacique y su hermano eran los hombres más hermosos que habíamos encontrado entre los indios. Le regalamos un gorro con adornos, que le agradó bastante. Su hijo hablaba español. Las mujeres que en la madrugada nos proveyeron tan abundantemente con tanta harina, que no pudimos llevarla toda, recibieron chaquiros para hermosear más aún su linda cabellera.

MARZO 27

Ya no nos quedaban sino quince leguas hasta San José y como el camino era casi plano, pasara por bosques o por praderas, llegamos a las tres a la vista de algunas casas de madera y vimos en lontananza una pequeña capilla. Era el primer pueblo chileno en la provincia de Valdivia, y lo formaban cinco o seis casas y algunos ranchos.

Uno de nuestros mozos nos salió al encuentro con las palabras: "Gracias a Dios, señor, aquí hay gente". Es que a los indios no los consideraban gente". Quedamos en casa del señor juez, que revisó nuestros pasaportes y hasta nos hizo preparar un almuerzo, que no comimos sentados en el suelo como estábamos acostumbrados en los últimos días, sino en una mesa con mantel, platos, cuchillos y tenedores. Dos hijas vivían en este apartado rincón con su padre. Parecían muy risueñas. No tardó en venir el padre misionero a hacernos una visita. Nos invitó a que nos alojáramos en la misión, advirtiendo si que sólo tenía dos camas. Pero nosotros preferimos seguir viajando. Esta misión data del año 1820. Van a la escuela doce pequeños araucanos. Quejábase el padre de que los indios no enviaban sus hijos a la escuela por propia iniciativa, sino con la esperanza de obtener regalos. En todo caso se hace algo por inculcarles los fundamentos de la cultura. ¡Qué entretenido era oir leer a estos doce indiecitos. ¡Aquí despedimos a Mama Luisa y a su Peñito. Temiendo él que sobreviniera otro período de lluvias que podría impelirle atravesar los ríos, no insistimos tampoco en que nos llevara hasta Valdivia. Contratamos un vaqueano que nos llevara hasta Cruces. De noche ya partimos. Había que atravesar un bosque. Era fantástico cruzar esta selva a la luz de la luna. Entonamos la canción: Im Wald.wo's Echo schallt — (En el bosque, donde resuena el eco). Nos detuvimos en la posesión de un leñador chileno y establecimos nuestro último campamento antes de llegar a Valdivia, cobijados por unos perales. Era un lugar frío y húmedo, como que estaba rodeado de bosque.

MARZO 28. DOMINGO

Este día partimos con destino a Cruces, a unas tres leguas de nuestro campamento. Llegamos al río San José, donde pensábamos embarcarnos con rumbo a Valdivia, mientras los mozos y los caballos continuarían por tierra. No estaba el bote y así tuvimos tiempo suficiente para acicalarnos a orillas del río. Como habíamos estado quince días entre los indios, nos costó trabajo arreglarnos en forma conveniente. — Era un lindo día de sol. Nos embarcamos a la 1½ en un gran bote. Llevábamos dos remeros. Despaciosamente el bote se movía río abajo. ¡Qué río más hermoso! La vista estaba limitada. Por todas partes se veían bosques y árboles. Raras veces se divisaba alguna casa u hombres. Y esto sucedía en un río navegable por el cual podían ser llevados los productos de la región hasta el mar. ¡Cuántos cientos de miles podrían vivir aquí y echar los fundamentos de su bienestar! Vimos también algunas islas; casi no había cultivos en ellas. Sólo de vez en cuando se veía algún lugar donde se había explotado madera. Entramos al gran río de Valdivia y contentos oímos que el tambor daba las nueve. Desde lejos veíamos también las luces de la ciudad. La marea nos impidió avanzar rápidamente y al desembarcar y cuando nos acercábamos a la casa del Administrador de la Fuente, donde íbamos a alojarnos, la encontramos a oscuras y para no molestar a nadie nos retiramos a una casita que había a orillas del río. Al viejo indio que allí vivía debe haberle parecido extraño que a esa hora pidiéramos albergue. "¿Quién es?" averiguó y por ningún motivo quiso dejarnos entrar, porque para ello no tenía orden de su patrón. Viendo que todo era en vano, nos resolvimos a arreglar nuestro campamento debajo del balcón de la casa. Pero el hambre casi nos devoraba. En un galpón vecino sólo obtuvimos pan y queso. Hacía, además, frío a orillas del río. Así no es de admirarse que a la mañana siguiente nos hayamos levantado muy temprano.

MARZO 29

Inmediatamente fuimos a la casa de habitación de don Ventura de la Fuente, el administrador de la aduana y uno de los funcionarios más conspicuos de la ciudad. Nos recibió con mucha amabilidad el caballero. En el salón nos recibieron doña Fabiana F. de la Fuente y sus dos hijas, doña Rosita y doña Agustina, que estaban muy enojadas por no haber golpeado a la casa la noche de nuestra llegada, ya que desde un mes estaba lista para nosotros una pieza con camas.

La casa de don Ventura era una de las mejores y de las más grandes de Valdivia. La impresión que hace esta ciudad es muy mala. Su planta es irregular, sus casas de maderas y las calles, sólo en parte están pavimentadas con madera y con piedras. Fuimos recibidos aquí

con todo esmero. La dueña de casa era muy conversadora. Puede ser también que el hecho de no haber tenido durante tanto tiempo trato social y conversación con gente educada haya influído en nuestro parecer. Café con leche; ¡qué delicia significaba para nosotros! Había un buen piano inglés. Entrada la noche hicimos música, cantamos y charlamos.

MARZO 30

Muy de madrugada bajamos el río en un buen bote con remeros, con rumbo al puerto de Valdivia, Corral. Al principio las orillas del río son bajas y hay algunas islas fértiles y cultivadas. En las Tres Bocas el río principal se junta con otros dos ríos adquiriendo gran anchura y un aspecto soberbio. Las riberas paulatinamente se hacen más y más elevadas y son muy pintorescas, ya que están cubiertas por extensos bosques que, a pesar de su verde trágico son imponentes. La marea entraba con fuerza, de suerte que sólo después de algunas horas arribamos a la punta de la isla Fuente de Flores o Carbonero. Aquí tenía su posesión nuestro paisano, el señor W. Frcik. Como no estaba en casa, continuamos inmediatamente a Corral. Por su situación pintoresca, el puerto de Valdivia es en verdad el más hermoso de toda la costa occidental de la América del Sur. Desde el mar se abren las orillas roqueñas y aquí se juntan las aguas claras, verdosas del río con la azulada del Océano Pacífico. Ya los españoles habían reconocido la importancia de este puerto. Cuenta la tradición que se invirtieron treinta millones en fortificar el puerto y las siete fortalezas, aún en su estado ruinoso, son testigos elocuentes del dominio que ejercieron los hijos del Cid en estas latitudes. ¡Una prueba más de las grandiosas empresas de fortificación llevadas a cabo por los españoles en sus colonias de ultramar!

Encontrábanse en el puerto de Corral sólo pocas embarcaciones. Por lo general llevan madera a Valparaíso. Había también un ballenero francés.

Desembarcamos en La Aguada donde nos recibió con suma atención, el señor E. Frcik, hermano del dueño de Carbonero, expresando su satisfacción por nuestro feliz arribo. El tiene arrendado un gran valle con un pequeño río y bosques de propiedad fiscal en nueve pesos anuales y puede sacar la madera que quiera. En estos momentos estaba ocupado en construir un aserradero y él mismo vivía en un pequeño galpón de madera: pieza de recepción, dormitorio, cocina, etc., se encontraba aquí. Personas acostumbradas a una vida holgada, no encontrarán confort en los hogares de los pobladores recién llegados. Teníamos café, pero por falta de cafetera lo servimos en una jarra para cerveza. Las tazas, bastante buenas, provenían todavía de Berlín.

La conversación fué muy amena. La situación del aserradero es muy bonita. El río es muy ancho aquí y sólo con dificultad se divisa la fortaleza de Niebla que queda en frente. Para apresurar la limpia del terreno en las inmediaciones del aserradero se emplea el fuego. Veíase una buena parte del bosque consumida por el fuego.

Pronto apareció también nuestro amigo, el señor W. Frick. Después de una salida en bote de vela, nos dirigimos a Fuente de Flores para pasar allí la noche. Aquí encontramos también una escoba, mitad arte, mitad naturaleza. ¡Qué hermosa era esta! La isla en cuyo extremo vive el señor Frick es notable por dominar todo el panorama del río hasta el lejano horizonte. Pero la tierra se presta poco para el cultivo y no prometet mucho. La casa era construida de madera y de barro. El otro día un temporal estuvo a punto de llevarla. Había en el interior una rica y buena biblioteca y un gran piano de cola vienés, que ocupaba casi toda la pieza. ¡Qué contraste más curioso presentaban las paredes: eran de barro, pero les faltaba el estuco. Se explicaba esta circunstancia por el hecho de que el no vivía aquí, sino en casa de su suegra en Corral. Conversamos, dimos un paseo. El almuerzo fué frugal: hubo arroz con leche, papas y harina. Hasta muy entrada la noche hubo concierto. Como el señor Frick es muy aficionado a la música, lo mismo que nuestro amigo Ried, tocaron más de alguna pieza de Beethoven. En una casucha vecina nos arreglamos blandos lechos de paja.

EL 31 DE MARZO

muy temprano volvimos a Valdivia. La navegación fué espléndida y agradable. Vimos muchos cisnes de cuello negro y de pico rojo y patos silvestres. Por fin llegamos a la casa de don Ventura Fuentes. Visitamos en seguida al señor intendente, don José M. Adriasola. Como ocupaba su cargo sólo interinamente, no mostró gran interés. La intendencia se parecía más a un cuartel que a la primera oficina pública de la provincia. En la sala de recepción casi faltaban las sillas. Esta provincia, comparada con Chile septentrional, lleva casi cien años de atraso y es así como sus pobladores se llaman sólo "Valdivianos" y hablan de Chile como de otro país.

Doña Fabiana y sus hijas, nos tuvieron una comida exquisita y abundante. Música y conversación sellaron el día.

Una indiecita de diez años pertenecía a doña Agustina, la hija menor. Es muy frecuente que los indios venden sus hijos por 30 a 50 pesos. Antes las familias ostentosas solían tener varios indiecitos para el servicio. Esta pequeña araucana en su traje nacional, con sus adornos en los pies y en las manos, al principio parecía estar cohibida. Trajo el mate que se servía en hermosos materos de plata. Sobre su brazo ostentaba una gran toalla de las que fabrican aquí de hilo finísimo y que se parecen a encajes. **Pechoña** llamaba la atención de todos y sus servicios fueron muy solicitados. "Pechoña trae fuego", etc. Ya hacía frío en Valdivia y el brasero colocado debajo de la mesa, era algo muy agradable.

ABRIL 1.o

Hoy era el día de la partida a Bellavista. ¡Tanto que esperábamos este día! Los caballos los mandamos a Futa por tierra y nosotros nos embarcamos a las 11. Las damas de la casa estaban justamente preparándose para ir a misa.

Era un día de fiesta importante, Jueves Santo. Por eso que para el almuerzo no había habido carne.

En las Tres Rocas entramos por el río de la izquierda, por el de Futa río abajo. Sus elevadas orillas estaban cubiertas de bosque tupido e impenetrable. Era un viaje agradable, más, como a ambos lados no se veía sino bosque, ni una casa, ni un ser humano, a la larga fué aburrido. Salvamos algunos rápidos, llamados chiflones. Aquí el agua no tenía profundidad y el río nos venía al encuentro con mucho ímpetu, de manera que varias veces intentamos, siempre en vano, de subir por la corriente. Por fin nuestra tripulación formada por valdivianos muy flojos, bajó a tierra y, abriéndose paso entre árboles y matorrales, consiguieron subir el bote. Sólo a las 7 de la tarde llegamos a Futa, lugarejo situado en medio de la selva: una casa con un galpón. Desde aquí se despachan a Corral en grandes lanchas los productos provenientes de los departamentos australes, Union y Osorno. Aquí encontramos a don Rafael Pérez de Arce, un comerciante de Valparaíso, que con su sobrina iba a los Llanos a visitar a sus parientes. El nos convidó de lo que llevaba: fiambre de gallina, pescado, pan, etc. En Futa no se podía adquirir más que harina y queso. A pesar de haber venido con la joven sobrina de a caballo llevaba una buena cantidad de vituallas. Nosotros fuimos agradecidos aprovechadores, doña Francisca no comía sino pan, por ser Jueves Santo. Nosotros establecimos nuestro campamento, con mala suerte si, porque toda la noche llovió y también a nuestro campamento le tocó su parte.

ABRIL 2

Sólo a las once llegaron nuestros caballos. De seguro que la servidumbre desearía que pronto llegáramos a nuestro destino. Don Rafael y su joven sobrina, que era una excelente jineta, tuvieron que recorrer todavía quince millas de estos pésimos caminos.

Por fin nos pusimos en marcha. Más allá de Futa el camino era casi intransitable y muy resbaloso, no había sino bosques y cerros. Era como si hubiera sido la continuación de nuestros últimos días de viaje por la Araucanía, lo que sí, que los caminos no eran tan cerrados. Había que escalar un cerro alto y parado. Mi pequeño "mulato", traído desde Valparaíso, estaba completamente agotado. Todo fué inútil, no hubo posibilidad de que subiera la cuesta. Tuvimos que abandonarlo a su suerte. Me dió tanta lástima de tener que abandonar este animal, faltando tan poco para llegar a la meta. Pero en las inmediaciones no había ni casa ni ser humano. ¿Qué hacer? Al caer la tarde alcanzamos un lugar más despejado, pero como nuestros caballos estaban demasiado cansados para recorrer las cinco o seis millas que faltaban, acordamos hacer alto y únicamente nuestro amigo Kindermann, cuyo caballo era el más resistente, siguió avanzando para mandarnos mañana caballos de remonta. Cobijados bajo un enorme árbol encendimos una gran fogata. Era muy húmedo. Ya no nos quedaba ni carne de cordero, ni nada para asar o para cocerlo. Harina y agua era lo único que quedaba. Como oimos el ladrido de perros, supusimos que hubiera alguna habitación humana no muy lejos. El señor Ried salió a explorar el terreno. Encontró una choza donde pudo comprar un queso. Lo dividimos en pedacitos y lo tostamos, comiéndolo con harina. No sería una cosa muy exquisita nuestra cena, pero nos consolamos con que ésta sería la última noche.

EL 3 DE ABRIL

nos despertó el cariñoso saludo de don Juan Renous. Había tenido noticia de nuestra llegada y nos salió al encuentro. Traía pollo asado, pan y hasta vino del Rhin. ¿Cuál no sería nuestra alegría? Y pronto emprendimos nuestra última jornada.

Después de salir del bosque, ¡Qué cuadro más encantador se presentaba a la vista! Al pie de la selva se extendía una vasta llanura. Conversando amenamente el trayecto se nos hizo corto. A las once vimos el villorio y dominando la región la casa de Bellavista. Todas las cabecitas rubias alemanas acudieron a saludar a los que desde tanto tiempo eran esperados aquí. Era algo completamente nuevo. ¡Ver al primer grupo de niños rubios, hablando alemán! La señora de Hollstein nos había preparado un rico almuerzo, y estuvimos muy felices de haber llegado a la meta.

ABRIL 4

Era Pascua. Un día claro y hermosísimo. Tomamos chocolate como era día de fiesta. En seguida recorrimos el jardín y los alrededores. ¡Qué lugar más pintoresco! En el fondo hay tupido bosque. Frente a la propiedad corre el Río Bueno que viene de la cordillera cuyas cimas volcánicas se diseñan perfectamente hacia el este. En parte el río corre entre praderas. Por todas partes domina la tranquilidad. Parece que no viviera la naturaleza. La tierra es fértil y, corriendo el tiempo, se convertirá en una propiedad valiosa. Aunque el primer fundador sólo coseche trabajos y dificultades. Hubo hoy una gran comilona. El pavo asado acompañado de ricas legumbres, y preparado como se acostumbra en Alemania, nos gustó tanto como la harina, el agua y el charqui en el viaje.

ABRIL 5

Llegaron más visitas todavía: el señor Meeks y su esposa. Era un norteamericano. Se había asociado a un francés y el resultado fué una estada en esta provincia de casi un año, aquí donde el comercio está todavía en ciernes. Los dos Meeks nos hicieron compañía por espacio de unos cinco o seis días, por encontrarse enfermo él. Se felicitaba de poder consultar aquí a un médico. Era de noche ya, cuando llegó el padre Hilario Misquianti, de Cuyinco, a hacernos una visita y también para consultar al Dr. Ried. Por toda la provincia había cundido la noticia de la llegada de este facultativo y muchas personas lo esperaban ansiosamente. El tiempo se descompuso y el cura que era de Luca, se quedó hasta el día siguiente en Santo Tomás. Este

nombre lo cambió el señor Kindermann por Bellavista.

Mis compañeros habían salido en bote a la desembocadura del río Bueno, que era considerado como muy peligrosa y donde últimamente no más había naufragado un buque, el "Napoleón". Con un poco de precaución de parte del gobierno, colocando señales que indiquen a los buques el rumbo que deben seguir, se impedirían muchas desgracias. Hoy anduve en bote con el administrador, que se hace llamar el señor Barón de B. en el Huapi, una linda pradera a orillas del río Rahue, río que sale del Lago de Llanquihue y se junta con el Bueno en la misión de Quilacahuin.

En los corrales estaban marcando animales. Cada propietario está obligado a ponerle su marca a su caballo o vacuno, para poderlos reconocer así. No se conocen establos. Los animales se mueven libremente. Sólo un cerco de troncos de árboles o una quebrada pueden impedir que se pierdan. A pesar de eso los propietarios tienen frecuentemente pérdidas. Los precios son aquí los siguientes: por un ternero de año, $ 2.50; por uno de dos años, $ 4.—; por una vaca con ternero, $ 6 a 8.—, y por bueyes de trabajo, $ 10 a 12.—. El mejor negocio para el campesino es la crianza de animales, siendo tan baratas las tierras y eliminando, en lo posible, el factor hombre. La crianza de ovejas también se recomienda como muy lucrativa. Ciento cincuenta merinos traídos a Bellavista por el señor Kindermann se han duplicado. Y como se ha construído un cobertizo para ovejas y como quedará un ovejero alemán a cargo de ellas, prosperarán bastante. Las ovejas del país son ordinarias, pero merecen ser mejoradas de raza. El trigo se da muy bien, lo mismo la cebada, el lino, las papas, en general, todos los cultivos de la Europa septentrional. La mayor parte de la tierra está cubierta de selvas vírgenes. Sobretodo el alerce, una madera muy estimada en el país, se encuentra en la alto cordillera de la costa. En la isla de Chiloé lo exportan en grandes cantidades y allá las tablas de alerce hacen las veces de moneda.

ABRIL 11

Hicimos una excursión a la isla que queda en frente. Tiene hermosos árboles. En invierno se anega. El río es muy profundo. Por ambos lados está rodeado de bosques. Aquí nuestros paisanos alemanes hacen carbón. La leña de las mirtáceas da el mejor carbón.

ABRIL 12

Muy temprano nos pusimos en marcha para ir de a caballo a Osorno donde vivía nuestro paisano, don Juan Renous. Iba el camino por llanuras, algo quebradas y en algunas partes ofrecía bonitas vistas a la cordillera de la costa y al río Rahue, que corría a la derecha de nosotros y en Quilacahuin entra en el Trumao. La distancia a Osorno es de unas siete leguas. A una distancia de dos leguas de la ciudad de Osorno principia a alternar el bosque con praderas. La población de esas fértiles tierras es muy escasa. No se ven sino casas de madera. Y sin embargo, dicen que esta parte de la provincia, desde Trumao hasta La Union y Osorno, es la más poblada. A poca distancia de Osorno, a la vera del camino está la Misión de Cuyinco, donde tiene una habitación bien instalada el padre Hilario Misquianti. Pasamos a su casa y en ella encontramos a don Bart, Valdevellano y a don W. García, ambos hancendados de las inmediaciones. El padre, un italiano harto risueño y seglar, tenía una bonita casa. Al lado de su salón, adornado con un gran crucifijo y con cuadritos de revistas , batallas de Napoleón, etc., tenía su escritorio, su dormitorio y una entrada a la capilla. Era un gran amigo de palomas. En su patio uno de nuestros carpinteros alemanes le había construído un palomar. Muchos de estos animalitos tenían acceso también a la pieza y parecía que anidaban debajo de la ventana. Acompañados por el reverendo padre que montaba un brioso bayo, hicimos nuestra entrada en Osorno, y llegamos a la casa de don Juan Renous donde principia propiamente la ciudad. Era sólo una casa de madera, sin ventanas, y las piezas estaban adornadas con gran cantidad de aves embalsamadas y con cueros de leones que el mismo había cazado. A primera vista se notaba que aquí vivía un europeo y un aficionado a las ciencias naturales. Sus dos hijas le habían seguido a Osorno. Muy posible que echaran de menos el trato social de damas de su condición. Una niña alemana, hija de uno de los inmigrantes, Marta, nos preparó un guiso nacional, albóndigas de leche con panqueques. En el gran jardín que había se desarrollaron admirablemente las legumbres europeas, coles, zanahorias y tres clases de betarragas, coloradas, amarillas y blancas. Los girasoles adquirían aquí un tamaño como raras veces los habíamos visto. Alcanzaban hasta 10 pies y tapaban el muro del jardín. Por su situación la ciudad de Osorno es húmeda, ya que está tan baja y rodeada de selvas. No es de aspecto risueño. Frente a la casa de nuestro anfitrión corre el correntoso Rahue. Pero sólo es navegable para botes. Nace en el gran lago de Llanquihue que queda cerca de la cordillera a unas diez leguas de Osorno. Como allá todavía no hay pobladores, sus contornos todavía no son bien conocidos. Pero dicen que es extenso, y que hay en él diez islas. El señor B. Philippi lo visitó, lo mismo un francés M. Gay. Mucho se comenta que este gran lago fuera también el origen del río Negro, tributario del Atlántico. Ultimamente se han hecho exploraciones con el propósito de establecer lo que hay de verdad a este respecto. Sobre esta materia se encuentran datos en las crónicas españolas y también en la valiosa obra del abate Molina. Es muy posible que el gobierno chileno haga algo para solucionar este problema. Parece en verdad que al pie del volcán de Calbuco se abre la cordillera y es muy posible que hubiera ahí un paso al lago de marras. Nuestro compañero, el Dr. Ried emprendió un pesado viaje hacia ese gran lago atravesando selvas y pantanos. Pero como no tuvo embarcación, sólo pudo constatar la extensión y los contornos aproximados del lago. Un antiguo realista le sirvió de guía. Fué el único que se atrevió a hacerlo. En tiempo de los españoles, hará unos trescientos años, era Osor-

no una ciudad muy adelantada. Tenía monasterios y hasta una casa de moneda, ya que los españoles obtuvieron grandes riquezas en oro de los indios. Ahora ha desaparecido el oro. Pero en las cordilleras debe existir forzosamente. Más como sucede generalmente falta dinero para establecer esta industria, faltan hombres emprendedores y brazos. El Dr. Ried vió en su viaje al lago, ruinas de grandes murallas y de tranques, cubiertas ahora de árboles, prueba de que aquí los españoles tuvieron importantes lavaderos de oro. Entrada la noche vino de visita el señor gobernador, don Juan Ant. García, un hombre muy razonable y de cierta educación. Lo acompañaban el señor y la señora Meeks. Era un joven americano que por asuntos de negocio había estado aquí cerca de un año. Había sido engañado por un francés que trabajaba aquí como comerciante, médico y agricultor. Era bien interesante la tertulia.

ABRIL 13

Era un día feo, frío y húmedo. El mate era excelente. Frente a la casa había una fortificación antigua y cerca de ella una casa (llevaba eso el nombre del general patriota Mackenna) de madera que se hacía arreglar don Juan Renous como casa de habitación, ya que la antigua la tuvo que desocupar. Los carpinteros alemanes le prestaron útiles servicios en eso. Veíanse botados muchos cañones y balas de fusil.

Muy luego se había esparcido la noticia del arribo del Médico. Cierto es que don Juan Renous trabajaba también como tal, recetando remedios caseros. A pesar de eso había recomendado a nuestro amigo médico, el Dr. Ried. Ya antes de la una encontramos reunidos en el corredor de la casa, esperándolo, como diez mujeres y niños. Ya eran ciegos, ya eran cojos, ya eran sordos o tenían otros quebrantos. El Dr. Ried concedía audiencia. Lo que más me gustó fué la prueba de agradecimiento de una pobre mujer, trayendo un saco de lindísimas papas escogidas. Un vecino traía a su hijo que desde muchos años estaba demente. También este buscaba salvación. Parecía que la casa se había convertido en un hospital. Y no hay que admirarse de esto, tomando en consideración que el médico de Valdivia se halla a 30 millas de distancia, de suerte que sólo lo pueden consultar los adinerados y para ello tienen que emprender el viaje a aquella ciudad. Este médico tenía también una botica, pero mucho de lo que recetó el Dr. Ried, aunque fueran cosas corrientes, no las tenía. Lo que más llamó la atención fué la operación de catarata que hizo a un niño.

Osorno tiene 1000 habitantes y hace las veces de médico una vieja india, que ha hecho ya curaciones maravillosas, amputando, por ejemplo, una pierna, cortándola con un afilado cuchillo en la coyuntura. El Dr. Ried visitó a esta colega y supo de ella mucho de su arte de curar y de los medicamentos que recetaba. En la tarde fuimos a visitar al gobernador, don Juan A. García, que tenía en la plaza una casa bastante decente, y tenían vidrios las ventanas. En la entrada había mantas muy bonitas hechas por las indias. Había reloj y espejo. Desde allí fuimos a ver la iglesia que es muy amplia y una de las mejores en el sur de Chile. Los españoles la habían construído de Cancagua, una arenisca que es muy frecuente en las márgenes de los ríos y que, estando en estado húmedo se puede trabajar haciendo uso del hacha. La iglesia se componía de tres naves abovedadas. Era pobre el interior de la iglesia y el altar estaba mal pintado. No tenía órgano sino nada más que un organillo. El agua bendita estaba contenida en un depósito de loza inglesa azul. Más de alguna grieta daba cuenta de la acción de los terremotos. Las torres a ambos lados de la puerta de entrada habían sido reedificadas de madera. Estaban refaccionando la iglesia, pues el actual ministro de justicia y del culto, don Salvador Sanfuentes, cuando estuvo de intendente de la provincia de Valdivia, había estado en Osorno y conoció el estado ruinoso de la iglesia. No lejos de la Matriz encontramos mucha madera de construcción y muchos obreros — en su mayoría chilotes ! mandados por un padre de bastante edad. Era el padre prefecto, Diego Chuffa, un hombrecito viejo y decrépito. Trabajó sin embargo, con mucho ahinco en la construcción de un nuevo convento y de una iglesia. El mismo había hecho los planos. Un carpintero alemán le ayudaba. La iglesia y el convento debían ser construídos enteramente de madera. Afirmaba que los chilotes eran muy buenos trabajadores. Como todos los misioneros eran italianos, oriundos de Roma, pero no eran muy queridos por sus subalternos.

14 DE ABRIL

Volvimos a casa, a casa de don Juan Renous nos habíamos propuesto partir muy temprano. Pero nuestro amigo, el doctor Ried, nuevamente tuvo tantos enfermos que atender, que solo pudimos salir a las once. A las doce llegamos a casa del padre Hilario, que nos había invitado a almorzar en la misión de Coyinco. Nos atendió muy bien el padre: hubo un rico almuerzo. Bistec, huevos, asado, lechuga, mantequilla, pan, queso, café con azúcar, etc. Hubo platos y vasos suficientes. Producía hilaridad un pequeño indio que vivía con él y al cual había llamado Cesare. Era gordo, pero de corta estatura. Le había mandado hacer un traje de paños de diferentes colores, un traje de payaso, y así mi pequeño tocayo desempeñó un buen papel. Nos despedimos pronto del reverendo padre y como el amigo Kindermann quería pasar revista a algunos animales, tomé el camnio directo a Bellavista. El padre me había hecho acompañar un trecho por su ayudante, que me condujo a través del bosque hasta llegar a un camino plano. Pero como tengo muy poco desarrollado el sentido de la orientación, me dirigií demasiado a la izquerda y después de haber cabalgado varias horas sin divisar el río Trumao, me acerqué a una choza donde sólo había una india. Le pregunté por Quilacahuin. Lo que me contestó, a su manera, no lo pude entender y continué cabalgando a través de campos, cuestas y valles. Como cinco horas debo haber andado así y ya principiaba a oscurecer, cuando llegué con gran alegría a varias casas grandes con pobladores de habla castellana. Me dijeron que había lle-

gado al "rincón de las mulas". Yo estaba con hambre y una tortilla hecha en el rescoldo, que me ofrecieron, me pareció una cosa exquisita. Un muchachito fué a buscar su yegua, lo que demoró algún tiempo, y antes de que nos pusiéramos en marcha, la noche había tendido su negro manto y negras nubes cubrían el cielo, amenazando con descargarse.

Después de largo cabalgar, llegamos a las alturas que se encuentran destrás de los terrenos de Kindermann y al poco rato vimos la luz de la casa de habitación. Pero era tan oscuro que a ciegas nos metimos por matorrales, subiendo y bajando, hasta que alcanzamos el barbecho de los alemanes. A las ocho entré al salón. Ya principiaron a creer que me había extraviado y querían mandar gente a buscarme. Fué este el término de mi excursión al "rincón de las mulas".

ABRIL 18. DOMINGO

Después de algunos días de lluvia y de días encapotados salió hoy, a medio día, el sol. Era espectáculo hermoso. Se veían las cimas nevadas de tres volcanes de la cordillera. Diáfano y puro era el aire. A simple vista se veía salir humo del volcán. El humo salía a intérvalos, como si una fuerza interior lo impulsara. Parecía una locomotora de ferrocarril.

ABRIL 23

Un precioso espectáculo presentaba una tormenta que se desencadenó en la cordillera y que alumbraba el río con sus rayos. Pero no alcanzó hasta la llanura.

ABRIL 28

Habiendo roto el sol matinal las capas de neblina, tuvimos una tarde hermosa y risueña. La aprovechamos para escalar los cerros y las colinas que limitan por el Sur el fundo. ¡Qué espectáculo más fantástico se presentaba a nuestra vista! Siete volcanes ostentaba la lejana cordillera de los Andes desde el Villarrica hasta el Calbuco, en una extensión de por lo menos 80 leguas. El sol poniente doraba las cimas nevadas de aquellos hornos subterráneos que llenan al hombre de terror y de admiración. Entrada ya la noche estuvimos de regreso en casa. Allí encontré — ¿cuánta no sería mi alegría? — un gran número de cartas de Valparaíso, que me entretuvieron hasta muy avanzada la noche.

MAYO 13

Era día de fiesta, Pentecostés, un día nublado y lluvioso. Mis compañeros habían emprendido una navegación a la desembocadura del río en compañía de un francés tuerto, M. E. (Nolibois de Neville), que antes había sido capitán de buque y comerciante, en resumidas cuentas, un francés comme il faut.

EL 15 DE MAYO

tuvimos noticia de Valdivia, de que próximamente partiría el "Mercurio Chileno". Quise aprovechar su partida e hice mis preparativos de viaje. Un arco iris hermosísimo fué mi señal de partida de Santo Tomás o Bellavista. El amigo Kindermann tuvo que ir a Osorno, donde se encontraba el Dr. Ried y por eso me resolví

EL 16 DE MAYO

a adelantarme y hablar con el capitán del buque para que postergara la partida si fuera posible. Era un tiempo muy desagradable, soplaba fuerte viento acompañado de lluvia. A pesar de eso monté, provisto de mantas y de largos ponchos, un caballo barroso que muy luego quedó como lo indicaba su nombre. Me acompañaba el mozo de Renous, José, y un guía, Esteban. Abandonamos la casa a las 9 después de una estada de cerca de seis semanas. Después de algunas horas llegamos al Trumao. Pero antes le sucedió un percance a nuestra mula cargada con el equipaje: Se hundió en una ciénaga y a duras penas la sacamos. Con lluvia y fuerte viento cruzamos el río en una gran lancha, yo, de a caballo. A la altura de La Unión el viento Norte era tan intenso que nos costó trabajo mantenernos en el caballo. Y la lluvia nos regaba las caras. No era un viaje agradable. Aunque esperaba poder llegar a Futa, mi guía Estevan decía que era imposible. Había solo dos posibilidades, o pasar la noche en el bosque o acogerse a la hospitalidad de don José Vasquez, un hacendado que habitaba la antigua misión de Cudico. Arribamos allá a la una — allí se encuentra también la antigua capilla de la misión — y fuí recibido con toda amabilidad por el caballero anciano y su esposa doña Clara Alfreda de V. Esta última había sido antes dueña de Santo Tomás y era hermana del Ministro Pezorra en Valdivia. Me trajeron inmediatamente un brasero y así pude secar mi ropa empapada. Eran muy hospitalarios y en ningún caso quisieron consentir en que siguiera viaje. Hubo un almuerzo campestre: cazuela y papas. Hubo mate también. A la tarde trajeron una guitarra desafinada y la madre con la hija cantaron un romance. La hija mayor estaba vestida con zapatos y medias, no así dos hermanas menores. Bailamos también y así pasó el tiempo. Mi cama la arreglaron en la estrada y a la mañana siguiente,

EL 17 DE MAYO

después de haber tomado mate, abandoné la hospitalaria familia de don José Vásquez y continué mi viaje. Era un día seco, pero los caminos estaban en un estado lamentable, sobre todo la áspera subida a las boscosas serranías que se extienden entre Los Llanos y Futa. El caballo que tenía era muy seguro y como era tan resbaladizo el terreno, en muchas partes bajaba las cuestas resbalando. Todavía caían gotas de los árboles y al atravesar los matorrales uno se mojaba tanto como si estuviera lloviendo. La tierra vegetal era profunda y tan cubiertas estaban mis botas de barro que habían tomado el color de la tierra sobre la cual cabalgábamos. Casi no vimos gente en todo el trayecto. Y llevábamos poco que comer: sólo harina y pan. Un indio que venía arreando unas mulas nos dijo que el estero de Futa estaba muy crecido. Nuestro guía Estévan opinaba que mientras tanto podía ya haber bajado. Continuamos, pues, en la esperanza de llegar de noche a Futa. Así como a las 5 llegamos al estero de marras. Todo estaba inundado. Del puente que lo atravesa-

ba no quedaba sino un poste que sobresalía de las aguas. No había bote. No nos quedaba otro remedio que esperar que bajaran las aguas como le sucedió al "amigo" en la balada de Schiller. "A Dionisio, el tirano, se presentó..." Malas espectativas para mi viaje porque parecía que el río subía todavía. Nuestro albergue era un rancho semi destruído que sólo constaba de cuatro palos y de un techo de totora, estando, pues expuesto a la intemperie. Lo primero que hicimos fué encender una gran fogata, pero aún para eso hubo dificultad, porque la leña estaba mojada. No traíamos tetera. Tomamos piedras del lecho del río, las calentamos al fuego y las metimos en nuestra jarra de estaño, obteniendo así, y en forma bastante rápida, agua hirviendo. Por fortuna llevaba azúcar y té. Con mate esto formaba nuestra comida. Nos acomodamos lo mejor que pudimos alrededor de la fogata, secando nuestra ropa y yo, por desgracia me quemé las suelas de mis botas. Pero todo esto no me preocupaba. Muy de noche llegó todavía una familia de indios.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Impr.: Dublé Almeyda 1368, Santiago de Chile